

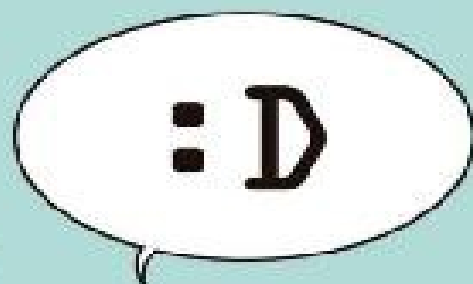
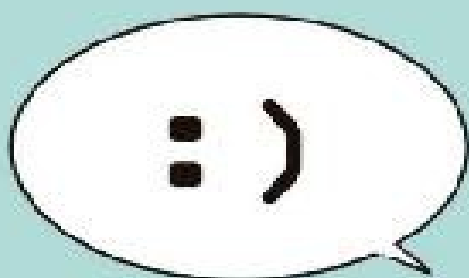
Belén Peralta

Casas que pasan — cuando te —

enamoras

por
internet

ella + él = muchos



malbec
EDICIONES

- Belén Peralta -

Cosas que pasan cuando te enamoras por internet

(Ella + él = muchos)



MALBEC EDICIONES
Editor: Javier Salinas Ramos

© Belén Peralta
Diseño portada y cubierta: Santiago González Prieto

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir alguna parte de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado, electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc, sin el permiso previo de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

AGRADECIMIENTOS Y CARIÑOS

Quiero darle las gracias con estas líneas a mi familia y especialmente a mi madre, Concha, una estrella más en el cielo desde marzo de 2010, así como a mis hermanos, y a mi padre, mi abuelo, mi tío Germán y todos aquellos, tan queridos, que nos dejaron.

A Javier Salinas, mi editor, por su apoyo y la confianza depositada en mí para escribir este libro, y por compartir con-migo dos grandes pasiones: el cine y la música.

A los amigos y familiares que he tenido al lado en los momentos buenos y sobre todo en los malos —no hace falta nombrarlos, ellos saben quiénes son—. Palma Medina y Charo Sánchez Cubelo, no tengo palabras para agradecerlos tanto.

A ti, tan fan de Mecano como yo, por levantarme más de una sonrisa en los momentos duros.

A todos mis lectores por su enorme cariño y apoyo incondicional.

A las grandes heroínas que aparecen en mi libro y que han ido construyendo la Historia, real y ficticia, trocito a trocito.

A una de mis pasiones desde niña, esa fábrica de sueños maravillosa que es el cine y que alimenta las ilusiones de tantas personas, entre ellas, yo misma.

Y por supuesto a mis hijos Javier y Laura, por ser los motores de mi vida. Os quiero.

Cuando terminó el largo abrazo, un aroma espeso, de flores y frutas, invadió el aire. De los cuerpos, que yacían juntos, se desprendían vapores y fulgores jamás vistos, y era tanta su hermosura que se morían de vergüenza los soles y los dioses.

Eduardo Galeano

Partiendo de cero: los dos

Los lienzos perfectos

Vamos a atrevernos.

Pintemos nuestras almas de mil colores,
de ilusión las brochas embadurnadas,
y naveguemos en ríos de risas cristalinas,
de esas que llegan al anochecer y al alba.

Tracemos las líneas de nuestra historia
con los pinceles del recuerdo.

Que no quede ningún hueco por cubrir
en los cuerpos, hoy hechos lienzos.

Que tus manos sean mi marco,
y yo tu cuadro perfecto;
dibújame con el esbozo
de un querer bello y eterno.

Cero

Nosotros

Ella: *Desde el día en que decidí que no iba a volver a llamarle ni a mandarle un mensaje... no paro de mirar el móvil.*

Él: *Desde el día en que decidí que no iba a volver a llamarle ni a mandarle un mensaje... no paro de mirar el móvil.*

Primera parte: ella

Desnúdame por dentro

Atrévete a imaginarme y dime qué ves.
No te quedes sólo en mi cara, en mis ojos;
no te fijes sólo en mis pechos, en mi piel.

Desnúdame por dentro y hazme tuya,
lánzame sin pensar mil preguntas,
regálame el torbellino de tus dudas.

No tengas miedo y sé valiente,
con ese valor de los soldados jóvenes,

los que se apuntan, inconscientes, al combate,
y, cuando están muriendo, llaman a sus madres.

No temas zambullirte en mí,
que cada pregunta tenga su respuesta,
sumérgete en mi bilis, en mi sangre,
que lo contestado sea para ti una certeza.

Anda, no te quedes con las dudas,
háblame de aquello que siempre quisiste,
y, si te quedas sin pregunta alguna,
trenza con el mío tu amor cercano y hondo,
haz de mi pecho calmada laguna
y, así, callado, enrédate para siempre en el fondo.

Uno

Cómo nos conocimos

Me hace mucha gracia comprobar cómo van cambiando las costumbres a lo largo de los años. Bien, en realidad se trata no de algo gracioso, sino lógico, ya que, a medida que transcurre el tiempo, vamos evolucionando y menos mal que es así. Si no, yo me vería aún arrastrada por el suelo, y él tirándome de mi larga melena para llevarme hasta su cueva. Entre otros ejemplos.

No hay más que comparar las distintas formas de conocerse que tenían nuestros padres o abuelos y las que tenemos hoy en día. Por cultura, por costumbres sociales... en definitiva, por diferentes causas, resulta curioso que algo que es lo más natural del mundo, como es establecer una relación y formar pareja puede ir desde lo más rutinario y cotidiano a la cosa más extrañísima. Esto fue, casi, lo que me pasó a mí.

Hoy en día no resulta raro que una pareja surja a través de internet. De hecho, ¿quién de vosotros no tiene una prima, cuñada, amiga, amante, que no haya conocido a alguien mediante este medio? — bueno, lo de amante, mejor lo quitamos, que no quiero yo malmeterme entre una pareja. Lo que no quiero para mí, no lo deseo para mi vecino, por muy mal que me caiga. Y es que soy demasiado buena en el fondo—.

Yo, como chica joven, soltera, y medianamente atractiva —claro, eso lo dicen quienes no han visto los bollitos de la celulitis en el culete y en los muslos, ni las estrías que amenazan con hundirme cada día un poquito más en la miseria—, salía, entraba, cuando terminaba mi trabajo iba a conciertos y exposiciones... y sobre todo contaba con la “inestimable” ayuda —ahora entenderéis el entrecomillado— de mi mejor amiga, Natalia.

—Laura, de verdad, me preocupas. (¿Desde cuándo no preocupo yo a *mi* Natalia?)

—¿Y eso? ¿Me ves más gorda, más delgada, con alguna peca de aspecto sospechoso en mi cara? — Sabía perfectamente adónde quería llegar.

—No, no. A ver... yo sé que no soportas que toque este tema, pero... bueno...

—Joder, deja de dar tantos rodeos. (Si al final vas a terminar escupiéndolo. Dilo, dilo, **dilo**).

—Bueno, mujer, que no es que quiera ir de celestina, pero ya sabes que no me gusta verte sola.

En fin. Tenía que salir; como el vómito verde de la boca de la niña de *El exorcista*. Igual, igualito.

—Pero Natalia, por Dios. Que no estoy sola. Que tengo a mi familia, mi madre, mis hermanos, mis sobrinos (bueno, cuando se ponen pesaditos, éstos, cuanto más lejos, mejor.); mis compañeros de trabajo (bien, esto es algo parecido a lo de mis sobrinitos)... y sobre todo, te tengo a ti. No me hace falta ningún hombre desde que estuve con Alberto.

Alberto... Antes de que Natalia pudiera abrir la boca, ya me encontraba yo como Yasmin, la amada de *Aladino*, volando sobre una rica alfombra de Damasco, rodeada de cielos azules y nubes de algodón (sí, como los anuncios de las compresas, en las que todo huele a nada). Y es que Alberto, la verdad, me había marcado mucho. Muchísimo. Por supuesto, había tenido novios anteriormente. Novios, ligues, amigos y amantes. Eran cuatro las grandes categorías que luego se subdividían en compis, colegas, *amigosalosseleespuedecontardetodo* —generalmente gays—, o *amigosalosseleespuedecontarnadaporquelargantodo*. Hay mucha variedad en la viña del Señor, en este caso en mi viña. Y yo era feliz así. Hasta que conocí a Alberto en la Facultad. Mientras estudiaba Periodismo, apareció un día en mi vida como un teletipo inesperado, como una noticia dichosa, parecida a cuando nos enteramos de que nuestro cantante favorito va a dar un concierto en la ciudad.

Natalia me bajó de sopetón de la alfombra. Menudo costalazo. Yasmin a la porra. Perdido todo el glamour.

—Oye, no es por nada, habrás olvidado a Alberto... pero hija, qué quieres que te diga. Cada vez que lo nombras o piensas en él, se te pone una cara de merengue que no se puede aguantar. Chorreas azúcar.

Chorreas azúcar. Era una de las expresiones favoritas de la que hasta ese momento sería mi mejor amiga, si no me hubiera puesto en evidencia. Y es que la habría asesinado, descuartizado, y tirado los cachitos a cualquier bicho del zoo. Sí, es cierto que se me caía la baba recordando a mi exnovio, pero tampoco era cuestión de que me lo echara en cara. Si al fin y al cabo a ella le pasaba lo mismo. Y a Lucía, una de mis hermanas, y a Charo, una de mis compis del gimnasio, con la que rivalizaba a ver si era capaz de aguantar en el *step* más que yo. Y seguro que si cogía por azar a cualquier mujer del brazo en cualquier ciudad de cualquier país del mundo, si guardaba un buen recuerdo de su ex se le pondría la misma cara de bobita que se me había puesto a mí. Y sin chorrear azúcar.

—Pero tú qué sabrás, guapa, chorreando azúcar... Si ya pasó mi etapa de estar detrás de Alberto.

Ayyyyy... qué trabajo me costaba mentir a mi mejor amiga —ya volvía a serlo, claro está, Natalia lo sería hasta la muerte—. Recompuse sus trocitos de carne y la miré con ternura. Natalia sabía lo que yo pensaba con sólo echar un vistazo. Sabía qué pensaba, qué sentimientos tenía, lo que iba o no a decir... Natalia era como unos inquietantes rayos x. Me hubiera encantado envolverme en una cápsula de plomo para no ser desnudada en mi interior en ese momento, como sabía que Nata hacía inconscientemente.

—Eso no te lo crees ni tú. Es verdad que parece que poco a poco se va diluyendo, pero... él todavía te gusta y no puedes olvidar lo que pasó.

Lo que pasó. ¿Cómo olvidarlo? ¿Cómo olvidar que una noche de verano, una magnífica y calurosa noche, en la que yo me peleaba con una gota de sudor que caía por mi nariz, así, sin anestesia, Alberto me soltó que ya no podíamos seguir juntos? Hasta la molesta gota me pareció que se quedó parada de la impresión. No, más bien lo achaco a que me quedé helada y la gotita se negó a seguir bajando hasta su destino: la punta de mi nariz. Se congeló en el camino, igual que en ese momento se me heló el corazón. No podía creer que era Alberto, *mi Alberto* el que me hablaba, el que observaba

sorprendido cómo una gota de sudor que perlaba mi nariz podía quedarse tan tiesa como una momia.

Si en ese momento me pinchan, no me sacan ni sangre, ni nada de nada.

—Pero... ¿a qué viene esto, Alberto? ¿Qué es lo que pasa aquí?

Debí imaginarme en ese momento que “aquí” se llamaba en realidad Andrea, medía diez centímetros más que yo, y tenía diez menos que yo de caderas. Andrea. “Alberto y Andrea, ¿queréis estar unidos en la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad, hasta que otra Andrea con diez centímetros más de altura os separe?”. Yo ya me los imaginaba casándose, con una impresionante lluvia de pétalos a la salida de la iglesia, como anticipo de los cinco hijos que probablemente tendrían, todos rubísimos y con los ojos azules, como los chiquitines de cualquier estrella de cine.

Recompongamos ideas: la gota de sudor que se había quedado expectante casi en la punta de mi nariz, Alberto mirando a la susodicha gota con cara de bobo, y una ficticia lluvia de pétalos cayendo sobre los novios. Repito que en ese momento yo ni sabía que existía la tal Andrea... pero poco faltó para confirmarlo. Al menos, eso creí.

—Cariño, verás, yo... todavía te quiero, pe...

No le dejé terminar.

—Todavía me quieres... pero has conocido a otra chica con la que piensas que serás más feliz que conmigo. ¿Es guapa? ¿Es inteligente? ¿Hace que te olvides de mí en la cama? (Ay, esa pregunta entraba en la categoría de las de “nunca debiste decir eso porque pareces muerta de celos”. Pero qué narices. Es que era así. Me *moría* de celos en ese momento. Y todavía me corroe un gusanillo por dentro cuando hablo de él, o lo imagino con alguien. Alguien es una chica, por supuesto. El género masculino no cuenta: amigos, amigotes, compañeros de trabajo o los compis del partidillo de los sábados).

Ahora llegaba el momento. Sí, como en las películas, como en *Johnny Guitar*, en ese instante sublime en que Joan Crawford, con una inolvidable y a la vez chirriante camisa amarilla adornada con un pañuelo rojo al cuello, pedía, suplicaba, a su amante que la quisiera, aunque fuera mentira. Ahí estaba yo, Laura Crawford, con ojillos de borrego, suplicante como Joan, sintiéndome igual de arrugadita que David el Gnomo después de haber sido centrifugado por error en la lavadora de Lisa (ah, pero... ¿tenían lavadora los gnomos? Bueno, qué más daba en ese momento).

Volvamos a la película. Una película que se estaba desarrollando en tiempo real y, que, para mi desgracia, se iba a convertir en un camino sin retorno. No al menos con Alberto.

—Déjame terminar. Todavía te quiero, pero...

Andrea. Andrea. Lo sabía. Seguro que era un clon de Miranda Kerr; perfecta, rubia, alta, tan espigada ella que las niñas de ciertas tiendas de ropa no la mirarían con desprecio al entrar al establecimiento, como, desgraciadamente, ocurre en muchas ocasiones.

—Bueno, cuéntame. ¿Qué tiene Andrea que no tenga yo?

—¿Andrea? ¿Pero quién es Andrea?

Joder, ahora sí que estaba descolocada. Y yo que estaba convencidísima de que se llamaba así... Bueno, sería Sonia, o Marta, o... En esos momentos, sinceramente, me importaba un pepino su nombre. Lo que me dolía terriblemente era el ser consciente de que me estaba apartando —si no lo había hecho del todo— del hombre de mi vida.

—Laura, déjate de tonterías. Por cierto, sécate esa gota de sudor de la nariz, me está poniendo nervioso.

Nervioso. Al señor la gota de sudor que se había quedado petrificada —como yo lo estaba— en medio de mi apéndice nasal, le estaba poniendo nervioso. No que me había quedado helada, no que

se me estaba rompiendo el corazón, no que se estaba empezando a plantear un futuro separados. No. La gota. La gotita de sudor. Poco me faltó para mandarlo bien lejos, pero una mezcla inexplicable de ternura y cariño por lo que me estaba diciendo (¿Ternura? ¿Cariño? ¿Me estaba volviendo loca?), hizo que me con-tuviera y, después de quitarme la gota con el dorso de la mano, le mirara interrogante a los ojos. Esos ojos castaños y profundos que jamás olvidaré. Encima mi curiosidad podía con todo lo demás. Si no era Andrea, sería otra chica, eso estaba claro. Nos llevábamos muy bien, nos entendíamos en la cama, acoplándonos como un engranaje cada vez más perfecto, descubriendo un día un lunar aquí y otra no-che una peca allá.

—Laura, ¿piensas que quiero cortar por otra chica?

—Pues claro que sí —Tenía ganas de llorar, de encharcar el suelo con mis lágrimas, pero mi orgullo podía más —Si no se trata de otra mujer... ¿qué puede ser? Cariño, estaba convencida de que nos compenetrábamos muy bien. Nos gustan los mismos libros, elegimos juntos las pelis del cine o las que vemos en tu casa, estudiamos la misma carrera, te gusta la misma comida que a mí, incluso compartimos juntos el proyecto de la ONG que...

Dios. DIOS. **DIOS.** La ONG. Ay, ay, ay, ay... que ya estaba empezando a olérmelo. Era verano... A mí me quedaba aún un año de carrera, pero Alberto acababa de terminarla y no sabía muy bien por dónde enfocar su futuro... Tenía inquietudes solidarias (excepto cuando yo me probaba en abril los bikini y le pedía su opinión sobre si me estaban igual de bonitos que el verano anterior, o cuando le pe-día que me ayudara a limpiar el coche y argumentaba un inaudito dolor de espalda). La ONG. No, no, no, no. No lo escupas, no lo digas, no, no.

—Laura, noto un vacío en mi vida. Soy feliz contigo, porque la verdad es que te quiero y me cuesta mucho trabajo hacerme a la idea de un futuro sin ti, pero... ya he tomado una determinación y me voy a Paraguay con nuestra ONG. Me han ofrecido dirigir un proyecto de talleres de lectura y escritura; ya sabes, alfabetización para niños y adultos de allí. Quieren incluso montar una pequeña emisora de radio. Me han dicho que para llevarlo adelante, lo que he aprendido en mi carrera y el máster que di sobre educación, más la experiencia que estoy teniendo, les viene muy bien. Julio y Fernando también me acompañan; dejan el colegio donde dan clases.

Sí. Lo escuchó. Y de una tacada, casi sin respirar, mientras yo no pestañeaba. Pero Alberto, criatura, ¿qué determinación ni qué niño muerto? En todo caso, ¿era una determinación unilateral! ¿No quedamos en que tenías espíritu solidario? Pues comparte, hijo mío, comparte... Ay, el eterno dilema entre la teoría y la práctica...

—Te juro por Dios, Alberto, que no entiendo nada. Dices que me quieres, que eres feliz. ¿Por qué notas ese vacío del que me hablas? Estás realizando prácticas en un periódico en el que están muy contentos contigo y puede que te contraten fijo... No tienes casa propia (¿quién de su edad la tenía?), pero bueno, si sigues aquí conmigo, podríamos con el tiempo alquilar un apartamento, irnos a vivir juntos, pro-bar si funciona nuestra relación en el día a día, podríamos...

Podríamos nada. La seriedad de la cara de mi novio me indicaba que ya había tomado la dichosa determinación.

Rompí a llorar. No me gustaba hacerlo, y menos delante de él, entre otras cosas porque lo quería tanto, tanto, que no me agradaba nada hacerle sufrir. Conque no había ninguna Andrea, ni Sonia, ni Marta. Ellas se habían encarnado en unos niños hambrientos en Paraguay, uno de los países más pobres del mundo, que esperaban una mano amiga que no siempre llegaba. Y en este momento tan amargo de mi vida, casi ni me importaba que mi novio me dijera que rompía con todo, que lo dejábamos, que se marchaba ni más ni menos que a Centroamérica. Y es que me sentía orgullosa, muy orgullosa. Aunque sabía que se me rompería el corazón de dolor al despedirme de él. Y que el

orgullo se iría a la porra.

—Laura. Laura.

La vocecilla de Nata me devolvió a la realidad.

—Laura. Estás llorando. Estás llorando, tonta.

Bueno. Primero lo del azúcar. Ahora llamándome tonta. Esta Natalia se estaba pasando.

—No, no estoy llorando, qué exagerada eres. Además, si se me salta alguna lágrima, ¿qué pasa? (Pero qué borde me pongo a veces, Dios mío. Contrólate, Laurita). Lo que quiero decir es que lo mismo... lo mismo se me ha metido algo en el ojo. Mira a ver, mujer, que con este dichoso viento igual tengo alguna cosilla aquí, mira, anda.

Sí, una cosilla. Menuda cosilla tenía yo, pero clavada en lo más profundo de mi corazón.

Alberto seguía por aquel entonces en Paraguay. Los correos electrónicos o las videoconferencias por Skype al principio llegaban a diario, incluso dos o tres al día. Se fue-ron espaciando a dos o tres a la semana, hasta que una vez, simplemente, dejaron de llegar. Me cansé de escribirle y de que no me respondiera. Seguro que había encontrado alguna María o alguna Luisa en su Paraguay del alma. Por mí, que le dieran (Ya, ya...).

Y en ese momento de la historia estábamos cuando *mi*

Natalia, aparte de intentar quitarme algo inexistente de mi ojo derecho, seguía empeñándose en que me veía muy sola. Y debo reconocer que era verdad.

—Mira —me dijo mientras me soplabla en el ojo de forma poco ortodoxa. Pero qué brutita era a veces.—, yo estoy saliendo con Daniel, nuestras amigas tienen parejas o rollos... y tú estás sola. ¡Llevas siglos así, ya he perdido la cuenta! Pero tengo la solución perfecta para ti.

Ay, Dios mío. Cuando mi Nata me ofrecía no una solución, sino la solución *perfecta*, yo podía echarme a temblar. Y mira que la quería a la *jodía*, pero es que a veces tenía unas ideas...

—Laura —continuó sin dejarme hablar—, he conocido a un chico que creo que te va a gustar. Tanto por su físico, como, sobre todo, por su forma de ser. Bueno, no lo creo. Lo sé, lo sé. Te conozco...

—...Como si me hubieras parido. ¿A que ibas a decir eso?

—Pues sí. Somos amigas desde hace muchísimos años, desde siempre; de hecho te considero como una hermana más, y no aguanto verte sufrir por alguien que ya pasó y que además vive en Paraguay, tan lejos de aquí.

—Bien. ¿Y se puede saber quién es *el elegido*?

Sí, el elegido. El elegido no por el dedo de los dioses, sino por el de Natalia. El único dedo con el que atinaba en el teclado del ordenador; eso sí, a una velocidad de vértigo. Ese dedito se había convertido en cómplice del que iba a ser, “seguro, seguro, chica”, el cambio radical de mi vida. Qué lejos estábamos de imaginar cuánto.

—Bueno... no lo conozco personalmente, pero sé que es tu pareja perfecta.

(Espera, espera, esperaaa... para el carro. ¿Cómo? ¿Que no lo conoces personalmente? ¿Y me dices que te gusta físicamente para mí? Ay, Dios, que ya estaba yo sacando los avíos para empezar a descuartizarla de nuevo).

Al verme los ojos casi salidos de las órbitas, no sabría decir ahora si de enfado o de desconcierto, añadió:

—Hija, es que lo he conocido por internet. Por un chat de esos, vamos. No te dije que chateaba

con él porque me daba vergüenza.

Bien, ¿por dónde empezar? ¿Por el cuello y así separar directamente la cabeza del tronco? O no, quizá... cortar por las axilas, o mejor aún por los codos, y desmembrarla lentamente. Mis ojos colgaban ya como dos bolas del árbol de Navidad.

—Pero vamos a ver, ¿tú estás loca? No se te habrá ocurrido hablarle de mí, o mandarle una foto mía, ¿verdad?

En ese momento, cuando Nata se quedó más muda que el rubio de los Hermanos Marx, fue cuando me di cuenta de que sí. Lo había hecho. Le aticé con la bocina del mudo en la cabeza.

—Desde luego, no me lo puedo creer —le espeté real-mente molesta—. A saber qué cochinas hará con mi foto. ¿No le habrás mandado una de las de la playa, las de las vacaciones en Mallorca, verdad?

Silencio. Silencio absoluto. Expresión de congoja.

—¿**VERDAD QUE NO, CARIÑO?**

La potencia de mi voz era directamente proporcional a la pesadumbre que se apoderaba de los bonitos ojos azules de Natalia. Yo no recordaba haberme enfadado especialmente con ella, sólo habíamos tenido pequeños enfadillos, chiquillerías de niña. Y siempre había recompuesto los trocitos de carne a los pocos minutos. Pero en este caso lo que me apetecía era hacer una especie de puzle con ellos y que el dedo gordo de su pie apareciera en la oreja o que el codo le saliera de una teta.

Intenté suavizar el tono de mi voz cuando vi aparecer las primeras lagrimillas en sus ojos. No quería hacerle daño, a pesar de que no me hacía nada de gracia que un tío de cualquiera sabe dónde tuviese una foto mía en biquini.

Un momento. ¿Pero quién había hablado de biquinis? Dios, qué horror. No le habría mandado una en *topless*. A la mierda la suavidad de la voz.

—Natalia, no se te habrá ocurrido enviarle una mía en *topless*, ¿a que no? **¿A QUE NO?**

Ese último **A QUE NO** había sonado, más que a amenaza, a desesperación. Últimamente me veía las tetas un poco caídas. Tendría que darme más masajes con agua fría y ponerme esa crema que me había recomendado la chica del centro comercial.

¿Pero qué narices estaba haciendo? Un cochino segura-mente meneándosela viendo mis pobres tetas caidillas, y yo pensando en untarme cremas. Soy incorregible.

—Pero mujer, qué mal pensada eres. Si todo el mundo te las ve en la playa. Y Pablo es encantador.

Hum. Pablo. Al menos el nombre lo tenía bonito. Pero Laura, ¿qué haces? No te disperses. ¡Estás echándole una bronca a Nata porque le ha enviado una foto tuya en *topless* a un tío desconocido, a un depravado que seguramente mojaría las sábanas pensando en ti! ¡Quién sabe si no atacaría a alguna mujer sola en la noche exaltado por las curvas de Laura! La policía aseguraba que los tipos encantadores, como Pablo, eran los peores, los que guardaban instintos más oscuros. Seguramente tenía alma de violador, de psicópata. Quizá habría asesinado a alguna pobre chica y la tenía enterrada en su jardín, como en las pelis. Sólo faltaba Grissom en la escena del crimen.

Dios santo, Laura, *estás como una cabra*.

Volví a mirar a Natalia, e, incomprensiblemente dada la situación, me dio lástima.

—Bueno, mira. No me gusta enfadarme contigo. No pasa nada, ya está. Le has mandado la foto y punto. Tampoco es tan grave. Al menos le habré alegrado la vista a algún desesperado solitario.

—No te vayas a enfadar, pero es que...

Laura, saca otra vez la sierra mecánica. Te toca de nuevo el despiece de Nata. Uf, cuánto esfuerzo en tan poco tiempo, Dios. Qué cansancio.

—Es que... **¿QUÉ?**

Yo ya no sabía si reír o llorar. Esta niña parecía un huevo sorpresa. ¿Qué me depararía ahora?

—Verás, la primera noticia es que no le he mandado una sola foto, le he enviado cuatro o cinco. La otra... es que te he preparado una cita a ciegas con él. Está prevista para el sábado que viene. Irás, ¿verdad?

Definitivamente, la mato. La mato. La mato.

La tarde cae, oscureciendo con su luz tenue los árboles, los edificios, los coches, la gente, sus sentimientos. Pasos apresurados, alas en los pies, fina lluvia que apenas moja pero que cala en los corazones, muchos de ellos solitarios, anhelantes, deseosos de otro corazón gemelo al cual buscar en los cuerpos anónimos que se cruzan sin decir palabra.

En tus auriculares suena, entre otras canciones, Creep, de Radiohead. Vas hacia la estación de tren, con interrogantes que aún están por despejar, y que quisieras que hubieran sido ya resueltas, aunque tu corazón revuelto te pide aún un poco más de misterio. La conoces, su imagen te ha acompañado, diríase que perseguido, durante noches y días, entre palabras reflexivas y dulces declaraciones de amor imposible. Ahora falta muy poco para verla y ratificar lo que ya intuyes, o mejor aún, lo que quisieras que fuera verdad. Una foto no sirve de mucho si luego la imagen no acompaña, si esos labios de papel, brillantes y perlados, en la realidad no transmiten vida, calor, humedad. Tampoco vale de mucho si esos pechos de arropía y miel resultan ser vacíos como una fuente seca, como aquel manantial del que sólo manara un chorrillo débil e inútil. Una foto es inane cuando se espera tanto de ella que no logra ser superada por la realidad, por esa silueta tangible, por esa cara que se transforma en líneas suaves y de piel cálida y tibia, pero sin revelar nada que ilusione tanto como el encuentro virtual de noches y noches.

Sabes que es alta, sabes que es una mujer de ostensible presencia, pero hasta que no la tengas frente a frente no calibrarás del todo su tamaño, la forma de su cuerpo, tantas veces idealizado y tantas veces, a su vez, denostado por ella misma. No quiere decepcionarte, y, probablemente no lo haga, porque, si así fuera, la fuerza de su charla, de su más que ponderada elocuencia, te arrebataría, te ganaría como el deseo logra su victoria frente al amante, y éste llega al orgasmo delicioso, en una dulce batalla entre el quiero y no debo. O al menos, no debiera ser demasiado deprisa, todo sea para procurar más placer al otro.

La espera se hace infinita, los nervios te atenazan, al igual que a ella, con la diferencia de que le acompaña el run run armonioso del tren, y no se siente tan sola. Contigo sólo están el deseo y esas ganas locas de un beso en esos labios tantas veces soñados y mil deseados, esa boca jugosa y dispuesta a transportarte a los paraísos perdidos y nunca hallados. La lluvia continúa cayendo, persistente, mojando aceras y adoquines. Sigue empapando corazones solitarios. Y entre ellos, el tuyo, que, acelerado, nota el traqueteo cercano del tren. Éste se para a tu altura, dejando a tu alcance un sueño anhelado y querido, golosamente deseado y mil veces pedido en los vaivenes de tus pensamientos más recónditos.

Ahora ella está aquí. No la ves aún, porque no se ha bajado del vagón. Pero intuyes su presencia, y la bueles a distancia, la notas y sabes que trae, impregnada, la esencia más pura del deseo y del amor.

Llegó el momento. Vuestro momento.

Sí, ahí estaba yo, a punto de bajarme del tren. Casi podía oler su impaciencia. Mi nariz era una eterna enamorada del almizcle, la bergamota, el benjuí, las esencias de rosa, de violeta, de todas las flores imaginables. Mi nariz adoraba los perfumes como el de una moderna Grenouille, y ahora, tan sibarita ella, tenía que soportar el olor agrio a sudor de algún gorrino que no se había duchado, mezclado con el metálico e inconfundible del roce de las ruedas chirriando sobre el hierro de los raíles. Vivir para ver. O más bien para oler. Me acordé en esos momentos del rock rústico de El Koala y su *Opá, yo viaqué un corrá...*

Pero eso no era lo que en esos momentos me importaba. Sentía por fin su presencia, las ganas locas de abrazarle, de bebérmelo a besos, a pesar de que una barrera invisible me frenaba, me impelía

a pensármelo dos veces antes de entregar mi boca a un desconocido. Era tanta la alegría, la excitación por verlo, que quizá él no calibraría la trascendencia del momento, una trascendencia que yo quería darle. Quizá para otra chica no importaba el regalar unos besos a un desconocido, el mezclar sus salivas, el enlazar sus lenguas una contra la otra. Para mí sí. No era una pacata, pero me gustaba estar en la cama con alguien a quien ya conociera, con alguien cuyo olor a canela me fuera reconocible.

Como podéis imaginaros, así fue la extrañísima manera como nos conocimos. Nata ganó y comencé a chatear con Pablo. Mi destino era amar a seres lejanos. Si Alberto se me había ido a Paraguay, Pablo vivía en otra provincia, aunque las circunstancias y la atracción que por mí sentía hicieron que a los pocos meses de entablar relación con él, se viniera a mi ciudad. No sé qué me pasó desde un primer momento que intuí pronto que iba a existir una química especial. Algo muy íntimo surgió, algo tan inquebrantable como un cordón umbilical dentro del seno materno. Algo que no podía perderse y que habría que mantener a costa de lo que fuera, incluso cometiendo una locura y presentándome a ciegas en su ciudad.

Yo me estaba enamorando; de hecho, me enganché de él al poco de conocerle virtualmente. Y cuando lo vi, cuando me bajé del tren... caí al suelo por K.O. Automáticamente recompuse los trocitos de mi Natalia, despedazada en el último ataque de furia. Aunque en realidad ya lo había hecho desde la misma tarde en que me habló de él. De Pablo.

Dos

Sus amigos, su entorno

Dicen que se conoce a una persona más que por ella en sí misma, por sus amigos, sus compañeros de trabajo, su familia, por las cosas cotidianas que le rodean. En definitiva, por su entorno. A mí me bastó poco tiempo para enamorarme de él, pero lo de acostumbrarme a su gente, a su familia, a su perra (capítulo aparte), ya era harina de otro costal. Y menos mal que era de otra provincia y que se vino a la mía al poco tiempo de conocernos. Si no, directamente me hubiera suicidado con el cable del ratón de mi ordenador. Si Jeanne Hebuterne no había soportado la muerte de su amante Modigliani, arrojándose de un quinto piso al día siguiente de él fallecer, yo no iba a ser menos. Ante la familia política (incluida perra) que me esperaba, la muerte por ahorcamiento con el cable del ratón me parecía extremadamente dulce. En fin, si no podéis aguantar la curiosidad, saltaos todo lo que viene a continuación e id directamente al capítulo seis. Sí, en él hablo de todos (hasta de su perra).

¡DIOS, ODIO LOS PERROS!

El caso es que no soy ni mucho menos antisocial. Tampoco de esas chicas que sólo quieren salir con su mejor amiga, o mejor dicho, que se tienen que limitar por las circunstancias a ser carabina de su mejor amiga y del novio de ésta. No era así puesto que yo tenía otras amistades, y si bien es verdad que Natalia era mi confidente y casi hermana, y a Daniel lo hubiera asesinado cuando *me la robó*, también lo es que me sentía tan contenta de verlos felices, que me daba igual no tenerla en exclusiva para mí.

Menos mal que cuando Pablo se vino, se adaptó a mis amigos, a mi gente y mis costumbres, e hizo especiales mi-gas con Daniel. Y es que *Los amigos de mis amigas son mis amigos*, como cantaba en los ochenta Objetivo Birmania. ¿Os acordáis de los bailecitos de las *Birmettes*? Je, je...

Daniel es capítulo aparte. Natalia y él se conocían desde chiquititos, pero lo gracioso del caso (bueno, gracioso...) es que el chico era tremendamente tímido, y a fuerza de meterle a Verónica por los ojos, poco a poco fue saliendo del cascarón y se ennovió con Vero. ¿Que quién es Vero? Una de las hermanas de Natalia.

Primera lección: no debemos confundir timidez enfermiza con homosexualidad. ¿Que el chico era reservado?

Pues sí, lo era. ¿Que el chico no había tenido hasta ahora novia / amiga / amante conocida? *Psche*, pues sí, pero joder, tampoco tenía por qué ser eso un síntoma de que fuera gay. ¿Que era introvertido y se quedaba absorto mirando por la tele los campeonatos de culturismo? Hummm, ya íbamos perdiendo fuelle. ¿Y si era gay? ¿Y si en vez de buscarle una Vero o una Natalia había que buscarle un Manolo? Bueno, tampoco pasaba nada. Pero muchos teníamos ganas de resolver el misterio. Paco Lobatón ya estaba más que quemado del *¿Quién sabe dónde?*, así que yo me erigí en cabecilla del gropúsculo que pretendía hurgar en la intimidad del pobre chico (esto sí que era un descuartizamiento en toda regla, y no lo que yo hacía con Nata de vez en cuando), y ¡hala!, a investigar.

Adopté el papel de Grissom que era más moderno (y más mono, todo hay que decirlo) que Lobatón, y me dediqué a intentar averiguar si Daniel era gay. Y mira que lo conocíamos desde pequeño. Ni un gesto, ni un ademán, ni un amaneramiento. Bueno, repito, ¿y qué, si lo fuera? Ayyy... queríamos ayudarlo por encima de todas las cosas. No nos dábamos cuenta de que si en el fondo era homosexual, era una opción más y elegida por él y no le íbamos a salvar de nada, puesto que nada malo había en ello. Pero qué tontos éramos.

—Laura, míralo, ahí viene. ¿Ves algo sospechoso en su manera de andar? —Era Verónica quien preguntaba, angustiada, puesto que le había echado el ojo. Lo que estaba era muuuuuuy lejos de imaginar que su hermana no le había echado sólo el ojo, sino también hasta el tuétano. Natalia *se moría* por Dani.

—Fíjate cómo viene siempre de arreglado, de afeitadito, siempre perfumado; yo diría que hasta le roba las cremas a su madre. Sí, sí, fíjate, no hay más que verlo.

—Cállate, *jodía*. Que se va a enterar.

A ver, qué queréis que os diga. Yo, ni veía nada raro, ni andando, ni sonriendo, ni moviéndose. Sólo veía a un chico al que le encantaba arreglarse y sinceramente, eso no me disgustaba. Esta Vero y los demás estaban *como una reverenda cabra*.

—Verónica, guapa, no sabes lo que dices. A este chico no le pasa nada, mujer. Sólo que le gusta arreglarse, y no es alérgico al perfume o a los desodorantes, como otros amigos nuestros que, reconócelo, hija, son un poco guarros. Confunden el ser muy hombre con ser muy cerdo. Y si quieres comprobarlo, sal con él, hazte su novia.

Suelo lanzar miradas asesinas, pero en esta ocasión se cambiaron las tornas y era yo la que estaba en peligro. Ya sonaba en mis oídos el silbido que había creado el genial Ennio Morricone para la peli *La muerte tenía un precio*, y que era tan característico que anulaba casi al propio film. En la película, Clint Eastwood y Lee Van Cleef son unos cazadores de recompensas que unen fuerzas para capturar a un peligroso delincuente apodado el *Indio*, cuyo próximo asalto sería un robo en el banco de El Paso. Verónica era la cazadora, el “peligroso delincuente” era yo misma, y el asalto, a mi pobre persona por haberme adelantado a la proposición. Era más peligrosa que Charlton Heston en una armería. Verónica me lanzó una mirada de degüello. A ella le estaba empezando a gustar, pero odiaba que le tomaran la delantera. En este caso Vero hubiera querido ser, triunfante, la que lanzara la noticia: “Dani me gusta, y sí, voy a hacer que salga conmigo. Y veremos si es o no homosexual”.

¿Y qué, si lo hubiera sido? Desde luego, cuántos pre-juicios teníamos. Esta niña, y en definitiva, todo el grupo, no nos enterábamos de nada. No podíamos ni imaginarnos que aquello tenía un nombre que estaba empezando a ponerse de moda: *metrosexualidad*.

Ni un mes duraron juntos Vero y Daniel. Lo bien que se llevaban como amigos, y lo incompatibles que eran como pareja. Estaba claro: el destino jugaba a favor de Natalia, y ella sería la hacedora de sueños futuros de Daniel.

Tres

Lo que piensan sus amigos de las chicas en general y de mí en particular

Buenooooo... las tías. Uf, las tías son otro mundo. Vaya tela. ¿Por dónde empezamos? La verdad es que todas tienen su aquel.

Si una que es alta llama la atención por sus piernas largas, la bajita porque tiene una cara monísima y la nariz chiquitina; la patizamba porque dan ganas de olerle el pelo de bonito y limpio que lo tiene, y la gordita porque a más de uno no nos van las esqueléticas, queremos curvas. Y si no, fijaos en el culo de la Jennifer. Jennifer López, of course. ¡Si hasta dicen que lo tiene asegurado! ¿Dónde hay que apuntarse para ser agente de seguros, por favor? Porque habrá que ir a peritarlo primero...

Y si es la chica de Pablo, je, je... Hay que ver, conocerse por internet. ¡Si eso es sólo o para rollos de un día o para los puretas que están aburridos las noches de viernes! Con la de tías buenas que hay por aquí, que Pablo da una patada y aparecen veinte, y ahora sale ésta que se ha llevado a nuestro colega a otra ciudad, coño, que para verlo ahora hay que echar una instancia... Como si él no tuviera bastante con... bueno, mejor nos callamos. Joder, ya no podemos contar con él ni para los partidillos de los sábados, ni para salir de copas, ni para el cine, ni para nada... Hombre, no es que la chavala esté mal. Es guapa, tiene el pelo rubio y largo, como nos gusta a los tíos, pero sobre todo, tiene dos pedazos de...

Basta. Basta. ¡Basta! **STOP**. No quiero oír ni una palabra más. Se deduce de todo esto que los amigos de Pablo ¡no son precisamente unas lumbreras, por muchos estudios que tengan. No les atrae la inteligencia de una mujer, ni su capacidad de análisis; no se han detenido en escudriñar en la vida de una gran aventurera como Isabelle Eberhardt, que vestida de hombre y audazmente bisexual en

las postrimerías del siglo XIX, periodista y apasionada por la política, recorrió el desierto y se convirtió en una musulmana más. O como la exploradora Alexandra David-Néel, para la cual el Tibet no tuvo secretos, ella que fue la primera persona que entró en Lhasa, la ciudad prohibida para los extranjeros, en 1911.

En fin, no hace falta irse tan lejos. Tan heroicas como ellas son las que se levantan a las seis para ir a limpiar escaleras o las que recogen percebes en la Costa da Morte; las que doblan el espinazo de sol a sol recolectando la fresa o las que vienen en pateras con una barriga de nueve meses, arriesgando su vida y la del que está a punto de ver la luz. La maldita luz de un mentiroso país de Jauja, donde no habrá ni dinero ni trabajo, sólo mantas para malvender unos cd piratas.

No. Sólo tetas y culos. Menos mal que a la hora de hablar de hombres no se puede generalizar, y éstas son sólo las opiniones de los amiguitos de Pablo, pero mejor corramos un tupido velo, porque me estoy empezando a enfadar.

Cuatro

Lo que pienso de él

¿Qué decir de una de las personas a las que más quieres en este mundo? Como ya os he contado, conocí a Pablo de una manera un tanto peculiar; no es que supiéramos el uno del otro desde pequeños, y por tanto tuve que ir adaptándome poco a poco a él al igual que él tuvo que irme descubriendo lentamente. Es verdad que cuando me bajé de aquel tren y lo vi, ya he dicho que “caí” al suelo en redondo. Naturalmente nos habíamos visto por fotos y a través de la webcam, pero Pablo *au naturel* ganaba muchííííísimos.

El chico estaba nervioso. No era para menos. Yo temblaba más que un flan de huevo, pero esperaba que no se me notara. Le vi, y dirigiéndome hacia él esboqué una amplia sonrisa.

—Pablo. Por fin te conozco. Bueno, me conoces. Bue-no, nos conocemos.

Evidentemente, la frase no iba a quedar inscrita en *El libro Guinness de los récords* como la más original, pero en ese momento me bloqueé y no tenía ni idea de lo que estaba diciendo. Vaya primera impresión; debí parecerle una imbécil.

Definitivamente... vaya entrada la mía.

—Oye, por favor, no me hagas caso, estoy un poco nerviosa. (No era para menos, me había visto

en *topless* en las calas de Mallorca. Me acordé de Natalia en ese momento y no de una manera afable precisamente).

A todo esto, habíamos pasado tardes y noches enteras elucubrando durante toda la semana cómo sería nuestro encuentro y qué haríamos en ese preciso instante en que nos viéramos. Él insistía en que quería darme un *pico*. Yo opinaba que lo correcto era darnos dos besos. Al fin y al cabo, a pesar de tantas confidencias, de llamadas y mensajes, de correos apasionados y fotos enviadas con el mayor cariño del mundo, Pablo no dejaba de ser un desconocido y yo también para él.

—Hola, Laura. —Pablo sonreía mostrando una dentadura blanquísima y deslumbrante. Dios mío. ¿La genética había sido generosa con él, o serían dientes postizos y no me había dicho nada?

Yo lo observaba con la curiosidad con la que un antropólogo estudia una lejana tribu de Papúa-Nueva Guinea. En ese momento no me hubiera importado que me hubiera recibido en taparrabos. Estaba buenísimo. Pero ¿qué narices movería a esta criatura a chatear por internet y a conocerme a mí en lugar de buscarse una chica como se ha hecho toda la vida? Alto, moreno, con unos ojos transparentemente verdes —si lo verde pudiera ser transparente, claro—, y, sobre todo, con una felicidad que irradiaba su cara que yo creo que era lo que más me atrajo de él desde el primer instante. En ese momento me vino a la cabeza la cursi imagen de Al Bano y Romina con su *Felicidaaaaaaad...*

Mentalmente me di con la palma en la cabeza. Vaya estupidez enturbiar de esta forma viejuna ese momento. Su energía positiva, su sonrisa... son cosas que a día de hoy, cuando estamos enfadados y no paro de mirar el móvil por si me llama —a pesar de que no quiero, por lo tanto lo hago de reojo—, son cosas, decía, que valoro de él por encima de su metro ochenta y cinco, o su espalda ancha, o sus brazos fuertes... Ayyyyy... Pablo.

Volvamos de nuevo al dilema. ¿*Pico* sí o *pico* no?

VOTACIÓN DE LOS LECTORES HASTA EL MOMENTO:

ELLOS:

***Pico* sí, tonta:** 85%.

No sabe, no contesta, ni le importa: 0%. **Está en el limbo:** 15 % restante.

Análisis antropológico de la encuesta: Se detecta aquí por parte de los machos de la manada una insaciable curiosidad morbosa por saber si la chica “traga” o no “traga”. Si accede a darse el *pico*, según ellos, buena señal. El principio de un prometedor camino.

ELLAS:

***Pico* no, imbécil:** 100%.

No sabe ni contesta, aunque le importe: 0%. **Está en el limbo:** 0%.

Análisis antropológico de la encuesta: Se advierte en esta ocasión por parte de las hembras su desconfianza en el beso a un desconocido, ya que lo es, al menos físicamente, pero, sobre todo, la prevalencia del conocido “orgullo femenino”, cuya máxima es: *Para orgullosa, yo. Si quiere un beso, que se aguanten; si se conforma, es que le gusta. Si se lo doy así, a las primeras de cambio, pensará que estoy desesperada.*

Estaba clarísimo: pasando del *pico*.

—¿Qué tal, Laura? Tenía muchas ganas de conocerte. (Caramba, ¿con qué se lavaba los dientes este chico? ¿Con sosa cáustica?)

Pablo se acercó y nos dimos dos besos rápidos, como cuando vas a tu pub preferido y te presentan a Joaquín y luego resulta que se llamaba Luis. Y es que ni te enteras cuando lo hacen, entre el *Titanium* de David Guetta a tope, el charloteo y las pocas ganas que tienes de conocer al tal Luis. ¿O era Joaquín?

—Sí, yo también. Perdona, estoy algo nerviosa. Casi ni sé lo que digo.

—Trae, te sujeto la bolsa.

La bolsa. Claro. La bolsa de viaje en la que no había sabido muy bien qué meter. Incluso me había costado mucho trabajo elegir la ropa que luciría para ir a verlo. Dentro puse muy pocas prendas, y para verle me decidí por una minifalda que no enseñaba demasiado y una chaqueta corta, ambas prendas de color chocolate, y una camiseta de escote cuadrado color camel. Ya lo dicen las revistas de moda: el camel te hace parecer mayor, y yo quería poner freno al tío éste que me quería dar un *pico* cuando me bajara del tren. Ni escotes ni colores que llamaran la atención. Menudo fresco, qué corte se iba a llevar. Pero... qué bueno estaba el fresco. No me hubiera importado nada lo del besito, a pesar de correr el riesgo de que mis lectoras me dieran una buena colleja.

Pero... hummm... mi orgullo femenino podía más. Estaban ganando mis lectoras.

Pablo es tremendamente educado y muy caballeroso, lo que no hay que confundir con machista. Me lo enseñó en ese momento, cuando se ofreció a cogerme la bolsa, y siguió demostrándomelo más adelante, conforme nuestra relación fue consolidándose. Al menos, hasta el día de la *inochidable* fiesta.

—Estarás algo cansada del viaje. ¿Te apetece que nos tomemos algo aquí mismo, en la cafetería de la estación?

Te bebería a ti, chiquillo.

—Mira, sí, la verdad es que me apetece, y así charlamos más tranquilos.

—¿Nos sentamos aquí?

Mientras en el local sonaba de fondo la dulce voz de Silje Nergaad, Pablo tomó la iniciativa desde el primer momento. Me preguntó por Natalia, por su novio Daniel al que conocía de oídas por lo que le había contado Nata... pero sobre todo, hablamos de nosotros. Hablamos, hablamos, hablamos... Me hizo mucha gracia cuando estuvo a punto de tirarse el refresco encima cuando le dio un codazo al vaso. Era irresistiblemente torpón.

—Mira que soy torpe. Parezco Mr. Bean.

Por primera vez desde que nos vimos, le sonreí con confianza, no sólo por cortesía. Pablo me había parecido un chico estupendo a través de nuestra particular relación en la distancia, y comprendí en ese momento que no me defraudaría.

Al cuerno la opinión de las lectoras. Cayó el *pico*.

Cinco

Lo que él piensa de mí

Laura es una niña estupenda. Me cayó bien desde que Natalia, su mejor amiga, comenzó a hablarme de ella a través del chat.

Creo sinceramente, aunque parezca inmodesto, que yo le gustaba al principio a Natalia, pero ella es fiel a su Daniel de su alma, y lo cierto es que somos grandes amigos desde entonces; jamás se me insinuó. Dicen que entre un hombre y una mujer no puede haber una amistad, sólo amor o sexo... pero yo creo que se equivocan. De hecho, cuando conocí a Laura, me sorprendió que accediera a darme ese beso, ese piquito del que habíamos hablado en los días anteriores a nuestro encuentro. Con el tiempo supe que lo estaba deseando, pero el orgullo femenino del que tanto presumen las mujeres se lo impedía. Pensaba que si nos lo dábamos yo caería en la trampa de caer que era una chica "fácil". Laura, y las mujeres que piensan así, están muy confundidas. Entre nosotros ya existía algo muy especial. A distancia, sí, pero no dejaba de ser una relación de intensa amistad y que imaginábamos iba a terminar en algo más cuando nos conociéramos, como así fue.

Por cierto, qué manera tan peculiar de conocernos... Ahora muchas parejas se forman por internet, pero creo que pocas se deben a la insistencia de la mejor amiga de uno de los componentes de la pareja.

Si no fuera por lo cabezota que es Natalia...

—De verdad, Pablo, que no sabes lo que te pierdes.

—Pero qué pesada eres, Natalia. Mira, sinceramente, no me apetece conocer a nadie, y menos, a

una chica de fuera. Por lo que me has contado, parece una mujer estupenda, y está muy buena, pero, sinceramente, no me gusta la idea de conocer a nadie por internet.

—¡Pero si a mí me has conocido así, serás torpe!

—Ya, pero me refiero a ligar, a algo más que a una amistad como la nuestra.

—Bueno, no seas tan negativo y no adelantes acontecimientos. ¿Y si por casualidad tú no le gustas a ella? No tenéis que terminar como ligue. Conócela, hazte su amigo, y luego me cuentas.

—Sí, chica, pero lo que tú pretendes es que tengamos una cita a ciegas. ¡Tú estás loca, mujer! Yo jamás he hecho eso y te repito que no me apetece.

Esa fue parte de la conversación de más de media hora que tuve por teléfono con Natalia. Teníamos la confianza suficiente como para habernos intercambiado los números de nuestros móviles, y charlábamos con cierta regularidad. Natalia se estaba volviendo muy pesada con el tema. Si llego a saber lo que venía después... no sé qué hubiera hecho.

—¿Y si resulta que es la mujer de tu vida?

—¿Y si resulta que es la mujer que me hará desgraciado? Natalia, ni aquí ni en ningún otro caso se puede saber si alguien es la persona de nuestra vida. Mira tu ejemplo. Me contaste que en realidad Daniel comenzó saliendo con tu hermana, y al final terminó contigo.

—Pablo, dale al menos una oportunidad. ¿Yo te caigo bien?

—Qué tontería de pregunta. Sabes perfectamente que sí. Si no, no seguiríamos siendo amigos.

—Pues ella también te caerá bien. Si no valiera la pena, no sería mi mejor amiga. Así que queda con ella el próximo sábado. Si no te estoy pidiendo que os encontréis físicamente... Sólo se trata de empezar a charlar un poco a través de la red e intercambiaros unas fotos para veros... Además, je, je... ya la has visto en algunas que te envié, y no me negarás que es mona y que está muy bien... Si llega a enterarse de que te he mandado las de Mallorca...

Y ya sabéis cuál fue el resultado de dicha conversación.

Aunque ahora estemos enfadados, no puedo hablar mal de Laura. Tiene un sentido del humor muy particular. De vez en cuando se molesta con Natalia, y habla de no sé qué de descuartizarla lentamente y recomponerla de una manera un tanto rara. Que si le pondría la nariz en una oreja o algo por el estilo. Qué sé yo. A veces parece que está como una cabra, pero en el fondo es muy equilibrada. Se desvive por sus amigos, y por ayudar a los demás. Tanto, que a veces se pasa.

Recuerdo un día en que una anciana que paseaba por la calle no veía bien la hora en su reloj y le pidió ayuda a Laura. Ella, en vez de mirar su propio reloj, agarró a la señora del brazo y directamente se acercó la muñeca de la mujer a la cara. La anciana gritó porque pensó que Laura quería quitárselo; a punto estuvo de llegar la policía porque se formó un pequeño alboroto. Y aun así, a ella no le dio vergüenza alguna. Al contrario... ¡pero si le dio por reírse a carcajadas! Otro día, en una boda, me recordó a Katherine Hepburn en La fiera de mi niña, cuando Cary Grant le pisa la falda y ella no se da cuenta, y todo el mundo le ve la ropa interior... A ella le pasó algo por el estilo,

pero siguió bailando, y para colmo tampoco paraba de soltar risotadas. Me pasa a mí, y me da algo.

Y es que mi chica (porque aún lo es, a ver qué ocurre de aquí al final de la historia), es muy especial. Extrovertida, ocurrente, muy impulsiva, habitualmente tiene algo divertido que contar y que casi siempre son cosas que le han pasado. Excepto cuando me habla de su exnovio, Alberto. Estoy de Alberto hasta la coronilla.

Ella me cuenta que cuando él dejó de enviarle correos, se le fue olvidando de una forma gradual: poco a poco se le difuminaría de la memoria su forma de escribir, de contarle todo lo que estaba viviendo tan lejos, en Paraguay.

Después fueron algunos detalles de su noviazgo que pensaba jamás se le iban a escapar. Se le iba diluyendo su olor, tanto el de su colonia favorita como el de su piel. Ni siquiera recordaba bien sus rasgos. Hasta que un día, definitivamente, se le borró la cara.

Pero eso es lo que dice ella. Otra cosa es que lo sienta de verdad. Se cree que soy tonto, o que me he caído de un guindo.

Aun así, creo que todavía la quiero.

Seis

Lo que pienso de lo que le rodea

(incluida su perra)

Ay, llegó el capítulo. Recordaréis que un poco más arriba les pedía a los impacientes que se saltaran unas líneas y pasaran directamente a esta parte, ¿verdad? Menos mal que han sido solidarios y se han esperado a que vosotros lleguéis. Pues ya estamos todos. *Señoras y señores, pasen y vean* el fantástico mundo del señor Pablo Soler y su *divertida* familia (incluida su perra, *of course*). ¿Dónde está el tema principal de la peli *El fabuloso mundo del circo*? Que suene ya, por favor.

El padre, Julio: El de Pablo es un padre un poco peculiar. Un severo militar, de los de toda la vida, que ha tenido al chico y a los hermanos más tiosos que una vela. No le gustan ni los disfraces, ni el carnaval, ni las bromas, ni los chistes, y cree firmemente en la unidad de la patria, de la familia y todo eso.

La madre, Dorita: Si el padre es especial, no digo nada de la madre. Repito: **no digo nada**. La Asociación de Señoras de Militares es la principal causa de su vida. Vive por y para ellas, y no entiendo cómo no se aburre entre tanta vieja. Perdón, entre tanta señora mayor. Bueno, al fin y al cabo es normal. Ella también lo es. Pero yo me aburriría aunque tuviera noventa años.

Su hermano mayor, Juan Miguel: No lo puedo ver, se me atragantó desde la primera vez que se cruzó en mi camino. Es cirujano y se cree Dios teniendo la vida de tantos en sus manos. Me da escalofríos cada vez que pienso en él, ya que no puedo evitar verle como un doctor Frankenstein.

¡Brrrrrrrrrrr, qué miedo!

Su hermana mayor, Ángela: Tres cuartos de lo mismo. Se cree superior al resto. Hace yoga y meditación, y quiere convertirse al budismo pero no lo hace porque si así fuera, su padre le metería una *hostia* tal que la iba a volver monja. Así que practica posturitas encerrada en su cuarto y constantemente enciende varitas de incienso. Yo creo que a ve-ces se coloca con un poco de hachís, pero como no estoy demasiado segura, prefiero no opinar. Sigo pensando que su ropa huele sospechosamente a “maría” y no a *Chanel N° 5*, precisamente.

La hermana que le sigue, Maruca: Se cree la tía más buena del mundo. De rollo *emo*, es compradora compulsiva de *Cosmopolitan* y revistas semejantes, y roza la anorexia, de tan preocupada que está por mantenerse delgada. Come menos que un pajarito y menudea en los foros *pro-ana* y *pro-mía* de internet, sin querer darse cuenta del daño que puede hacerse con ello. Insoportable.

La hermana pequeña, Clara: ¿Esta niña es tonta o se lo hace? No necesita más comentarios. Menos mal que no tengo que, al igual que el resto de la familia, tratarla demasiado. Sería inaguantable. Bueno, en realidad a mí no me trataría mucho, porque no despega la nariz de su *smartphone* color rosa chicle. Vive por tanto en un mundo paralelo de unicornios que vomitan arcoíris.

La abuela paterna, Casilda: Es, junto al abuelo, la más salvable de la familia. Aunque de vez en cuando mete un tirito en medio de la batalla. Nunca un arma de destrucción masiva tuvo tanto poder como una observación de la abuela Casilda (Nota para los incrédulos: Se ruega leer un poco más adelante).

El abuelo materno, Salvador (de ahí que la madre se llame Dorita. Que no se entere que os lo he contado, pero odia a muerte que la llamen Salvadora): El abuelo va a lo suyo, y el día que lo conocí —al igual que a Pablo, al igual que a todos ellos—, es decir, el día que llegué, me echó un pedazo de cable que aún se lo agradezco. Quiere mucho a sus nietos, especialmente a Pablo, que es su ojito derecho. Es el miembro de la familia que más aprecio de todos ellos.

La perra, *Eva*: Una chihuahua de la que todo el mundo dice que es muy buena (como todos los que tienen perro y que se lo sueltan a alguien cuando el bicho los achucha y los lame), pero a mí no me lo parece, pues no para de ladrarme porque supongo que no me traga. Y no llamadme mala persona, pero... es que odio los perros. Es inevitable.

¿Comenzamos la función?

Todo arrancó el día en que yo llegué a su ciudad para conocernos. La familia de Pablo, especialmente Dora, se olía algo, puesto que en la última semana todos habían visto cómo el niño se encerraba mucho tiempo en su cuarto, venga a darle a las teclitas del ordenador. Pero claro, no podía imaginarse en esos momentos que no se trataba de una amiga más, sino de *una bruja* que a la larga se llevaría algo lejos a su Pablito de su alma.

—Qué pesada eres, mamá. Que nooooo, que no tengo novia.

—Mira, te crees que soy tonta porque no sé manejar un ordenador. Pero que sepas que en el grupo —la Asociación de Señoras de Militares a la que Dora pertenecía desde hacía muchos años—, nos hemos apuntado Cuqui, Puchi y yo a las clases de informática que nos va a dar nuestra amiga Memi, y verás como te cojo la delantera.

—Sí, mamá.

—En cuanto aprenda un poco, seré capaz de meterme como tú, en los *chans* esos y verás, te vas a quedar asombrado.

Eso. Los *chans*. La señora iba por buen camino. Ya faltaba menos para terminar la carrera de Informática.

—Vamos, cariño, que no se diga que no tienes confianza en tu mamuchi...

¿Mamuchi? ¿De dónde coño habría salido esta señora? ¡Pero qué rematadamente cursi era!

—Mamá, claro que tengo confianza contigo. Y mira, para demostrártelo, bueno... pues sí, te lo confieso: he conocido a una chica por internet y la recojo dentro de... uf, se me está haciendo tarde... Dentro de veinticinco minutos.

—Claaaaaaaaro, por eso estás tan nervioso y te has puesto tan guapo. Hum... ¿por internet? ¿Y en qué calle vive? ¿Es del barrio?

—No, mamá.

—Vaya, de otra zona. Bueno, no pasa nada. Será de una clase inferior a la nuestra, pero se adaptará bien si lo vuestro sigue adelante.

Lo que había que oír. Como no era de su barrio pijo, ya a la fuerza era una pobretona. Lo de esta mujer no tiene nombre. ¡Será clasista!

—Mamá, por Dios, no corras tanto que sólo somos amigos. Además... no es de aquí. Es de fuera.

—¿De fuera? ¿De fuera de dónde?

—Pues... de fuera *de fuera*. De otra ciudad.

—¿Que no es ni siquiera de aquí? Ay, hijo, mira que eres raro. Primero que si la conoces en un *chans* de esos, y ahora que ni siquiera es de por aquí. (*Suspiro hondo*). Anda, anda y ve a recogerla. Compras unos pastelitos y la invitas a casa.

—Pero mamá, ¿estás loca o qué? ¿Cómo pretendes que suba a casa? ¡Si ni siquiera la conozco!

—Me lo pones más fácil todavía: así ves cómo se comporta ante una situación difícil y tendrás más criterios para valorarla.

Pablo es un chico muy espabilado, pero en ese momento no sé en qué estaría pensando cuando aceptó y le dijo a su querida *mamuchi* que sí, que bueno, que vale, y que subiría conmigo. Lo cierto es que todo, desde que Natalia, chateando con él, le habló de mí, hasta el momento en que él aceptó subirme a casa sin apenas conocernos, todo, todo, sonaba muy surrealista. Como dirigido por Buñuel, por ejemplo como *El ángel exterminador*. No; más surrealista aún si cabe.

(El otro final de la película es que Pablo iba con el tiempo tan justo, tan justo, que fue incapaz de decirle a su madre **“NO”** para no retrasarse en la que sería nuestra primera cita, no porque le apeteciera presentarme a su familia. Para echarlo directamente a los leones).

Para no cansaros, mis queridos lectores, os diré que era una situación tan rara y que me había quedado tan traspuesta con el blanco dental de Pablo, que apenas le oí cuando, mientras me hablaba y hablaba en la cafetería de la estación, me comentaba que había decidido presentarme a su perra, para que comprobara que esos bichos no son malos. Sí, habéis leído bien. No a su padre, ni a su madre, ni a ningún otro miembro de su familia. A su perrita. Lo hizo así porque pensó que de la otra manera no aceptaría. Lo que no sabía entonces es que en esos momentos no me parecería raro nada de lo que me planteara. Incluso el que me llevara a su casa con la excusa verdadera: para que me vieran sus padres, hermanos y abuelos. Todo había transcurrido de manera tan absurda, tan rara y surrealista, que aunque hubiera visto en esos momentos un burro volando me hubiera parecido un hecho de lo más normal.

Así que ahí me tenéis, tomando unos pastelitos junto a la familia más envarada y cursi que he visto en mi vida. Y la perrita de marras.

—*Eva*, deja tranquila a la muchacha. —Sí, *Eva*, no seas pesadita, mujer.

La muchacha estaba empezando a descuartizar a *Eva* igual que lo hacía con Natalia cuando ésta

metía la pata.

—No, de verdad, si no molesta. Es una perrita muy linda.

—Ah, yo creí que no te gustaban los perros, Laura. —Bueno, en realidad no me gustan demasiado (*NADA, no me gustan NADA DE NADA, imbécil*), pero es muy buena, no me molesta, de verdad.

Si hubiera tenido que crecerme la nariz dos centímetros por cada mentira que solté aquella tarde, me hubiera hecho falta un trípode. No se trataba ya de que no me gustara, es que me molestaba terriblemente aquel bicharraco que me miraba con mala sombra y yo a él con una cara más fea todavía. Menos mal que la abuela Casilda comenzó a soltar bombas de destrucción masiva. Cosa mala para mí, pero al menos me distraía de la tensión de tener que estar pendiente de la escandalosa chihuahua.

—Eres muy guapa, Laura.

—Gracias.

—Lástima de esas picaduritas de acné que tienes en la cara. ¿No has pensado en nada para quitártelas?

(¿Quizá aprovechar los restos de ácido sulfúrico que usaré para disolverla en la bañera, abuela?)

—Bueno... uso cremas y estoy empezando a ir a un centro de estética, para que me den láser. Me han dicho que se me quitará a las pocas sesiones.

—Ah, eso está muy bien. Y tienes unas piernas muy bonitas.

—Muchas gracias, Casilda.

—Lástima que a las niñas de hoy os dé por poner esas faldas tan cortas.

¿Tan cortas? Dios, ¿por qué se me habría ocurrido ponerme minifalda para impresionar a Pablo? De todas formas, tenía un largo digamos... normal. Esta señora no había visto las que me ponía para ir a mi garito favorito las noches de los sábados. Además, ¿qué hacía observándome tanto? Que si la cara, que si las piernas, que si...

—Hija, no vayas a molestarte por lo que vaya a decir...

Eres muy guapa, pero estarías más mona con un poco más de pecho. Eres alta y te sentaría muy bien.

Aaaaahhhh, qué bien. Un alma altruista que me va a pagar la operación. ¡Sería brutal! ¡Pero si yo estaba muy bien de talla! ¿Pretendía que fuera el trasunto de Lolo Ferrari?¹

Doña Casilda estaba empezando a tocarme la moral, por no decir el kiwi. De la cara pasó a las piernas y luego al pecho. Parecía Admunsen en plena exploración. Pablo estaba mientras tanto atendiendo el teléfono y no se daba cuenta del bombardeo masivo de su querida abuelita. Sinceramente, parecía el cuento de Caperucita, pero al revés. Yo era la examinada por la anciana. Y por la madre, y por una hermana, y por la otra, y por...

—Laura, qué ojos tan bonitos tienes. ¿No has pensado en cambiarte las gafas por lentillas? O, mejor aún, ¿y si pasas por el quirófano y te corriges la miopía?

(¿Y por qué no mejor si te pasas tú, niña, y te corrigen el cerebro?)

—No, Maruca, ya lo he pensado, pero me da un poco de miedo operarme.

—Pues yo que tú —terció Julia, la pequeña—, le echaba valor y me metía en el quirófano para retocarme el pecho. Además, eso es lo que se lleva ahora.

—Sí, está claro que nadie se conforma con lo que tiene. —Aparte de bajar la cabeza y observar mi noventa de pecho con incredulidad, yo miraba desesperada hacia Pablo, que me hacía gestos con la mano para que aguardara un minuto. La conversación que mantenía con alguien para mí desconocido, debía ser de una importancia equiparable a la espera de la fumata blanca en El Vaticano

o a conocer el sexo del primer hijo de un príncipe heredero. Vaya tela dejarme sola con estas hienas.

—De todas formas —continué airosa— estoy muy contenta con lo que tengo y de ser como soy. Siento que sería una desgraciada si no fuera así.

—Hombre, en realidad la chica tiene razón. Está contenta con ser como es, y eso me parece muy bien.

Habló la voz. La voz suprema, la que me sonó a música celestial en medio del fuego cruzado en el bombardeo. Se trataba del patriarca de la familia, el abuelo Salvador, que, haciendo honor a su nombre, me recogía del matadero para recomponer los añicos y dejarme sana y salva junto a mi querido Pablo, el de los dientes blancos.

—Vamos, no seáis más preguntonas que estáis atosigando a la pobre chica. Y encima esta perra que es tan pesada, todo el rato encima de ella. Entre todos vamos a asustarla.

En ese momento Salvador me pareció más bueno que el abuelito de Heidi cuando le hizo la cama de heno en el primer capítulo. Podía hasta oler el queso fundiéndose en la chimenea de la casita. *Ya la ra la ra jijju, ya jijju la la jijju, ya la ra la ra jijju, la la jijju, jijjuuuuuuu... Abuelito, dime tú...* Me entraron ganas de cantarle eso, darle un abrazo y preguntarle cómo podía pagar aquello, porque sinceramente, *las brujas de Eastwick* estaban empezando a agobiarme. Dios mío, si yo sólo quería estar con Pablo... Me dio la impresión de que hablé más tiempo con ellas que con el que en el futuro se iba a convertir en mi chico.

La música celestial se convirtió en el *Nessun dorma* de Puccini cuando Pablo nos disculpaba porque nos íbamos a dar una vuelta para enseñarme la ciudad. Se acabó el martirio, y empezó la gloria.

Siete

¿Influyen mis ex en su relación conmigo?

Un poco más arriba yo os hablaba de la persona que, además de Pablo, posiblemente haya sido la que más ha marcado mi vida. Alberto. Sí, el chico que iba para periodista en una revuelta redacción y que prefirió escoger un camino duro, pero igual o más hermoso aún, como era ayudar a muchas personas a que fueran más libres, enseñándoles cosas nuevas y potenciando lo poquito que sabían. En el momento en el que él me explicaba esta determinación tan decisiva en su vida, era incapaz de imaginar el alcance de la misma, y, sobre todo, lo orgullosa que me iba a sentir por haber elegido ese camino. Cuando al año siguiente terminé mis estudios de Periodismo, me sentí cobarde, de forma injustificada, por supuesto, pero no podía evitar las comparaciones entre Alberto y yo misma. Salía ganando Alberto por muchísima diferencia. Quizá por ello me metí en otra carrera, en Enfermería. Quería ayudar a mi manera, como sabía que lo hacía Alberto muy lejos de mí.

A día de hoy, aun cuando Natalia insista en que se me cae la baba recordando a mi exnovio y yo reconozca que todavía siento un gusanillo en el estómago, debo decir que para mí ha quedado como un precioso recuerdo y que no puedo culparle de una decisión tan valiente. Sólo pierde aquel que no se arriesga. El que se arriesga, y gana, gana el doble. Y Alberto ganó.

Pero no os creáis que Alberto ha sido el único hombre de mi vida. Yo ya lo he explicado antes: he tenido amigos, rollitos, líos, y un poco de todo. Imagino que como cualquier chica de mi edad; los veinticinco los dejé hace relativamente poco, y aún me quedan bastantes para ser cuarentona. No me seáis vagos; haced cálculos e imaginaos cuántos años tengo. (No vale pasarse, que me mosqueo).

A Pablo no le hace mucha gracia que yo le hable de mis anteriores relaciones, y mucho menos que le cuente cosas que Alberto y yo hacíamos juntos: cómo nos gustaba tanto ir a patinar o las tardes de cine que compartíamos entre besos. Yo no veo nada malo en ello, pero también es cierto que cuando me habla de Paloma o de Sara, me echo a temblar. No de miedo, claro está: de rabia porque ellas se han bebido antes que yo esos labios golosos y llenos de carne tentadora. Y es que los celos, amigos míos, siguen moviendo el mundo, por muchos años que hayan transcurrido des-de el inicio del mismo. Y si no, aquí tenéis una prueba más que contundente...

—Laura, ¿tú eres feliz conmigo?

Bonita pregunta, teniendo en cuenta que acabábamos de entablar una conversación sobre nuestras anteriores relaciones.

—Por supuesto que sí. ¿Por qué lo dudas?

—Pues porque no soy tonto y veo cómo se te iluminan los ojillos cada vez que hablas de tus exnovios / amigos / amantes, especialmente del dichoso Alberto.

—Pablo, no digas más chorradas. Tú también has tenido un pasado y no por ello me molesto. Ya somos mayorcitos para sentir celos de personas que ya no pertenecen a nuestras vidas. (¿Yo estaba COMPLETAMENTE segura de lo que estaba diciendo, al menos en lo que concernía a él? Para más información, pasar directamente al capítulo nueve, “Sus ex”).

—Lo sé, Laura, pero no puedo evitarlo. Algunas veces pienso, cuando nos besamos, o cuando hacemos el amor, en si no estarás en realidad con otro en vez de conmigo.

—Definitivamente, Pablo, siento decirlo, pero eres idiota. ¿De qué te sirve tanta formación, tanta cultura, si luego demuestras ser un enfermo de celos? Esos celos patológicos no pueden llevarte a nada bueno. Y por supuesto, me ofendes, porque, vamos a ver... Si le damos la vuelta a la tortilla, resulta que yo puedo pensar lo mismo de ti con respecto a tus antiguas novias cuando estamos juntos.

—Espera, de eso nada. Yo estoy contigo y no puedes dudar de mis sentimientos hacia ti cuando te acaricio, o cuando te beso.

Eso. Qué listo el chaval. O sea, que él sí tenía todo el derecho del mundo a sentirse celoso, a imaginar cosas raras cuando me miraba, o a pensar que yo soñaba con mi antiguo rollito Julio cuando le mordisqueaba sus labios gruesos, como los de Pablito, que ahora mismo me... me... ay, Dios mío, que este niño me pone mala. Pero qué bueno está.

—Tú sí. Yo no. ¡Serás machista! Esto es de locos.

En ese momento me asaltaron cientos de chistes feministas a la cabeza. “¿En qué se parece un hombre a un cajero? En que si no te da dinero no sirve para nada”. “¿Cómo vuelves a un hombre loco en la cama? Escondiéndole el control remoto”. “¿Qué le pasa a un hombre cuando lo capan? Comienza a pensar con la cabeza”.

Comencé a reírme sin darme cuenta.

—Oye, perdona, que no me estoy riendo de ti, ¿eh?

Que acabo de acordarme del día en que te conocí, cuando subí a tu casa. ¡Qué situación más rara! Era algo taaaan surrealista... Yo apenas te había saludado, y de repente me vi en medio de toda tu familia. ¡Es para contarlo en un libro! (Je, je).

—No sé; ya llevamos el suficiente tiempo juntos como para conocerte, y creo que eso que me cuentas no es cierto.

—No me gusta que desconfíes de mí, que creas que te miento. (¿Serás cínica? ¡LE ESTABAS MINTIENDO, JODERRR!) Si empiezas a no creer lo que te digo, mal asunto.

—Entonces, ¿no tengo razón cuando pienso que no se te han olvidado del todo tus antiguas relaciones? Mirame a los ojos y dime que no tengo razón.

¡Glubs! Empecé a tragar saliva. Pablo se estaba poniendo demasiado serio y yo no tenía ganas de continuar la con-versación por esos derroteros.

—Hombre, no pretenderás que borre todo lo que he vivido hasta ahora. Mira, Pablo, tú me conociste de una determinada manera y así soy, y lo que haya hecho hasta ahora, hecho está, y si he estado con alguien, pues alguien más que ha entrado en mi vida. Es algo inevitable y es totalmente ridículo que sientas celos. Te estás comportando como un crío, de verdad.

En ese momento, Pablo me miró como disculpándose. Era lo bastante inteligente como para darse cuenta de que estaba cometiendo un grave error al pretender eliminar las antiguas relaciones que yo había tenido, para bien o para mal. Sabía que el fantasma de Alberto flotaría para siempre entre los dos como flotaba el fantasma de la señora de

Winter en *Rebeca*. Pobre Pablo; se había travestido, y de repente era la débil protagonista sin nombre luchando contra la señora Denver, el ama de llaves feísima y lesbiana, aquella que había hecho del fantasma de la señora de Winter alguien tan poderoso que podría llegar a derribar el muro del amor entre ella y su marido.

Sí, pobre Pablo. Era tan guapo, y, sobre todo, tan encantador, que no pude resistirme.

Me acerqué un poco más sutilmente, casi flotaba sobre el suelo. Él tenía cerrados sus párpados, expectante; intuía que iba a darle más de lo previsible. Lentamente, con una sonrisa traviesa casi imperceptible —por el resto del mundo que no nos rodeaba, porque por él era imposible verme, al continuar con sus ojos cerrados—, acerqué mis labios a sus ojos y besé sus párpados. Podía notar el

suavísimo e invisible vello de su frente, de sus orejas, erizándose, los labios hinchándose, su cara dándose a mí. Su barba cerrada, recién afeitada, luchaba por salir de los poros de su cara, en un ardid inaudito e imposible: los pelos tardarían al me-nos tres días en aparecer. Pero a mí no me importaba; me chiflaba ese tacto suave de la piel, y, por un momento, casi hubiera deseado que la suya fuera como la de una mujer: de melocotón, de merengue.

Resumiendo: me encanta besarle. Aunque... Ay, Dios mío... ¡También me encantaba besar a Alberto!

COMPARATIVA ENTRE ALBERTO Y PABLO (DEL 1 AL 10)

	ALBERTO	PABLO
BESOS	10	10
BUEN OLOR	10	10
HUMOR	6,5	7,5
INTELIGENCIA	8	7,5
SEXO	9	9
CULTURA	9,5	5,5
BELLEZA	5,5	9,5

¿Qué elegir? ¿Un moreno guapísimo y cachas frente a un rubio tirando más bien a feíto?... ¿O un rubio con una inteligencia prodigiosa que machacaba a un moreno que no era precisamente una lumbrera? Mejor dejaremos las comparaciones para otro momento.

Ocho

¿Sólo busca sexo o también quiere amor?

Sexo, amor. Amor, sexo. Sexo, amor. Amor, sexo... ¿Por qué los hombres siempre confunden estos términos en vez de intentar ligarlos? Fundir los términos, como se diluyen los amantes cuando tienen ganas de usarse recíprocamente, cuando el calor no se mide en grados, sino en ternura, sonrisas de complicidad y caricias inauditas en sitios insospechados. El sexo es necesario, evidentemente, y yo no concibo una vida satisfactoria y plena sin él. Pero he de reconocer que las mujeres, aunque pretendamos igualarnos a los hombres en todos los terrenos, somos biológicamente diferentes, y no somos iguales. NO SOMOS IGUALES, señoritas, señoras y señores, así que...

(Un momento, que me llaman al teléfono).

Cinco minutos de conversación y...

Uf, joooooder, aquí la que no corre vuela. Señores lectores, acaban de llamarme de la Asociación Feminista "La ostra paritaria" echándome la gran bronca del siglo por la última frase del párrafo que estaba escribiendo. Esperad que lo repase... ¡Caramba! ¡Todo por poner la palabra "señoritas" y la

afirmación “NO SOMOS IGUALES”. ¡Coño, si yo creo en la igualdad, pero es que por mucho que nos esforcemos, los hombres son de una manera, y las mujeres de otra!

ESCENA DE SEXO EN LA PELI DE PORNO BLANDO

LA ASALTACAMAS ATACA DE NUEVO

Escena primera, toma segunda:

Ella: —Abrázame, así, acaríciame... Humm... Eres un cielo...

Él: —¡Pero qué buenísima estás! ¡Qué tetas tienes! ¡Y qué culo más soberbio!

Ella: —Bésame, bésame, amor mío... Me chifla que me beses en el cuello...

Él: —¡Ven acá que te voy a comer todo el ...

Ehhhhh, cuidado... Más vale que nos paremos aquí.

¿Veis lo que os decía? Hasta en algo tan simple como una película de estas características se nota la diferencia entre nosotras y ellos. Pues a Pablo y a mí, como a cientos de parejas supongo, nos pasa igual. Yo creo que me quiere, pero también sospecho que por encima de una relación romántica, a lo que aspira es a no complicarse la vida y a intentar aprovecharla al máximo. Y eso implica sexo, mucho sexo.

Cuanto más, mejor. No me quejo, pero (música de fondo: tema central de *Lo que el viento se llevó*, de *Max Steiner*)... juro por Dios que Pablo va a volver a pasar hambre, ¡por lo menos a lo que a mí respecta!

Nueve

Sus ex

(¿Qué tal si pasamos directamente al capítulo diez? Noooooooooo, es broma, je, je).

Vaya tela. Sus ex. Ex novias, ex amigas, ex compañeras, ex amantes. Desde Ingrid a Tamara, pasando por Soledad o aquella que... ¿cómo se llamaba? ¡Ah, sí, Violeta! Un chico tan guapo no tenía más remedio que haber tenido un pasado cuando yo lo conocí. Era inevitable, al igual que lo era el que yo también hubiera tenido varias relaciones, entre ellas la que mantuve con el famoso Alberto; sí, el que tiene hasta la coronilla a Pablo. Pero aún así, me entran unos celos horribles cada vez que nombra a las dos reinas de la fiesta, como son Sara y Paloma.

—Pablo —le pregunté una noche en la que estábamos abrazados después de hacer el amor—... Tú me quieres, ¿verdad?

—Vaya pregunta. Pues claro que sí, tonta. Si no, no estaríamos juntos.

—Ya. Pero también se le tiene cariño a un perrito *y no se le quiere*. (Ahora me llamarán de la Asociación de Animales Abandonados “El lagarto tieso”, ya lo verán).

—¿Cómo que no se le quiere? Como te escuchan los de la Protectora de Animales te vas a enterar. No, si ya se lo decía yo. Ni siquiera las cursivas habían conseguido su efecto.

—Tonto, yo me refiero a querer, querer; a amar.

—Bueno, pues yo te amo. Vaya frase cursi, Laura. Se nota que te gusta el cine.

Laura Crawford volvió con su chirriante camisa amarilla y su pañuelo rojo al cuello.

—Pablo, dime que me quieres, pero de verdad. Dime que ya no te acuerdas de tus novias, sobre todo de Sara, o de Paloma.

—Mira, Laura, estás demostrando una inseguridad alarmante. Yo te creía más inteligente.

(Lo soy, tontaina. Por eso quiero que no las recuerdes. Simplemente porque lo soy).

—Pablo, no se trata de ser inteligente o no serlo. Se trata de ser *lista*, que no es lo mismo. Y no sé por qué, pero a mí me da la impresión de que aún recuerdas a esas chicas. Algo te pasa por la cabeza cuando hablamos de otras mujeres de tu vida. Algo me escondes.

—Uf, ya salió la Laura Grissom. Sigue rebuscando, a ver si encuentras algún cadáver.

Pablo conocía mi debilidad por las teleseries norteamericanas de crímenes por resolver. Continuó su charla ante mi cara contrariada:

—Mira, cariño, no tienes que comerte más el coco pensando en ésta o en aquélla. Ya lo hemos hablado cientos de veces y no tenemos por qué rebuscar más en la basura. En este caso puede que no sea el término más adecuado, porque al fin y al cabo son experiencias vividas y no tenemos por qué arrepentirnos de ellas o al menos de la gran mayoría de ellas. Y punto.

Uf. En ese momento advertí cómo Pablo resoplaba porque se había puesto rojo; le faltaba el aire. Le noté algo raro en la cara mientras soltaba el discursito, pero en ese momento lo achaqué al ímpetu por demostrar que él no tenía nada, *pero NADA de NADA* con ninguna chica ni pasa-da ni que estuviera en el mundo futuro, a punto de aterrizar entre nosotros.

Si en ese momento hubiera sonado en el equipo de música que teníamos al lado de la cama *La mentira*, con la gran Ana Belén, hubiera creído firmemente en la magia de la conjunción de los planetas.

Diez

Lo que podría ser en un futuro, pero, por lo que sea, nunca será

Mis amigas siempre han dicho de mí, que, a pesar de mi espíritu alegre y socarrón, soy muy fatalista. Eso implica que tenga continuos cambios de humor que vuelven locos incluso a los que más me quieren, y que continuamente esté anticipando malos augurios, malas noticias que al final casi nunca llegan. Temo que lleguen a odiarme por esto. Bueno, en realidad me he pasado, porque no creo que nadie llegue a odiarme algún día. No he hecho tantos *méritos* como para eso.

Por ello, porque en el fondo soy bastante fatalista y porque me encanta comerme el tarro, y darle una y mil vueltas a las cosas —aún no sé cómo acepté la relación a distancia con Pablo, o ir a conocerlo a su ciudad—, por eso digo que creo que mi chico y yo no tenemos futuro. Bien, no sólo por mi forma de ser. Es que ha pasado algo... que no sé si debiera contar aquí. Y me da tanta, TANTA, TANTA rabia que todo lo haya provocado la persona que más quiero en este mundo, que de verdad que le tiraría una plancha a la cabeza. Y eso no es violencia doméstica. Es un pedazo de planchazo ante una soberana traición.

Pablo, sí, *mi* Pablo, el de los dientes lavados con sosa cáustica, me ha hecho algo que creí que jamás haría: traicionarme. Y esto no se corresponde a la idea de futuro que yo me había planteado con él.

Él: guapo, varonil, con su puntito *hipster* que aún no sé exactamente en qué consiste, pero que últimamente se lleva mucho. Una barba muy bien cuidada y un cuerpo muy chulo y fibroso, aunque su testosterona ha comenzado a menguar, como en los chicos que ya han cumplido los treinta y cuatro años. Pero el conjunto de su físico le proporciona un gran atractivo. Y encima le molan The Field o Julia Holter. Es perfecto... ¡Cuánto me ha gustado y aún me sigue gustando! Con él iría al fin del mundo. Me dejaría vendar los ojos y dejarme llevar por un sendero fabricado de merengue y algodón de azúcar que se derritiera bajo mis pies. Era la única persona que no se asustaba ante mis piernas sin depilar, ni ante mi rostro sin gota de maquillaje. Aquél a quien he presentado a algunas chicas con el miedo de que me miraran con envidia, como codiciando la presa, y temiendo que otras, para robármelo, me desearan lo peor que se le puede pedir a una pareja: que rompa, que cada uno vaya por su lado; que el camino de azúcar por el que íbamos andando durante nuestro noviazgo se desmoronara y el merengue se tornara duro como el pedernal.

Una vez sentí amor por él. Al menos, eso creí. Que lo quería, que estaba sinceramente enamorada. Que, sin tocarme, podía notar sus dedos recorriendo mi espalda, des-de la nuca hasta los hoyitos que anunciaban los montes de mis nalgas, poderosamente prietas al principio de nuestra relación, hace ya algunos meses, y algo más flojas en la actualidad, puesto que he dejado el gimnasio. No me apetece. Añoro cada sentimiento de entonces. Recuerdo cómo se me erizaba el vello, cómo la piel se me ponía de gallina; me acuerdo de cómo, asombrada, notaba erguidos los pelitos de mi nuca. Una buena conclusión que sacaba de todo eso es que aún seguía viva, de que la sangre aún me latía en el pulso; de que mi corazón continuaba bombeando *nosecuántas* veces por segundo.

Seguro que mis lectoras habrán advertido lo mismo. No desesperéis, soy mujer como vosotras. Tengo sentimientos como vosotras. Tengo piel, ojos, boca, pechos, pies, todo como tú, y tú, y tú. Y he sentido muy fuerte ese juego del *sogatira* jalando en mi corazón. ¿No os ha pasado muchas veces eso? No os sintáis las únicas. También me ha sucedido a mí. Y seguirá pasando hasta que encuentre lo que real-mente me hace falta: un amor verdadero. No un amor que me traicione y que me haga el daño que me ha hecho Pablo.

Posiblemente, él y yo podríamos tener *un futuro*, pero creo que nunca será así.

Segunda Parte: él

Los dos, el mismo árbol

Atrápame en tu raíz de árbol poderoso y fuerte.
Permíteme que suba, como savia nueva
por tu tronco leñoso, por tus ramas aún desnudas,
y que me convierta en la hoja ondulante,
en el fruto obscuro del paraíso,
en la guarida y casa del pájaro cantor.

Quiero ser parte de ti, seguir creciendo a tu sombra,
multiplicar mi presencia y llenarte de hojas,
de frutos, de ramas, y saciarte con mi savia;
convertirme yo también en árbol,
que los poetas sueñen bajo la copa,
y que el viento y la lluvia me azoten,
que el calor me doblegue, que la brisa me acoja

y morir contigo cuando llegue el momento,
como si fuéramos los dos
el mismo árbol anciano, pardo y viejo.

Once

Cómo nos conocimos

El día que trajeron el ordenador a casa, pudo haber corrido la sangre. Mis hermanas y mi hermano competían contra mí para apoderarse de él. Como el cacharro estaba en mi cuarto, yo discutía con ellos porque me parecía que el “derecho de pernada” me correspondía. Yo por aquel entonces ya era independiente y trabajaba por un buen sueldo en unos grandes almacenes, pero estaba haciendo obras en mi apartamento y tuve que alojarme temporalmente en casa de mis padres. Hombre, es cierto que el ordenador lo habían comprado ellos. Eso quizá no me daba ningún derecho sobre la máquina. Pero mi cabezonería y el hecho de que estuviera en mi dormitorio porque no había sitio en otra parte de la casa, finalmente hicieron de mí el dueño del ordenador.

Un mundo fantástico se abrió ante mí. Desde páginas valiosísimas para saber más de todo, hasta otras de juegos online en las que me pasaba horas enganchado... y otro mundo aparte: webs como Badoo, Twoo, Meetic... o los chats. Comencé por curiosidad. Todos mis amigos lo hacían y se divertían inventándose personalidades, quedando con chicas y tonteando con ellas. Al principio empezaron como yo lo hice, simplemente charlando y haciendo el bobo, hasta que terminaron ligando en toda regla. Yo no me atrevía. A pesar de mi aspecto moderno y, según las chicas, bastante atractivo, soy un gran vergonzoso y no conseguía librarme de esa timidez enfermiza, lo que suponía un grave obstáculo para entablar una relación. Por supuesto que he tenido novias, amigas, ligues,

compañeras. Pero lo de ligar por internet era otro cantar. Y de hecho había *algo* que me impedía hacerlo (los impacientes, que se salten varias páginas, pero mejor que espere todo el mundo, así habrá más emoción). A mí ese *algo* no me importaba, porque como la gran mayoría de los hombres, debo reconocer que soy un tremendo egoísta. Y ahí metí la pata hasta el mismísimo fondo.

Pero para continuar la historia, mejor dejemos de lado *ese pequeño detalle* que luego vais a conocer.

Había una chica con la que me gustaba especialmente chatear por internet. Se llamaba Natalia y era bastante divertida, y muy mona. Al poco de entablar amistad, nos intercambiamos unas fotos y pude constatar lo guapa que era. Fue curioso, puesto que era totalmente diferente a como la había imaginado. De piel muy morena, con el pelo teñido de caoba, y una sonrisa franca y abierta. No sé por qué, la suponía rubia y de gesto un tanto melancólico. Estaba claro que estaba confundiendo los papeles, ya que rubita y bucólica, como salida de una égloga pastoril, resultaría ser Laura.

Natalia y yo charlábamos a través de la red de lo divino y lo humano. Y por supuesto le planteé el conocerla un poco mejor. Vamos, que quería ligármela. Y ahí fue cuando me habló de su novio, Daniel. ¡Cómo iba a ser de otra manera! Una chica guapa, divertida y con dos dedos de sesera, ¿sin novio? ¡Imposible, están TODAS pilladas! Bueno, todas... excepto su mejor amiga: Laura.

—Que sí. Que te digo yo que te va a encantar.

—Natalia, eres un poquito pesada. Todas las noches, cuando nos conectamos, la misma canción. Ya sabes que hoy por hoy no me interesa nadie... excepto tú, claro.

—Mira qué listo. Ya sabes que me caes muy bien, pero también que tengo novio desde hace dos años. Daniel es sagrado, Pablo. Por mucho que me gustaras, sería *imposible* tener algo contigo.

DIFERENTES Matices DE LA PALABRA IMPOSIBLE

Para una chica con novio, imposible es imposible. Así de simple.

Para una chica sin novio, pero que lo busca, imposible es: “Quizá algún día te apetezca quedar”...

Para una chica sin novio y que no lo busca, imposible es: “Tranqui, que yo no tengo prisa”.

Para un chico, cualquiera que sea su estado, imposible es: “Llámame a la hora que sea, y el día que quieras; tengo el móvil encendido las veinticuatro horas”.

—Bueno, y si no me gusta tu amiga, ¿qué hacemos? ¿Tendrás alguna de repuesto por ahí, no?

—Sí, hijo, ni que mis amigas fueran neumáticos de un taller.

—Bueno, mujer, no me malinterpretes. Quiero decir que si Laura... Se llama Laura, ¿verdad?

—Sí. Síí. Síííííí... Qué pesadito te pones, Pablito. *Ay, qué pesado, qué pesado, siempre pensando en el pasadooooooooo; no te lo pienses demasiado, que la vida está esperandooooooooo...*

—¡Qué mal cantas, hija! Pues lo que he querido decir es que si Laura no me gusta, ¿qué? ¿Me buscarás otra amiga? ¿O me dejarás en paz?

—Desde luego, hijo, mira que eres desagradable. Primero: estoy convencidísima de que Laura, que no tiene ni idea de que hablo contigo, te va a encantar, porque pienso que es tu tipo de mujer. Y segundo, que no pasa nada en el improbable caso de que no te guste. Ya me encargaré yo de presentarte otra amiga mía. ¿Sí o sí?

Estuve pensándomelo durante un rato... de cuatro segundos.

—Bueno, mira. Mejor te llamo y lo hablamos por teléfono. Tengo ganas de oír tu voz.

—¡Coño, Pablo! ¿No quedamos en que te ibas a olvidar de mí? ¡Que tengo novio, chiquilloooo!

—Tampoco hay nada malo en oírte.

—Ya, pero me lo has dicho en un tono... Ay, cómo te gusta tontear conmigo.

—Es que si no estuviera Daniel de por medio, ya sabes que yo intentaría echarte el lazo, guapa.

—Sí, y que yo me iba a dejar. ¡Anda ya! Venga, llámame y así hablamos un ratito. Además, mira, antes de llamar...

Espera un segundo.

Un segundo que en el caso de Natalia se eterniza hasta convertirse en diez minutos.

—Ah, pero... ¿todavía estás ahí? —le pregunté, visible-mente enfadado.

—Pablo, hijo, perdona... Estaba buscando una cosa...

Te va a merecer la pena haber esperado un rato.

—¿Ah, sí? —inquirí de manera socarrona.

De repente, la sonrisa socarrona se tornó en la boca completamente abierta ante la maravillosa foto que me había mandado Natalia por la red. En ella se veía, en una preciosa y solitaria cala de lo que parecía ser Mallorca, a una bonita rubia, de pelo largo y con dos tetas que estaban pidiendo a voces ser piropeadas. En la foto se veía sonriente junto a Natalia. Evidentemente, la rubia bucólica tenía dos pedazos de poderosas razones por las que merecía ser conocida, aunque yo, sinceramente, no veía muy clara la famosa cita a ciegas que pretendía esta chica que lleváramos a cabo su amiga y yo. Pero ya lo dice el refrán:

“MÁS TIRAN DOS TETAS QUE DOS CARRETAS”

Decidí llamarla y al final, ganó ella. Pero aún me pregunto cómo pudo convencer a Laura. Nunca me ha dado por comentárselo a ninguna de los dos, y seguro que fue un numerito.

No sabéis cómo me temblaba el dedo cuando marqué su número. Sí, debo reconocer que estaba

bastante nervioso. Imaginaba que ella también lo estaría, pero que aparentaría una seguridad y aplomo de los cuales yo carecía en ese momento. Yo le había pedido el número de Laura a su amiga un par de días antes, pero como tenía que organizar unas... digamos *cosillas pendientes*, hasta ese momento no lo hice.

—¿Sí? ¿Dígame? —Su voz sonaba clara, diáfana. Si ella igual de transparente, íbamos por buen camino.

—Hola. Eres Laura, ¿verdad? —Sí. ¿Quién eres?

—Soy Pablo, el amigo virtual de Natalia.

De repente, se hizo el silencio. No noté que fuera un silencio incómodo, sino más bien de sorpresa. Natalia había advertido a su amiga sobre la posibilidad de que yo la llamara, pero Laura desconocía el día concreto en que esto iba a producirse.

—¿Sigues ahí?

—Oh, sí, sí... Uf, ¡qué sorpresa! ¿Eres Pablo, entonces?

—Sí.

—Soy Laura, encantada.

Lo cierto es que su voz sonaba maravillosa. Si a esto le unimos lo que Nata me había contado sobre ella y las *pode-rosas* fotos de la cala de Mallorca... la verdad es que Laura me estaba gustando mucho, mucho.

—Laura, tienes un nombre precioso. Bueno, en realidad... lo tienes todo bonito.

Noté cierta zozobra por parte de la chica. ¡Pero qué bruto era yo yendo al grano! Indudablemente, Laura recordaba que yo tenía en mi poder las fotos que su amiga del alma me había enviado.

—Pablo, me da mucho apuro preguntarte esto, pero...

Natalia te envió unas fotos de unas vacaciones en Mallorca en las que yo... bueno... Se notaba por segundos que Laura estaba avergonzada.

—Bueno, a ver, evidentemente a mí no me da corte ninguno ponerme en la playa en *topless* —soltó de un tirón, sin respirar—, pero también es verdad que no me hace ninguna gracia que mis fotos estén rulando de un lado para otro, sin saber qué son de ellas. Me quiero fiar de ti, pero en realidad no te conozco.

—Mujer, te aseguro que no tienes nada de qué avergonzarte. Al contrario, me parece que eres muy guapa y has salido muy bien en ellas. Y te prometo que no he hecho nada extraño. Vamos, que yo no soy ni un salido ni un tío raro. No me he estado manoseando viéndolas. Además, me parecen unas fotos muy graciosas, estáis las dos riéndoos en ellas e imagino que os lo pasasteis muy bien en esas vacaciones, ¿a que sí?

—Pues sí, la verdad es que yo siempre me lo paso bien con ella... excepto cuando le manda fotos más en *topless* a un chico desconocido. Entonces la quisiera descuartizar, mi método favorito para *asesinarla*.

Los dos nos echamos a reír. Era una risa cristalina, que al oírla me sonaba como la mejor de las canciones. A cada minuto que pasaba de la conversación, más ganas tenía de verla. Sin rodeos, ataque por sorpresa.

—Laura, hoy es domingo, y, no sé a ti, pero Natalia me ha propuesto que nos conozcamos el sábado que viene. ¿Qué te parece la idea? ¿Voy yo a verte o vienes tú aquí?

—Espera, para el carro. Es verdad que te he visto en fotos y me pareces un chico muy mono, y por Natalia sé que eres muy agradable. Pero no veo el porqué de tanta prisa.

—Mira, Laura, te voy a ser muy sincero. Tenía cierta curiosidad por conocerte, aunque Natalia te habrá contado que yo no era muy partidario de hacerlo...

—Sí.

—...Porque me frenaban varias cosas, sobre todo el que tú vivieras fuera —pero qué cínico y mentiroso fui en ese momento, ocultándole que mi principal obstáculo era *el asuntillo pendiente*—, y el que yo jamás había conocido a nadie por internet. En persona, me refiero. Fotos y esas cosas, sí, pero no físicamente.

—¿Y?

—Bueno, en cuanto vi tu fotografía, más todo lo bueno que Natalia había contado de *su* Laura...
—...que imagino habrá sido TODO...

—Imaginas bien. Natalia sólo tiene palabras buenas para ti. Pues eso, que entre una cosa y otra, me he decidido a llamarte y me gustaría que nos viésemos el sábado que viene.

Laura dudó unos segundos que a mí se me hicieron realmente interminables. Estaba deseando conocerla.

—Bueno, aún quedan algunos días. Sigamos llamándonos y hablando por el chat y ya veremos. Probablemente vaya yo a verte. Me gusta conocer sitios nuevos, y tu ciudad no me coge demasiado lejos.

Yo por un lado estaba muy contento y tenía muchas ganas de saltar. Por otro, mi incómodo *asuntillo pendiente* no me dejaba disfrutar plenamente del momento.

Pasaron los días. Laura y yo nos encontrábamos cada noche en la red, y hablábamos y nos

contábamos nuestras cosas sin que el reloj existiera para ninguno de los dos. Era evidente que nos atraíamos, y yo me sentía muy feliz, hasta que *el pequeño problema* estalló.

EL “PEQUEÑO PROBLEMA” DE PABLO (ALIAS EL CÍNICO)

Nombre: Claudia **Edad:** 29 años.

Nacionalidad: Española.

Hija de: Gonzalo y Estrella.

Color de pelo: Negro. **Color de ojos:** Grises. **Estatura:** 1,72.

Características físicas generales: Es un cañón de mujer: cuerpo armonioso, piernas largas y *la muy peeeerra* no tiene un gramo de grasa en el vientre.

¿Usa tanga? (pregunta indispensable hoy en día de todo varón): Sí, siempre.

¿Por qué aparece en la historia como “el pequeño problema”? Está claro. Era el ligue de Pablo cuando conoció a Laura. Un *ligue* de aproximadamente un año de relaciones (con lo cual el término ligue se queda corto, obviamente...)

Resumen del problema: Claudia conoce a Pablo; Pablo se encapricha de Claudia; Claudia se enamora de Pablo; Pablo no se enamora de Claudia; Claudia intenta retener a toda costa a Pablo; Claudia lo consigue porque Pablo es así de simple; Pablo conoce a Natalia por internet; Natalia y Pablo se hacen muy amigos; Pablo se enamora de Natalia; Natalia está enamorada de Daniel, pero no de Pablo; Pablo le oculta su relación con Claudia a Natalia; Natalia le habla a Pablo de Laura; Laura no tiene ni idea de que Natalia le habla de ella a Pablo; Pablo al oír hablar de Laura, y, sobre todo, al ver sus fotos en *topless*, se encapricha de Laura; Natalia hace de celestina y organiza una cita a ciegas entre Laura y Pablo; Natalia le habla de Pablo a Laura; Pablo y Laura se conocen por la red sin que Claudia se entere de nada; Pablo y Laura intiman por teléfono; Laura y Pablo quieren conocerse pero Laura, pobrecilla, tampoco tiene idea de que exista Claudia; finalmente, Laura y Pablo están a punto de encontrarse... pero estorba Claudia. Pablo no siente nada por ella, sólo atracción física, y quiere deshacer-se de la chica.

(Uf, qué cansancio. Esto parece el camarote de los hermanos Marx en *Una noche en la ópera*. ¿Para esto he escrito yo *nosecuántas* páginas? ¡Si lo he resumido todo en unos pocos renglones!)

—Claudia, tenemos que dejarlo.

—Pero, ¿qué estás diciendo? ¡Con lo bien que estamos juntos!

—Estarás bien tú, guapa. Ya sabes que hace algún tiempo te dije que esto no funcionaba. Yo no quiero seguir con esta relación. Así que tú dirás.

—Pero, ¿cómo puedes ser tan cruel? ¡Seguro que has conocido a alguna lagarta y te ha puesto las tetas en bandeja!

—Pero qué fina eres, chiquilla. Noooo, no he conocido a ninguna lagarta. No hay nadie (“menos mal que no me tiembla la voz cuando miento”, pensé en ese instante). No se trata de nada de eso, Claudita.

—Espera, espera. Cuando me llamas Claudita, malo. Algo buscas.

¡GLUB! El subconsciente me estaba fallando y Claudia estaba en lo cierto. Cuando le mentía, cuando quería sacarle algo, en definitiva, cuando no jugaba limpio con ella, invariablemente la llamaba Claudita. Intentaba reparar antes de tiempo el daño que sabía podía causarle con mis acciones, y me parecía que era factible hacerlo así, nombrándola de forma cariñosa.

—¡Ni Claudita ni narices! ¡Tú tienes a alguien! —estalló de forma furiosa. Hacía tiempo que no veía a Claudia así. Quizá cuando le rompí *por accidente* unas fotos de un antiguo novio. Claudia era para mí sólo un capricho, pero no por ello yo dejaba de ser el gran celoso que siempre había sido. La verdad es que muchas veces soy un cabronazo... como tantos otros tíos.

—No me mientas —prosiguió, sumamente enfada-da—, porque sé que tienes otra chica. Nunca me has querido.

Ese “nunca me has querido”, aunque era cierto, sonaba realmente mal en la boca de una niña tan preciosa como aquella. Me sentí fatal, porque a pesar de todo, en ese momento me pasaron por la cabeza imágenes de Claudia y de mí bañándonos en la playa, saboreando nuestra piel salada a lengüetazos mientras nos comíamos a besos. O cuando fuimos juntos a aquel concierto en el que saltamos más que dos canguros. Lo cierto es que me lo había pasado bien con ella. Pero también lo era que *sólo lo había pasado bien*. No había más. Y ahora me estaba encaprichando de Laura; de su pelo rubio, de su sonrisa encantadora, de lo buena conversadora que era, de lo divertida que me parecía... y ¿por qué negarlo?: de sus pechos que me bailaban en el pensamiento y me acompañaban en más de una noche solitaria de forma libidinosa, aunque yo le había dicho a la chica que no hacía cosas raras pensando en esas fotos. Laura me gustaba muchísimo como mujer, además de como amiga en la distancia. En mi subconsciente, no dejó de acompañarme en los días de una de las semanas más largas de mi vida.

Claudia estaba tan furiosa que ni siquiera soltó una lágrima, cosa que yo, como buen machito, esperaba que hiciera. Que llorara por mí. Que suplicara que no la dejara. No. Claudia se limitó a mirarme con ojos de rabia y, cuando yo esperaba que me confirmara que lo dejábamos... me dio un corte de mil pares de narices.

—Que sepas, Pablo, que seré tu pesadilla. No te voy a dejar ni a sol ni a sombra. Si tienes algún lío por ahí, lo descubriré. Y me presentaré ante ella por sorpresa. Ya lo verás.

Dios santo, Glenn Close en *Atracción fatal* no lo hubiera dicho más clarito. ¡Se había reencarnado en

Claudia! Esto era de locos. Pero por otro lado me sentía tan mal que no pude decirle nada más. Sólo la cogí de la mano y le dije:
—Pero qué tonta eres. Luego lo hablamos, anda.

Y me la tiré. Definitivamente, se cumplía el axioma: era guapa, era tonta.

Después de seis días en los que había intimado con Laura más que con Claudia en meses, me dirigí hacia la estación de tren con bastante prisa porque mi madre me había retenido con un montón de preguntas absurdas. Intuía que yo mantenía algún tipo de relación, porque no paraba de espiarme y siempre lograba verme hablando por el móvil o encerrado en mi cuarto, aporreando el teclado de mi ordenador hasta la madrugada. Por supuesto, no se imaginaba que era una chica de fuera. Ni siquiera podía adivinar que yo llevaba un año tirándome a Claudia. A pesar del interrogatorio minutos antes de ir a conocer a Laura, lo cierto era que me dejaba bastante en paz. Yo ya me había independizado, y vivía en un apartamento de diseño cuyo alquiler se llevaba gran parte de mi sueldo como jefe de administración en unos grandes almacenes. Mi trabajo me gustaba; no es que fuera el sueño de mi vida, pero al me-nos disponía de un sueldo decente y fijo y debo reconocer que había trabajado en cosas peores y condiciones laborales bastante más precarias, así que podía darme con un canto en los dientes. Fruto de esta independencia vital, lograba una serie de privilegios que mis otros hermanos no disfrutaban, como por ejemplo el que mi madre me dejara en paz... relativamente. No se solía meter mucho en mis cosas, excepto cuando pedí permiso al dueño del piso para realizar unas reformas en él, y por ello tuve que trasladarme una pequeña temporada a la casa paterna.

—Hijo, vaya camisa más horrenda que llevas puesta.

—Mamá, ahora se llevan así. (Voz de resignación).

—No te lo discuto, hijo, pero es que te está demasiado grande. (Voz de pesadita).

—Mamá, durante toda la jornada tengo que llevar por obligación chaqueta y corbata, así que cuando tengo un día libre, lo que me apetece es plantarme unos vaqueros y una camisa grande, y estar cómodo. Entiéndelo, por favor...

—Vale, hijo. Pero que conste que no me gusta nada. Además, por lo que noto, el tejido es bastante difícil de planchar...

—Mamá, por Dios, no me estés toqueteando; voy a coger complejo de putón.

—¡Pero hijo! —Mi madre, como vicepresidenta de la Asociación de Mujeres de Militares, lo más fuerte que podía permitirse oír era *jolín*. —¿Cómo dices una palabrota delante de mí, sabiendo que las odio? ¡Vas a acabar conmigo! Ay... menos mal que tu *mamuchi* te adora —continuó mientras me daba un pellizquito en el moflete—, y no le importa plancharte esa camisa tan horrorosa y todas las que tenga que planchar. Ojalá la obra durara eternamente y así te podía tener en casa todo el día, aunque últimamente por las noches parezcas un fantasma, todo el tiempo encerrado con ese trasto... A saber qué lío tendrás. Y lo que está clarísimo, es que te has echado una novia.

—Que no, mamá... que no tengo novia.

Y así comenzó la conversación mediante la cual mi madre se enteró de que una chica “de fuera, fuera” venía hacia nuestra ciudad para que nos viéramos. Increíblemente, conociendo a mi madre y lo anticuada que era, no le pareció demasiado extraño el que fuera ella la que viniera a verme y no yo el que fuera para allá. Bueno, todo tenía una explicación: quería mantenerme cerca todo el tiempo posible. Se le hacía muy cuesta arriba el hecho de que yo ya fuera un adulto treintañero, de no tener que lavar mis calzoncillos, de que no viviera en la casa familiar, aunque mi apartamento estuviera situado... a cien metros del hogar paterno. Independizarme supuso un pequeño trauma para ella; por tanto, cualquier ratito que yo estuviera allí, en casa, a mi madre le sabía a gloria bendita (momento *Gloria*, de Umberto Tozzi). Más adelante, cuando se enteró que me trasladaba a la ciudad donde Laura vivía, casi le da un soponcio (Momento *Never can say goodbye*, versión de The Communards).

Yo iba con el tiempo justo para la estación de tren. Me acuerdo perfectamente de que oía un surtidito muy variado en mi mp3: *Creep*, de Radiohead, *Hello*, de Lionel Richie, *Words*, de F.R. David, *Locked out of heaven*, de Bruno Mars, *Billie Jean* de Michael Jackson, *You make me feel*, de Archive, *Sultans of swing* de Dire Straits, *Goodbye*, de Feder, algunas de

Muse, Amy Winehouse y Adele... Eso sí, no puedo acordarme de todas, la verdad.

Había estado lloviendo durante todo el día y seguía cayendo agua del cielo de forma tenue. Aun así, la tarde tenía una luz especialmente matizada, y adornaba de color oro las hojas que empezaban a amarillear en los árboles. Recuerdo que a pesar de la escasa pero persistente lluvia, o quizá precisamente por eso, había gente en la calle, y volaba más que corría, componiendo un curioso ballet urbano.

Mi corazón se aceleraba. ¿Qué estaría pensando ella? Mejor aún, ¿qué pensaba yo en ese momento? ¿Qué narices hacía ella viniendo en un tren desde otra ciudad para verse con un desconocido? ¿Y... qué estaba haciendo yo, esperando bajo una fina lluvia a una chica obviamente también desconocida pero que me gustaba mucho? ¿Querría ella darme el *pico* que le había dicho que nos teníamos que dar cuando nos viéramos? ¿Usaría algún perfume que me gustase? ¿Sería suave su pelo rubio? ¿Tendría el pecho tan bonito como se adivinaba en las fotos? Por teléfono era una niña encantadora... ¿lo seguiría siendo en persona?

Todos estos pensamientos y muchos otros me asaltaban mientras veía cómo el tren avanzaba lentamente puesto que ya estaba entrando en la estación; chirriaba en su roce contra el metal. Veía a viejecitas sonrientes, esperando que sus nietos bajaran de algún vagón; mejor si era el más cercano a ellas para poder abrazar antes a sus seres queridos. También a algún chico con cara de despistado y un bonito ramo de flores en la mano... ¡Flores! ¡Pero qué desastre soy! ¡Mira que no haberle comprado unas rosas a Laura! Pensaría que soy un maleducado... Pero ya no me daba tiempo. Ahí estaba, bajándose del tren.

Había esperado durante una semana que se me hizo eterna. Pero este era, por fin, nuestro momento.

Doce

Sus amigas, su entorno

Bien, ¿qué más puedo añadir de Natalia, su mejor amiga, su confidente hasta la muerte, prácticamente su hermana?

A mí me gustó Natalia desde la primera vez que coincidí con ella en el chat y nos pusimos a hablar. Teníamos muchas cosas en común, me parecía una chica guapa y di-vertida, y lo cierto es que era un gustazo hablar con ella. Desde que daban las diez y media, no paraba de mirar el reloj porque Natalia solía conectarse aproximadamente a la misma hora, sobre las once menos cuarto. Venía de su trabajo y de dar un paseo con Dani, cenaba algo, se duchaba, y leía un ratito. Después se ponía a revisar el correo electrónico y reservaba los últimos momentos del día para mí, porque me consta que no tenía otros amigos virtuales fijos. Yo estaba encantado de la vida, porque sinceramente, me daba mucha rabia tener que compartir la conversación de una amiga con otra persona, fuera hombre o mujer. No lo puedo evitar; soy terriblemente celoso.

Por eso al principio me cayó mal Dani, porque me daba rabia que fuera el novio de una chica que me gustaba tanto. Yo ni siquiera le daba importancia al hecho de que el estar con Claudia supondría

un obstáculo, puesto que, como ya he explicado, para mí ésta era fundamentalmente un *rollo*, nada serio al menos por mi parte. (Luego advertí que por la suya sí que lo era...)

DIFERENTES PUNTOS DE VISTA ENTRE MUJERES Y HOMBRES A LA HORA DE HABLAR DE AMOR:

Ella: Me llama, me manda mensajitos, prefiere estar conmigo antes que con sus amigotes, me susurra cosas bonitas cuando hacemos el amor, me escribe *doscientos* correos al día, no le importa que tenga algún bollito de celulitis, le gusta acariciar mi pelo, no se fija en ninguna otra chica, le gusta mi madre... ESTÁ ENAMORADO.

El: La llamo cuando me da un toque al móvil o me manda un WhatsApp (¡qué pesada es a veces!), prefiero quedar con mis amigos para ver el partido, le escribo un correo cada tres días, le digo que está muy buena cuando jodemos, odio los bollitos de celulitis que le están saliendo en el culo, tiene un pelo bonito pero el de Irina Shayk es una pasada, no veas lo coñazo que es su madre... PERO ME GUSTA QUE SEA MI ROLLITO; ES MUY BUENA EN LA CAMA.

Análisis de los resultados: Está claro que cuando lo quieren llamar amor, le quieren decir sexo.

Estábamos hablando de las amigas de Laura. Además de Natalia, que aún me sigue encantando pero ya no la veo como una posible *presa*, sino como la casi hermana de Laurita, hay otras amigas de ella, como Verónica (la hermana de Nata), Ascensión o Rocío.

Sé lo que pudo pasar y no ocurrió entre Vero y Daniel. Duraron poquísimo, y es que no están hechos el uno para el otro. En ese combate cuerpo a cuerpo entre hermanas ganó Natalia, y bien que lo lamenté en su momento, aun-que ahora me alegro porque Daniel se ha convertido en mi mejor amigo en esta ciudad, y a Natalia le tengo un cariño especial. Yo a Vero apenas la trato desde que se echó un novio hippy con rastas y no para de viajar de un lado a otro en una furgoneta bastante destartada. Sus padres están que trinan porque no les hace ni chispa de gracia el *guiri* que está con su hija, pero tampoco pueden hacer nada por romper esa relación, que está bastante consolidada. De hecho están esperando un bebé. Otro nombre más para añadir a esta historia.

Ascen me pareció una niña bastante repelente. No me gustaban ni su cara, ni su cuerpo, ni su mirada. Desde que vine para quedarme con mi chica y “separé” a las amigas, no paraba de lanzar *tiritos* cada vez que me veía, y lo que yo no entendía era por qué Laura no hacía nada para impedir-lo.

—Pobrecilla, no te metas más con ella.

—Por Dios, Laurita, que no te enteras; que no la soporto, que es superior a mis fuerzas... Cuando la veo no puedo sonreírle; sabes que no soy un hipócrita y no puedo fingir lo que no siento.

—Ya, pero si le pones mala cara también es normal que apenas quiera hablar contigo.

—Joder, pero si es que no me traga desde que aparecí por aquí para quedarme a vivir entre vosotros. Imagínate si algún día nos da por casarnos o vivir juntos, ¡ésa me asesina!

—Ay, hijo, mira que eres exagerado. Tampoco es para tanto. Hombre, Ascen es... es... *muy suya*.

LO QUE ENTIENDE LAURA POR “MUY SUYA”:

Rarita pero “buena gente”, con un encanto oculto, tímida incorregible; una joyita que guarda preciosos secretos por descubrir.

LO QUE ENTIENDO YO POR “MUY SUYA”:

Un cayo malayo.

—Que no, Laura, que no me convences. Te digo yo que esa tía a mí no me traga. Oye, que nadie debe obligarnos a llevarnos bien con todo el mundo, ¿eh?

—No, claro, pero entiéndeme, Pablo, nos conocemos desde que éramos pequeñas e íbamos al cole juntas, y yo la quiero a pesar de sus rarezas.

Rarezas que incluían el no salir nunca de fiesta o el no haber practicado sexo jamás. Años después, Ascen se metería en la Congregación Carmelitana del Silencio. Amén.

Rocío era todo lo contrario a Ascen. De hecho, eran la noche y el día. Rocío adoraba salir de fiesta y más de una vez tuve que poner a mi novia entre la tesisura de su amiga o yo, porque, a ver, yo veía bien que saliera con sus colegas, y especialmente con Nata y Rocío, sobre todo con esta última, que no tenía novio y tenía más oportunidades para salir. Pero es que a veces Laura se olvidaba de que yo existía. No tenía celos, a pesar de que, repito, yo los sufro bastante. Lo que ocurre es que me sentía a ratos muy desplazado, sobre todo cuando las dos decidían ir de tiendas. Entonces... me llevaban los demonios, porque como Laura se empeñaba en que yo también fuera con ellas, sabía que iba a perder toda la tarde soportando cómo se probaban trapitos. Por complacer a Laurita, yo no me negaba, aunque la verdad era que en ese momento hubiera copiado sus artes de descuartizamiento avanzado, y la hubiera *asesinado* a ella. Bueno, a las dos. Lo único que me animaba cuando iba de tiendas con ellas era el *housse* que sonaba machaconamente por los altavoces.

—Pablo, por Dios, podrías ser menos parado, hombre, y decirme si te gustan estos pantalones. ¿A que me sientan bien? —A Laura generalmente la ropa le sentaba genial, pero me encantaba hacerla rabiar. Tenía que entretenerme de alguna manera, ¿no?

—Laura, no insistas porque te quedan bastante feos.

—¿Feos? ¡Tú sí que eres feo! —terciaba Rocío, indignadísima, porque a su amiga del alma yo poco menos que la estaba torturando psicológicamente. Vamos, ni que la hubiera teletransportado a Guantánamo.

—Sí, le están horribles. ¿No ves las bolsas que se le forman en la parte de atrás de los muslos? — Laura giraba el tronco y, de espaldas al espejo del probador, intentaba ver unas bolsas inexistentes. Pobrecilla, se podía pasar así toda la tarde, pero yo disfrutaba como un enano.

—Bolsas, sí, bolsas. Y horrendas. Ese pantalón ni se te ocurra ponértelo —insistía yo, muerto de risa por dentro. Vaya pedazo de cabrón que estaba hecho.

Podían pasar perfectamente cinco minutos antes de que se descubrieran mis bromas. A pesar de mi desgana a la hora de ir de compras con las chicas, ellas tomaban muy en cuenta mis opiniones. Vamos, ni que yo fuera Karl Lagerfeld.

—Pero, cómo...

Entonces Rocío advertía mi cara de guasa y estallaba en una mezcla de ira y cachondeo.

— ¡Serás guasón! ¿No te da cosa de tenernos aquí como dos bobas, venga a buscar fallos cuando no hay ninguno?

Todo terminaba en carcajadas. Sí, con Rocío me lo pasaba muy bien. Me gustaba como amiga de mi novia.

Trece

Lo que piensan mis amigos de las chicas en general y de ella en particular

¿Las tías? Es verdad que nos gustan guapas y que estén buenas, pero eso no lo es todo. No somos tontos y nos gustan mucho, muchísimo, las mujeres. Pero no las valoramos sólo por su físico. Nos atrae una mujer inteligente, culta, divertida, que sea independiente y que no se fijen nada más que en el culo de los tíos. Se trata de nivelar la balanza, aunque, por supuesto, si la chica está buena, mejor que mejor.

No hay más que detenerse en grandes mujeres que ha dado la historia, como Madame Curie, Alma Malber, Teresa de Calcuta, Amelia Earhart, Frida Kablo, Hipatia de Alejandría, Clara Cam-poamor, Alejandra Pizarnik o Artemisia Gentileschi, entre millones. Mujeres que han marcado época y que sirven como referente a tantas y tantas otras que sobreviven en la oscuridad de una ciudad mísera. Mujeres que si tuvieran otras oportunidades, probablemente serían más escuchadas, y su voz tenida más en cuenta.

Por lo que respecta a la chica de Pablo... Hombre, es una pena que él se haya ido para estar con ella, pero el chavai pudo permutar con otra persona el puesto que tenía en el centro comercial, y encima así puede disfrutar de su chica más tiempo. La chavala no está nada mal, es rubia, y tiene el pelo largo, como nos gusta a los tíos, pero es un poco tonta porque no se ha dado cuenta del lío que Pablo tiene con Claudia. Aun así es muy buena persona y a nosotros casi no nos importa que apenas lo veamos, o que ya no podamos jugar los partiditos de los sábados, ni ir al cine, ni quedar para irnos de juerga... Ha sido la elección de nuestro amigo, y, como tal, la respetamos.

Sí, esos son mis muchachos. Hay que ver lo comprensivos que son. Y frente a los tíos de hoy, que sólo se fijan en el culo y en las tetas de las tías, cosa que por otro lado me parece estupenda, valoran mucho más la inteligencia o la independencia de una mujer por encima de todo. Seguro que si los ponen a elegir entre una tía feísima pero con tres dedos de frente, y una rubia explosiva tipo Pamela

Anderson, se quedan con la fea. (Nota de la autora: Esto no se lo cree Pablo ni borracho. Les remito al capítulo tres).

Es cierto que echo de menos los partidillos de los sábados, o cuando íbamos a jugar a la bolera, pero decidí venirme a la ciudad de Laura, y vivir cerca de ella, y hoy por hoy pienso seguir aquí, aunque ahora mismo la cosa esté chungueta entre nosotros. Fue una elección meditada y, aunque arriesgué mucho, sobre todo por los cambios en mi trabajo, yo creo que acertada. El tiempo juzgará.

—Esperaaaaa, esperaaaaa, Pablo.

—¿Cómo? ¿Quién anda por ahí?

—¿Qué pasa? ¿Ya no reconoces la voz de tu novia? Mejor dicho... ¿de tu exnovia?

—¡Pero bueno, Laura! ¿Qué narices pintas tú aquí? ¡Estamos en la segunda parte del libro, son mis capítulos!

—Ni tus capítulos ni ocho cuartos, desgraciado. He decidido romper por un momento la promesa de no hablarte, porque estoy que si no hablo, reviento.

—¿Ah, sí? Bueno, a ver qué desea la señora...

—Mira, menos guasa porque no está el horno para bollos. ¿Tú has leído bien lo que dicen tus amigos de nosotras, las mujeres?

—Pues claro que lo acabo de leer. Lo hago a la vez que nuestros lectores.

—Ah, no, si voy a tener que comprarte todos los dvd de Barrio Sésamo para que repases un poquito, porque me parece que se te ha olvidado de repente juntar unas letras con otras.

—¿Cómo dices?

—Eso, tú sigue haciéndote el tonto, como cuando vine a conocerte.

—No saques ahora ese tema, porque no viene a cuento. ¿Qué es lo que pretendes decir cuando me preguntas que si sé leer?

—Hombre, no tienes más que retroceder un poco e irte al capítulo tres. ¡Tendrán poca vergüenza tus amigos! Que si prefieren a una mujer culta, inteligente, independiente... Que si no se fijan en los culos, ni en las tetas... Que si yo soy muy buena persona y no les importa el que apenas te vean... Y encima dicen que soy un poco tonta. Para matarlos, vamos. ¡Vaya impresentables!

—Ya salió la feminista que todas las mujeres lleváis dentro. Ya estabas tardando mucho. ¿Te quieres ir, por favor? Ahora es mi turno, y no tengo más remedio que creer a mis amigos.

—¡Tus amigos! ¡JA, JA! ¡Mira cómo me río! ¡Si decían de ti que eras un pringao, poco menos que un perrito por venirte aquí y sin tan siquiera vivir conmigo, sino en un piso de alquiler! Decían que ya que te tirabas a la piscina, que te zambulleras del todo... Eres tonto, tonto de verdad por escucharles y no darte cuenta de lo falsos que son. En fin, tú sabrás. Ahí te quedas, con tus amigos... y con todo lo demás.

Laura, cuando se enfada, sabe darme donde más me duele: mis amigos... y todo lo demás, que ya

sabéis que tiene un nombre de mujer tan bonito como el de Claudia. ¡Y eso que para mí no significa nada! ¡Anda que si llega a ser algo más importante, me despelleja vivo! Me queda un consuelo... Menos mal que adora a mi madre, Dorita.

Catorce

Lo que pienso de ella

Sigo pensando lo mismo que un poco más arriba: Laura me parece una niña estupenda, con sus virtudes y con sus defectos, como todo el mundo. Pero a medida que van pasando los días, analizo más meticulosamente nuestra relación y pienso si no me precipité demasiado al venirme y dejarlo todo. ¿No se da cuenta de que era mucho más cómodo entablar una relación a distancia, sin ataduras, de-pendiendo prácticamente del móvil, del Skype o del correo electrónico? ¿No cae en que yo podía haber seguido viviendo en mi ciudad, saliendo de fiesta con mis amigos y jugando con ellos al fútbol; que arriesgué muchísimo cambiando mi puesto de trabajo y dejando uno de los mejores rolletes que he tenido, como es Claudia —aunque eso Laura no lo sabía, por supuesto—, en fin, todo, TODO, por ella? ¿Tan ciega es, y tan egoísta, que no piensa en que me tuve que enfrentar en mi casa a toda una manada de hienas porque me venía a otra ciudad, en verdad no demasiado lejos de mi casa, pero al fin y al cabo, fuera de ella?

Yo creo que la sigo queriendo, y de hecho se me hace muy cuesta arriba el no poder acariciarla, el no sentir su olor en mi nariz, el no reírme con sus tonterías o sus chis-mes, el no comentar juntos una peli después de verla en el cine... Ay, Dios mío... Son tantos recuerdos aunque no sea mucho tiempo el que llevamos juntos... que sinceramente me cuesta tanto el tener el móvil al lado y no mirar si me manda algún WhatsApp... Me apetece oír en estos momentos *Me cuesta tanto olvidarte*, de Mecano. Hasta ahora, amigos, voy a suicidarme emocionalmente escuchándola así como doscientas veintisiete veces en bucle. Me piro a por *kleenex*.

No son letras, ni números. Cada trocito de corazón, de caricia que os habéis regalado, cada dentellada suave en la

piel del otro, cada lunar contado, cada lágrima enjuagada, cada saliva bebida, cada pluma pasada por el cuerpo, cada sorbete de sandía saboreado en ambas bocas a la vez, cada tatoo encontrado con sorpresa, cada entrelazar de dedos y manos en un maravilloso nudo de amor, cada poema recitado con vehemencia, cada promesa susurrada en el pecho cercano, cada regaliz compartido manchando bocas, dientes y lenguas, cada risa vivida hasta la extenuación, cada rayo de sol acariciando las pieles, cada baño salado en el agua de mar, cada asombro, cada pena, cada alegría, cada ilusión... No son sólo letras, ni números. Un mensaje en el móvil significa eso y más. Todo se concentra ahí. No; definitivamente no son letras, ni números.

¿Pero por qué digo que *creo* que la sigo queriendo y no simplemente *que la quiero*? ¡Si en realidad ella a mí no me ha hecho nada, en todo caso he sido yo el que ha provocado esta situación! Laura me parece buena, encantadora, me río con sus bromas, con sus *descuartizamientos masivos* cuando se enfada, la escucho cuando me cuenta las cosas que le pasan en su trabajo como enfermera, cuando me confiesa sus ganas de sacarse de una vez por todas Medicina (aunque tarde, se sacará su tercera carrera, estoy convencidísimo). Si me parece una mujer inteligente (que lo es), culta (que también lo es), divertida (de eso no hay duda), amiga de sus amigos (que le pregunten a Natalia, Vero, Rocío o Ascen...

Bueno, a Ascen no, que sigue ensayando para cuando se quede más muda que una momia en su futuro convento)...

¿Qué le falta a Laura para que yo no diga *creo que la quiero*, sino *la quiero* directamente?

Decía al principio que no sé si me precipité al dejarlo todo por ella. Ahora recapitulo y pienso: *No, Pablo, elegiste la opción correcta*. Espero que ella también se dé cuenta.

Quince

Lo que ella piensa de mí (o Se acabó el pastel)

Si no fuera porque creo que aún le quiero, en cuanto me he enterado de todo le hubiera mandado a tomar viento fresco.

Había pasado casi un mes desde que Pablo se vino a vivir a mi ciudad. Y es que, casualmente, una persona que trabajaba como él de jefe de sección en los mismos grandes almacenes, necesitaba mudarse a la suya. Pablo, ante la posibilidad de permuta de la plaza, no se lo pensó. Yo no sé si fueron los hados que se conjuraron para que todo cuadrara, o es que Pablo aquella mañana, cuando se enteró de la carambola, se acababa de encontrar todo un camión de Donuts. Así le salió el día: redondo no, redondísimo.

Ya llevábamos unos meses de relación en la distancia, aunque viéndonos todas las veces que nos era posible, y en cuanto le salió la oportunidad de trabajar aquí, no se lo pensó dos veces. Entre eso y que yo estaba esperándole con los brazos abiertos, no tardó nada en decidirse. Cierto es que las hienas (léase su padre, su madre, su hermano, sus hermanas y abuelos) se le echaron encima, poniéndolo a parir y enojándose con él porque decían que era una locura. A pesar de los obstáculos,

Pablo se despidió de sus compañeros, organizó una fiesta para decir adiós a los amigos, dejó atado un “asuntillo pendiente” (o al menos eso creyó en su momento), y se vino para acá.

Yo volaba en una nube; de nuevo volvía a ser Yasmin encaramada a una rica alfombra de damasco, sobrevolando la ciudad por encima de todos y jactándome de mi suerte. Estaba trabajando en lo que más me gustaba, la enfermería; mis amigos me querían, y mi relación con un chico “de dientes lavados con sosa cáustica” marchaba viento en popa. Además, acababa de mudarse a mi ciudad y ahora podríamos compartir más cosas juntos: más salidas, más secretos, más sentimientos. Yo siempre había sido una defensora de las relaciones a distancia, y más cuando me tocó de lleno, pero por supuesto prefería mil veces el que Pablo estuviera junto a mí. Ya no podía pasar sin sus caricias, sin su aliento, sin su cabeza reposando en mi pecho después de hacer el amor. Además, yo había notado una mejora en nuestras relaciones sexuales, puesto que si antes eran más salvajes, por la premura del poco tiempo disponible, siempre pensando en que nos teníamos que despedir en un par de días o incluso al día siguiente, ahora eran de otro tipo, quizá más tiernas, más apasionadas por la alegría de estar juntos y a la vez más dulces.

Un día, hará una semana, en que estaba en lo más alto, volando a una velocidad supersónica en mi maravillosa alfombra de dibujos de flores y arabescos, Natalia me hizo una propuesta que me encantó.

—Niña, no hay que pensárselo más. Mis padres se van unos días a Toledo a ver a mis tíos y podemos usar el chalé para un fiestorro. Así le daremos una bienvenida oficial a Pablo.

—Hombre, es una forma de decirle que estamos muy contentos de que esté aquí con nosotros. La idea me encanta, pero... ¿no se molestarán tus padres?

—Pero qué simple eres, hija. Por supuesto que no se lo voy a decir. Ojos que no ven, corazón que no siente. Ya sabes que ellos asocian las fiestas a alcohol, drogas y sexo, y aunque ya todos somos bastante mayorcitos, estoy segurísima de que se negarían a que la hiciéramos allí.

—Pero... ¿y Vero? ¿No está ahora viviendo una temporada con tus padres para estar más tranquila durante el embarazo? ¿No dirá nada?

—¡Ja,ja,ja...! ¡Si Vero es precisamente la que me ha insistido más para que la hagamos! Prácticamente está echando a mis padres a patadas para que se larguen ya, lo está deseando. Como le faltan aún dos meses para dar a luz, y además será algo tranquilito, ¡podrá disfrutar sin problemas! ¡Será la primera fiesta de su bebé!

En ese momento, con mi infinita imaginación, visualicé al crío en la barriga dando saltos con el brazo en alto bailando una de las mezclas de Avicii como si no hubiera un mañana, dándolo todo. ¡Fiestaaaaaaa!

—¿Cuándo se van? ¿Cuándo sería la fiesta?

—He pensado organizarla para dentro de muy poco. Se van el viernes, y yo he pensado que al día

siguiente, el sábado, estaría muy bien.

—Pues sí, a mí también me parece muy buena idea. Un poco precipitado pero bien. Habrá que ir llamando a la gente y montarlo todo.

—Sí, hay que comprar comida, bebida, elegir la música... ¡y que no se nos olviden los lubricantes de sabores y los condones, jja,jja,jja!

Sí, sí... condones. Si llego a saber la que se lía, en vez de condones, habría que haber comprado tiritas y vendas.

Pablo y yo nos encargamos de acercar ese día al chalé las botellas de whisky, vodka, ron, ginebra, tequila y re-frescos, al igual que el resto llevaría otras cosas. Algunos se harían cargo de aportar comida y aperitivos para picar. También yo había prometido a Natalia que le acercaría una buena selección de discos: tenía una merecida fama de buen gusto musical.

Le presté sobre todo discos de *lounge*, *chill out*, *ambient* y *drum & bass*: Rinocerose, JaBig, Tangerine Dream... Me chifla ese tipo de música y me parecía el broche perfecto para una reunión con la peña. Todo acompañaba: estaban citados nuestros mejores amigos, el tiempo era ideal, con esa temperatura maravillosa de una tarde de primavera rozando ya el verano. Incluso los más atrevidos se lanzaban medio vestidos a la piscina, provocando nuestras carcajadas. Yo me sentía maravillosamente feliz y seguía volando en mi alfombra mágica, sintiéndome cada día más Yasmin y menos Laura. Ya no era Laura Crawford, no tenía que suplicar a nadie que me dijera que me quería, puesto que me amaban realmente; al menos yo así lo sentía.

Aquella tarde noche disfrutábamos de una temperatura muy agradable; lo de organizar una fiesta en el chalé había sido una idea genial. Los que se habían metido en la piscina chapoteaban y se reían, mezclando la euforia del alcohol con la alegría por disfrutar de una reunión entre amigos tan agradable; mientras sonaba la música *lounge* se multiplicaban las charlas de pequeños grupos diseminados por el jardín; otros simplemente se dejaban llevar por el buen rollo de los temas pinchados y bailaban cadenciosamente mientras algunos se besaban amparados por la discreción de los setos. Mientras paseaba sola, disfrutando de ese momento íntimo en medio del bullicio, me apeteció sentir la humedad del césped del jardín en mis pies (desde pequeña siempre me había chiflado andar descalza sobre la hierba), así que no me lo pensé dos veces y me quité las sandalias planas que me había puesto para la ocasión.

—Perdona... ¿eres Laura?

Mi interlocutora era, de entrada, una chica muy guapa. No la conocía, quizá era novia de alguno de los amigos de Pablo, que se habían desplazado desde su ciudad para volver a ver al que era hasta entonces el hombre de mi vida. Mi chico no podía en ese momento presentármela, ni darme una pista sobre quién era aquella chica de ojazos grises y pelo negro, ya que estaba en la cocina preparando unos cubatas. De repente, el frío del césped que notaba en mis pies descalzos, me subió por todo el cuerpo hasta llegar a la nuca. Intuí que en segundos ocurriría una catástrofe.

—Sí, soy yo. ¿Quién eres? ¿La novia de algún amigo de Pablo? —le pregunté con una sonrisa de cortesía, aunque sin tenerlas todas conmigo.

—No exactamente. Soy Claudia. La novia de Pablo.

La alfombra cayó repentinamente al suelo mientras me pegaba el segundo gran costalazo de mi vida desde que Alberto me dijo que se iba a Paraguay. No podía creer lo que estaba escuchando. Aunque como en un flash, se me vino a la cabeza la imagen de Pablo discutiendo por el móvil mientras yo me sometía a las indiscretas preguntas de la abuela Casilda el día que lo conocí. Indudablemente, le es-taba planteando alguna excusa para no ir a verla ese día... o quizá el fin de su relación.

—Perdona... Estás de broma, ¿verdad?

—Pues no —replicó ella, cambiando su falsa sonrisa de presentación por un gesto mucho más grave—. No estoy en absoluto gastándote ninguna broma. Pablo y yo llevamos juntos algo más de un año. Me habían llegado rumores de que llevaba meses con otra chica primero allí y luego que se iba porque iba a estar con ella, y quería cerciorarme por mí misma. Con razón había pedido esa permuta de plaza que tanto me extrañó y de la que no quiso explicarme ni mú... ¡Si aquí no tiene familia alguna! A través de un alma caritativa, me he enterado de la fiesta de hoy y de que aquí podría encontraros a los dos.

Valiente alma caritativa... Uno (o más de uno) de los amigos de Pablo seguía odiándome por haberle arrebatado a su colega del alma, y así me lo pagaba. Estaba segura de que el traidor estaba entre ellos.

En ese momento lo políticamente correcto hubiera sido... ¿Qué hubiera sido?

VOTACIÓN DE LOS LECTORES SOBRE LO POLÍTICAMENTE CORRECTO EN ESE MOMENTO

Opción a) Llorar. **5% de votantes.**

Opción b) Ignorarla. Se está inventando toda esa historia porque le gusta Pablo y está celosa de la relación. **5% de votantes.**

Opción c) Descuartizarla con el pensamiento, técnica habitual de Laura, mientras ésta le dedica una sonrisa de “No sois novios. Eráis novios. Ya es mío y te puedes ir largando”. **5% de votantes.**

Opción d) Descuartizar a Pablo, y en las heridas echar la sal del tequila que él preparaba en ese momento en la cocina. **5% de votantes.**

Opción e) Darle un buen corte y salir corriendo. **5% de votantes.**

Opción f) Poner en evidencia a Pablo de alguna manera delante de toda la peña y salir corriendo. **15% de votantes.**

Opción e) Dirigirse a la cocina con ella de la mano y dejársela a Pablo para que se la comiera con papas. (Bonus a la opción e: borrar su número del móvil y no contestar a sus llamadas ni a sus mensajes). **60% de votantes.**

Estaba decidido. Opción e. La cogí de la mano, y mientras ella avanzaba un paso detrás de mí con una sonrisa de malicia y satisfacción y todos nos miraban con sorpresa, me encaminé por el jardín espléndidamente cuidado a la cocina, donde Pablo preparaba unas bebidas mientras reía y charlaba con sus amigos. Las flores que en el momento de llegar a la fiesta me parecían las más bonitas del mundo, se transformaron en ese momento en acacias con dolorosas espinas. Claro que tenía ganas de llorar. Pero mi orgullo pudo más.

La única pregunta que me pudo salir cuando estuve frente a él, sin soltar a Claudia de la mano, fue: “¿Me puedes explicar qué significa esto?”

Pablo se quedó con cara de “Dios, me han *pillao*”, mientras “esto” sonreía triunfante con más dobleces que El Joker, el villano de *Batman*.

Como conclusión, Pablo se portó como un cerdo... aunque creo que aún le quiero.

Dieciséis

Lo que pienso de lo que le rodea

(incluida su madre)

El día que llegué para quedarme, traía dos macutos, un *trolley*, un neceser... y mil dudas sobre cómo me recibiría la familia de Laura.

Ella me había hablado muy bien de su madre y herma-nos, pero especialmente de su padre. Adriano, que así se llamaba, falleció hace tres años, de un infarto. Fue algo muy rápido y que les cogió de sorpresa, puesto que el hombre jamás había padecido del corazón y además practicaba deporte con asiduidad. Alguna vez que Laura y yo hablamos del tema, ella me comentó que aunque fue un golpe que les vino de forma repentina, y por tanto fue sumamente duro, prefería que hubiera sido así puesto que no hubiera soportado que Adriano cayera enfermo durante una larga temporada para, finalmente, fallecer. Yo la consolaba y le daba la razón. Me daba lástima de que ya no pudiera disfrutar de su padre, pero estaba convencido de que, allí donde se encontrara, se reiría con cada ocurrencia de Laura y disfrutaría viendo crecer a su nieto Alejandro y al bebé al que le faltaba poco por nacer, el hijo de Vero. (Sí, el que bailaba las mezclas de Avicii en la barriga, según la fantasía inagotable de Laura).

Harina de otro costal era su madre. Yo no entendía por qué Laura le había cogido tanta tirria a la mía, Dorita, hasta que conocí a la suya. Pero no adelantemos acontecimientos.

Aquí estoy, con los dos macutos, el *trolley*, el neceser y las mil dudas, a punto de traspasar el umbral

de la casa de mi chica.

—¿Seguro que no lo quieres dejar mejor para otro día? ¿Para otra semana, otro mes quizá?

—¡Ja,ja,ja...! Qué tonto eres. No, no quiero dejarlo. ¿No fue lo mío peor, conocer a tu familia nada más llegar? Y todo con la excusa de conocer a *Eva*, aun sabiendo que no me gustan los perros.

—Precisamente lo hice por eso. Para que te fueras encariñando con ella. Sabía que al final ibais a ser buenas amigas.

—Hombre, no es comparable, pero eso es más o menos para lo que te traigo hoy aquí. Para que terminéis siendo amigos.

La casa de Laura era especialmente acogedora, y me pareció bastante cuidada y muy bonita en general. Allí vivía mi novia con su madre y una hermana. El hermano mayor hacía dos años que se había casado y tenía un crío de meses, Alejandro, del cual se multiplicaban las fotografías por toda la casa. Se notaba que a pesar de lo pequeño que era, o precisamente por eso, se había convertido en el ser más influyente de la casa, aunque le quedaba un par de meses para ser destronado.

—Encantado, señora.

—Hola, Pablo, igualmente. Laura me ha hablado mucho de ti. Me alegro de conocerte, porque ya estaba un poco harta de que ella siempre fuera la que viajara hasta allí.

—¡Espero que no le haya contado nada malo!

Laura en ese momento me echó una mirada asesina, como diciendo: “No seas más imbécil”.

—No, nada malo. Y no tengo nada en contra de ti. Pero mira, si hay algo que me caracteriza es que soy muy sincera... Y no me gusta mucho la idea de que os hayáis conocido por internet, y menos que hayas cambiado tu puesto de trabajo en permuta para venirte aquí... Lo veo muy precipitado, han pasado pocos meses. Has arriesgado mucho, porque... ¿y si la cosa luego no sale bien?

No me estaba haciendo demasiada gracia lo que decía Teresa porque estaba cuestionando mi capacidad de elección, mi madurez como persona y en parte mi inteligencia. Creo que me estaba llamando poco menos que tonto.

No había transcurrido ni una hora, cuando comenzó el interrogatorio verdadero.

—Además, no sé...

—Teresa me miraba a los ojos como queriendo escarbar más allá de lo que veía.

—Un chico tan guapo como tú... ¿no tiene novia?

Caramba, qué obsesión tienen las señoras maduras por las novias. No se dan cuenta de que queremos ligues, rollos, pero que lo de novia suena demasiado fuerte, *muy viejuno*. También es verdad que yo ya no era un quinceañero, puesto que los treinta y cuatro ya no los cumplía. En todo caso, ella advirtió de inmediato que mi cara se descompuso, al igual que lo haría la de Laura cuando casi un mes después de mi llegada, en la fiesta de bienvenida, apareció Claudia ante ella.

Las señoras de más de sesenta ya tienen una larga trayectoria vital y por ello resulta *mmmmmmmmmmmm* difícil engañarlas. Teresa era particularmente perspicaz y en seguida advirtió que detrás de mi sonrisa desdibujada podía esconderse un secreto. Y de los gordos.

—Oye, a ti te pasa algo. Tú tienes novia, chaval; yo ya soy perra vieja y a mí no me engañas.

—Teresa, perdone, pero de verdad que no sé de qué me está hablando.

—Mamá, desde luego, mira que eres... —terció la inocente de Laura, bastante molesta. —Pablo no acaba más que llegar y ya lo estás acosando. Mira, cuando yo lo conocí, su familia me pareció muy agobiante, y ahora estás cayendo en lo mismo. Déjalo tranquilo.

—Pablo —Teresa seguía mirándome fijamente a los ojos. Quedaba claro que esta señora tenía que haber sido contratada por la KGB y lo estaba demostrando— ...sé que ocultas algo. Mis hijos son lo

que más quiero en este mundo y si les haces daño a alguno de ellos, en este caso a Laura, jamás te lo perdonaré. Lleváis varios meses de relación a distancia, y has dejado tu ciudad y tu gente por venirte a donde está ella, pero hay algo de ti que...

Laura no la dejó terminar.

—Mamá, te quiero mucho, pero cuando te pones así, eres insoportable. ¿Qué va a pensar Pablo de ti? ¡Vaya recibimiento que le estamos dando, qué vergüenza! Anda, Pablo, deja ahí las maletas que nos vamos a ir a dar una vuelta; te invito a un café y así damos un paseo y te enseño la ciudad. ¡A ver si mientras a mi madre se le aclaran las ideas!

El tono de Laura era de visible enfado, pero no tenía razón. Teresa, con la experiencia que dan los años, me había escudriñado hasta lo más hondo, había advertido mi zozobra y sabía que *algo* pasaba, probablemente *algo* con nombre de mujer y curvas de vértigo, como así era. La sombra de Claudia amenazaba, aun a bastantes kilómetros de distancia, con aparecer en breve y romper en añicos nuestra relación.

Diecisiete

¿Influyen mis ex en su relación conmigo? (Definitivamente, sí)

Hasta ahora, he hablado mucho de Claudia, probablemente porque ha sido la chica que más ha influido en mí en los últimos tiempos. Yo la tenía como un simple rollete, pero eso no quita para admitir que la criatura me tenía loco y que me fascinaban sus ojos grises. Muy bonitos, sin embargo pudo más Laura en conjunto. Si a eso le añadimos su simpatía, su cultura, su cara, su melena y... sus poderosas razones, que me volvieron tarumba en cuanto las vi en foto, definitivamente ganaba Laura.

Pero hubo otras chicas que también salieron conmigo y que, cada una a su manera, me marcaron y que influyeron, en mayor o menor medida, en mi relación con Laurita. Las que yo destacaría...

INGRID, TAMARA, SOLEDAD, VIOLETA

Ingrid: Una de mis primeras novias. Fue con seguridad el amor más puro que tuve. Juntos perdimos la virginidad y descubrimos a la vez los besos furtivos, las caricias torpes, los dedos recorriendo piel. Una niña dulce y buena que encontró a otro que la acariciaba con más lascivia que yo. Me dejó plantado en cuanto se espabiló y descubrió que el tamaño *sí importa*.

Tamara: Lo contrario de Ingrid. Toda ella puro sexo, me tenía exhausto. Una hembra que era un cañón y que no destacaba precisamente por su inteligencia y claridad de ideas. Pero qué par de melones tenía, Dios.

Soledad: De estas cuatro amigas, la menos agraciada y sin duda la más inteligente. De nuevo se cumplía el axioma y la belleza *sí* estaba reñida con la inteligencia. Sole estudiaba el último año de Arquitectura cuando la conocí y se ha convertido en una profesional de renombre en un terreno no dominado, precisamente, por las mujeres. Ha abierto camino y yo me alegro sinceramente de ello. Como amante no era demasiado complicada: se dejaba hacer, hacía y poco más. No era para tirar cohetes, desde luego, pero me fascinaba hablar con ella; era un pozo de sabiduría. Haciendo honor a su nombre, se dedicó por entero a su carrera, y me dejó en la más absoluta soledad.

Violeta: Fue mi última novieta (o rollo, amiga, aman-te), antes de estar con Claudia. Nos conocimos en un lugar insólito: un sex shop.

—Hola, ¿qué tal? ¿Buscas algo?

Violeta lucía la mejor de sus sonrisas. Se llevaba una buena comisión por cada dildo, bolas chinas o plug que vendiera. Así que mostraba dientes como si realmente estuviera probando estos cacharros en esos instantes.

—Hola (*¡Joooooder con la sexshopera! ¡Anda que no está buena ni ná!*) ...Esto, bueno... sí. Vamos a hacerle una fiesta de despedida de soltero a un amigo y me han encargado que compre algunas tonterías para cachondearnos un poco de él.

—Ah, estupendo. Pues mira por ahí y avísame si quieres algo.

La que me lo decía estaba tan buena que me entraron ganas de decirle que sí, que necesitaba urgentemente un boca a boca. Me contuve.

—Bueno, yo nunca había entrado en un sitio de estos y estoy un poco perdido. ¿Puedes echarme una mano?

(Y dos, y tres, y más si tuvieras, niña. Estás buenísima).

—Claro que puedo ayudarte, para eso estoy aquí. ¿Por dónde empezamos? ¿Qué tal quitándote la camiseta? El subconsciente me estaba empezando a traicionar.

—No sé, quizá una muñeca hinchable o algo así, ¿no? Algo de cachondeo... ¿Qué suele pedir la gente para estos casos? La verdad es que no tengo demasiada idea.

En fin, que comenzamos hablando de muñecas hinchables y terminamos intercambiándonos los números de móvil. Violeta era una preciosidad y yo andaba bastante escasito después de mi experiencia con Sole. Además hacía varios meses que lo habíamos dejado, y, a excepción de varios polvos esporádicos con amigas, mi cama estaba bastante vacía.

Al cabo de tres meses de intensísima relación, puro fuego, Violeta me dejó. Otra para la que el

tamaño sí importaba. Me dejó por un chico negro, de casi dos metros de alto, neoyorquino, y que entró un día en el sex shop por aburrimiento, para pasar el rato. Violeta echó la cortinilla de la puerta y allí mismo, en la trastienda, se lo montaron. (Ya os dije que la chica era puro fuego). Con el paso de los años sintió una llamada divina y ahora está junto a Ascen en la Congregación Carmelitana del Silencio. Espero que no haya pervertido a las demás hermanas. Amén.

¿Que si influyen en mi relación con Laura? Sí en la medida en que todo lo que aprendí con ellas, tanto en materia de cama como en otros niveles, me ha servido de ayuda para enriquecer nuestra relación. No en el sentido en que cuando estaba con Laura no pensaba en nadie más que en ella. Ni siquiera en Claudia. *Es por culpa de una hembra, que me estoy volviendo loco, no puedo vivir sin ella, pero con ella tampoco...*

Dieciocho

¿Por qué querrá tanto romanticismo en vez de sexo?

Realmente, no entiendo a las tías. O quizá sea cierto que, por mucho que intentemos equipararnos, no somos iguales biológicamente, y por tanto, es natural que presentemos tantas diferencias por ejemplo en lo que concierne a los términos amor y sexo. Yo me pregunto que por qué ella querrá tanto romanticismo en vez de sexo. Es cierto que es una niña maravillosa, y que no la quiero solamente para compañera de cama, que me llena mucho más para otras cosas, pero también es verdad que no me quiero lanzar a la piscina con una soga atada al cuello y con un bloque de cemento en el otro extremo; ¡no quiero atarme, a pesar de que ya estábamos empezando una vida juntos! En resumidas cuentas, que estoy muy a gusto con ella (al menos lo estaba hasta el día de la famosa fiesta), y que lo que me gustaría es disfrutar plenamente de Laura sin comerme demasiado el tarro.

DIFERENCIAS ENTRE HOMBRES Y MUJERES A LA HORA DE COMPARAR AMOR Y SEXO

ELLAS

Amor: El estado absoluto de bienestar, un chocolate calentito en un día de lluvia, una sonrisa a destiempo, unas lágrimas también a destiempo, un libro compartido, una mala noticia sentida a la vez por ambos, una canción inolvidable, una excursión agotadora pero estupenda, una chimenea que calienta una habitación, la absoluta certeza de que le importas al otro, una mirada curiosa, un erizar

de vellos, seguridad, caricias, una cama deshecha entre risas, pies gélidos tocándose en una noche de invierno, un futuro con la persona a la que quieres.

Sexo: Labios que chocan, lenguas que buscan —y encuentran— sitios insólitos, michelines que se mordisquean hasta casi hacerlos sangrar, dedos curiosos, miradas interrogantes, sonrisas maliciosas, piernas entrelazadas en espaldas ajenas, muslos de caramelo, párpados cerrados al borde del abismo más absoluto, una cama deshecha entre desesperación, música *chill out* y varitas de incienso, cubitos de hielo derritiéndose al compás que marca la noche, luces atenuadas, no a la oscuridad absoluta, vértigo.

ELLOS

Amor: Una soberana gilipollez para la que no estamos preparados antes de los cuarenta.

Sexo: Pechos bamboleantes, vaginas húmedas, penes erectos y comparación de centímetros entre el propio y el del vecino de vestuario. El cerebro de muchos de nosotros, los hombres.

Diecinueve

Sus ex

Aunque Laura haya tenido otros amigos o novietes, indudablemente quien más la ha marcado ha sido el puñetero Alberto. No puedo evitar sentir celos de él; ya he comentado varias veces que soy demasiado celoso y aunque reconozco que puedo llegar a hacer mucho daño con mi cinismo y mis mentiras, no soporto que nadie me lo haga a mí, en este caso, manteniendo vivo el recuerdo de otra persona. (Sí, soy un egoísta, repito). Sé que Alberto ha influido mucho en Laura, y nunca he podido evitar compararme con él. Ella no sé si lo hacía, al menos yo no era consciente de ello, pero eso no quita para que yo estableciera comparaciones, con las que a veces sentía frustración. ¿Acariciaría yo igual que él? ¿La besaría con la misma pasión? ¿Cuál de los dos la satisfaría más en la cama? Cada vez que sacaba el tema, ella lo rehuía. ¿De nuevo “Ojos que no ven, corazón que no siente”?

Si el recuerdo de Alberto era para mí una amenaza, creo que para ella también lo era, aunque le gustara tenerlo vivo en su mente y en su corazón. Sí, porque a pesar de que había tenido otros amigos o rolletes después de la marcha de Alberto a Paraguay, sé que siempre estuvo, de forma consciente o no, comparando, y eso no dejaba de ser una amenaza, y por tanto, un tormento. Por eso me temo que yo no era diferente, y que también me sometí a su examen cada día que pasábamos juntos. Ahora que llevamos unos días sin hablarnos, ni tan siquiera enviándonos un mensaje de WhatsApp al móvil, ignoro si estará arrepintiéndose de haberlo dejado escapar, aunque pocas armas podía desplegar ante el empecinamiento del chico por irse a trabajar en el proyecto de su ONG. Para Alberto, la obligación estaba por encima de su devoción. Aunque esa devoción llevara un precioso nombre de mujer: Laura.

Además de Alberto, Laura ha tenido como he dicho antes otras relaciones, antes y después de él,

incluido yo. Como ya de mí estaréis hasta la coronilla, porque aparezco prácticamente en todas las páginas del libro, os presento a continuación algunos de los amores de Laura.

DIEGO, ALEJANDRO, JACK Y ÓSCAR

Diego: Fue el primer amor de Laura y, junto a Alberto, el que más le ha influido. Estaban en preescolar y fue el primero que le levantó las faldas para verle las braguitas de croché. También fue el primer chico que le dio unos besos a escondidas en los lavabos del cole, cuando los dos cursaban segundo y seguían experimentando nuevas sensaciones. La *seño* los pilló y los separaron de clase en medio de un pequeño escándalo. Al año siguiente, cambiaron a Diego de colegio y ya jamás volvieron a verse.

Alejandro: El primer amor adolescente de mi chica. Fue el primero que le tocó un pecho y el poseedor del primer *paquete* que Laura palpó, entre desconcertada y asustada. Una experiencia que Laura guardaba con cierto desagrado. De nuevo los pillaron, esta vez en los lavabos del instituto, y es que esta chica no escarmentaba.

Jack: Cuando comenzaba la carrera de Periodismo, Laura conoció a este compañero de aula afroamericano que vino desde Nueva York para abrirse un camino en nuestro país porque le atraía ejercer en Europa, y adoraba el sol y el buen tiempo. Así que el país elegido fue España. Según ella, Jack era lo más divertido, ocurrente y estudioso que ha visto en su vida. Estaba completamente chiflada por él, pero se cruzó por medio una chica llamada Violeta, puro fuego y que trabajaba en un sex shop de una ciudad vecina, y se lo ligó en la tienda. (¿Os suena?).

Óscar: Un ser tímido, callado, muy poquita cosa. Laura, con su extroversión, sus anécdotas y sus disparates se había convertido para él en una apisonadora. Lo arrolló con su simpatía y ocurrencias hasta que irrumpió Alberto en sus vidas. Aún creo que el chaval se está recuperando de la impresión.

Si hacemos un balance general de sus ex (por el camino se han quedado unos amigos más bien poco significativos para este estudio), podemos afirmar que:

Laura se siente irremediabilmente atraída por aulas y lavabos escolares.

Laura y sus amigos no tienen ningún cuidado cuando intentan hacer cochinas a escondidas.

Laura pasa fácilmente de un extremo a otro en cuestión de gustos sobre hombres.

Laura no puede dejar de olvidar al puñetero Alberto. Y eso *me quema* mucho.

Laura es genial... por haberse fijado en mí.

Veinte

En principio no hay futuro, ni me lo planteo

No, no hay futuro. Si la poesía es un arma cargada de futuro, como escribió Gabriel Celaya, lo nuestro claramente no lo tiene. Yo al menos no me lo planteo. Primero, porque ella me prohibió que la llamara o le mandara algún WhatsApp al móvil, a pesar de que éste me quemaba en la mano o en la mesilla de noche, porque ni siquiera lo apago cuando me acuesto, no sea que le dé por arrepentir-se y llamarme o *mensajearme* a cualquier hora intempestiva. Porque sé que aunque ella se está imponiendo no saber nada de mí, ni contactar conmigo, quiere llamarme, quiere escucharme, quiere que le dé una explicación convincente de por qué oculté mi relación con Claudia y estuve con ella sin decirle nada. Lo sé, la conozco.

La tarde de la fiesta intenté convencerla de que ya todo se había acabado, pero no hubo forma.

—¿Me puedes explicar qué significa esto? —Laura aprisionaba la mano de Claudia, que estaba un poco más atrasada con respecto a ella, mientras le daba un tirón y la presentaba frente a mí. Claudia aparecía magnífica, con la cabeza bien levantada y esbozando una sonrisa desafiante.

Juró que no iba a parar hasta presentarse ante la que sabía que era una nueva relación mía y, efectivamente, lo consiguió.

Mi cara se descompuso igual que el día que conocí a Teresa, la madre de mi novia, cuando ésta, intuyendo que algo raro escondía, no paraba de hacerme preguntas comprometedoras. En ese momento conseguí zafarme, pero ahora la evidencia estaba frente a mí y a todos. 1,72 metros de

evidencia, de ojos grises, pelo negro y cuerpo magnífico... era mucha evidencia.

Si el rostro de Laura parecía a punto de explotar por la incredulidad, la certeza de que la había engañado, y el bochorno de lo que estaba pasando delante de sus amigos, del mío no hablemos. Realmente no sabía por dónde empezar. Hasta que lo solté.

—Sí, Laura, admito que Claudia y yo hemos mantenido una relación, pero te aseguro por un lado que para mí no es más que una buena amiga con derecho a roce, y por el otro, que lo dejé todo aclarado antes de venirme para acá y rompí la relación aunque no le explicara el porqué. ¿Crees que hubiera sido tan tonto como para mantener una amante en mi ciudad y dejarlo todo para estar aquí contigo?

Debo admitir que era una pregunta un tanto estúpida, pero quería ganar tiempo para actuar con eficacia. En mi estrategia, el campo de batalla, aquel chalé magnífico que había servido como marco para una sonada bienvenida, se había convertido en un campo de minas que estallarían si pisaba en el sitio equivocado. Recordé en ese instante a los Radio Futura: *Hace falta valor, hace falta valor...*

Sí, era una pregunta estúpida porque, ¿cuánta gente había tenido un o una amante y los habían mantenido en secreto mientras que llevaban una doble vida en otra ciudad?

En mi caso bien es cierto que había hablado con Claudia sobre nuestra ruptura, pero también es verdad que me fui prácticamente dejándola con la palabra en la boca y sin derecho de réplica, tan sólo la de su futura venganza. Para mí

Claudia significaba bien poco, a pesar del año de relaciones, pero para ella fui algo más que un simple rollo. La chica me había cogido cariño y se había enamorado de mí. Eso era inevitable, como el mojarte cuando llueve o eyacular cuando tienes un orgasmo.

Claudia seguía mirando desafiante. Había conseguido ser lo bastante astuta como para camelar poco a poco a uno de mis amigos —que desde ese día se ha convertido en uno de mis enemigos, por supuesto—, hasta sacarle toda la información sobre Laura, dónde vivía, cómo me iba en el nuevo puesto, y, naturalmente, sobre la fiesta de bienvenida en la que también iban a participar mis amigos. Habían alquilado un microbús y entre bromas y risas, vinieron invitados por Natalia y Laura, las organizadoras de la fiesta. Para

Claudia fue sencillo entrar *by the face*, como en la canción de Mecano *Me colé en una fiesta*. Alguien que no la conocía se fió de sus palabras y creyó que era cierto cuando se presentó como la novia de Andrés, el amigo que me traicionó y que ese día ¡oh casualidad! no podía ir por motivos laborales.

Sabía que si se presentaba allí, no saldría muy bien parado por mi parte cuando se descubriera el pastel.

Ahora era demasiado tarde y yo advertía cómo la ofuscación de Laura iba en aumento. Se notaba que la criatura no quería dar el numerito, pero la cara de estupefacción de todos le recordaba que, a su pesar, hacía el ridículo. La fiesta de bienvenida a su novio se convertía en la confirmación de que era una cornuda.

—Mira, lo único que te digo es que ni se te ocurra llamarme, ni mandarme un mensaje. Esto se acabó. Sal de mi vida.

Y Laura, mientras dejaba la mano de Claudia, que no había soltado ni siquiera para este discurso, se alejó de mi vista y de mi vida por un camino empedrado del jardín. Adiós a su alfombra adamascada. Ya no volvería a ser mi Yasmin.

Infinito:

Epílogo

Desde el día en que decidí que si no contestaba a mis llamadas no iba a volver a llamarle ni a mandarle un mensaje... no paro de mirar el móvil.

Ella: No puedo evitarlo. ¡Pero qué tonta soy! Han pasado seis días desde el bochorno más grande de mi vida, juré que no iba a volver a querer saber de él, pero... ¡me gusta tanto! ¿Cómo borrar de un plumazo estos meses? ¿Cómo olvidar las primeras charlas que mantuvimos, esas noches en las que nos conocíamos a través del chat, esas risas que compartimos a través del teléfono, ese bajarme del tren sin saber exactamente qué iba a encontrar, esos dientes blancos de sosa cáustica, esas manos acariciándome mientras me hacía el amor? Pablo, Pablo... Caí en tu trampa, en tu elocuencia, en tu sonrisa perfecta, tu cuerpo tan bien hecho... todo tú.

Después de recibir tus llamadas durante estos días a pesar de que te advertí de que no lo hicieras, no quería hablarte, pero no he podido evitarlo... y como una tonta marqué tu número, y también como una tonta he visto que no lo cogías. Decidí no volver a hacerlo, ni a mandarte ningún mensaje, pero no puedo evitar mirar el móvil por si te arrepientes y decides intentarlo de nuevo. Al fin y al cabo, ¡tú has sido el causante de todo este embrollo!

Él: No puedo evitarlo. ¡Pero qué tonto soy! Han pasado seis días desde que se produjo todo este lío, juré que no iba a volver a tener nada que ver con las tías, que sólo traen problemas, pero... ¡me gusta tanto! ¿Cómo borrar de un plumazo estos meses? ¿Cómo olvidar mi impacto cuando vi sus fotos en Mallorca, cuando oí su voz transparente a través del móvil, o esa lluvia fina que me mojaba el cuerpo y el corazón mientras la esperaba en la estación, esas rosas que nunca existieron a su llegada

porque nunca se las regalé, esa aprobación final de mi familia hacia ella, la sonrisa de satisfacción cuando me bajé del autobús con mis macutos, el *trolley*, mi neceser y mil dudas, esos labios besándome mientras hacíamos el amor? Laura, Laura... Caí en tus ocurrencias, en tus divertidos disparates, en tu serena locuacidad, en tu belleza... toda tú.

Sé que fui culpable, que tenía que haberlo dejado todo mucho más aclarado con Claudia de lo que lo hice y haberle dejado bien sentado que me había enamorado de una chica maravillosa, que lo mismo me fallaba en un futuro, puesto que el amor no deja de ser una lotería donde te puede tocar el premio gordo o arruinarte para siempre. Sí, sé que fui culpable pero me gustaría que me dieras una oportunidad. Ahora mismo me estás llamando, y aunque me arde el móvil en la mano, no sé si debo cogerlo, puesto que no sé cómo te encontrarás ni lo que me dirás.

La verdad es que yo también la he llamado varias veces desde entonces y no ha contestado, ni tampoco a uno sólo de mis WhatsApp. Está cumpliendo su advertencia de que no contactara con ella, claro. ¿Qué le estará pasando por la cabeza? ¿Querrá volver conmigo, ahora que Claudia ha vuelto a su casa y nos va a dejar en paz después de consumir su venganza?

¿Para qué me llama? No me atrevo a cogerlo... porque igual es el fin definitivo, ya que no creo que hablara en serio la noche de la fiesta... O no quisiera creerlo. ¿La vuelvo a llamar si no lo cojo? Joder... ¡no sé qué hacer!

OPINIÓN DE LOS LECTORES

Ellos: Cógelo, imbécil. No dejes escapar la ocasión.

¿No ves que te está dando una nueva oportunidad?

Ellas: La imbécil es Laura por llamarlo. ¡Que le den puerta a ese cínico! Conque Claudia está muy buena... ¡Que se quede con ella! ¡Tú vales mucho, mujer!

Suena un teléfono. El móvil le arde en la mano. Duda unos segundos, pero finalmente contesta.

—¿Sí? ¿Eres tú?

Una sonrisa de esperanza se dibuja en su rostro. La persona amada está al otro lado.

Glosario de música y películas

Queridos lectores: como veis, en este libro se hace alusión a bastantes películas y canciones, elementos que con-forman la banda sonora y visual de todos nosotros... y también la de Laura y Pablo, ya que, aunque son personajes ficticios, tienen mucho de realidad. ¡Cuántos Lauras y Pablos pasean a diario por nuestras calles o comparten trabajo con nosotros!

Dado que se habla tanto de películas y canciones más actuales como otras más antiguas, Laura y Pablo os van a comentar este glosario para que os sirva de guía, por si os apetece conocer o volver a ver estos filmes o escuchar estas canciones. ¡A disfrutar!

—Bueno, amigos, yo voy a hablaros de... —Eh, eh, ojito. Ni se te ocurra colarte, chico.

—Pero Laura, por favor, la que te estás colando eres tú, y siete pueblos... ¡Que me toca comentar las pelis!

—¡Pues a la cola, chaval, que antes voy yo que para eso la primera parte del libro es mía y yo quiero hablar ahora de las canciones!

—¡BUENOOOOO, BUENOOOO, HAYA PAZ! ¡Me vais a volver loca!

—¿Eh? ¡Joder, qué sustoooo! —¿Pero quién coño...?

—¡SE ACABÓ LA DISCUSIÓN Y NO ME SEÁIS

MÁS MAL HABLADOS, QUE NO OS HE CREADO PARA ESO! Ni la una ni el otro... O lo comentáis juntos o el glosario lo explico yo! ¡Y no hay más que hablar, es in-negociable!... ¡Serán rebeldes estos personajes! ¡Me agotáis!

—Sí, claro, esta lo que quiere es juntarnos a la fuerza. Seguro que es una de las que adoran las comedias románticas tipo Jennifer Aniston o Reese Whitespoon...

—Pues seguro. Pero claro, si no le hacemos caso, aquí se acaba el libro, y yo quería comentar las canciones, y tú las pelis...

—Tic, tac, tic, tac... Estoy esperando, chicos... A ver esas miraditas... ¿Qué queréis decir con ellas?

—Buenooo, valeee... Lo haremos juntos...

—Ah, no, no, no. Si vais a estar con esa cara durante todo el glosario, prefiero comentarlo yo y vosotros si queréis me hacéis alguna pregunta o comentáis algo, ¿vale?

(Miradita de ambos *modo gatito de Shrek ON*)

—Eso está mucho mejor. ¡Si es que hablando se entiende la gente! Y por cierto, para vuestro conocimiento... ¡No aguanto las comedias románticas!

—Bueno, una vez aclarado todo, nuestra autora os va a hablar de las canciones y de las películas que van saliendo a lo largo de nuestra historia, y nosotros, con nuestro gracejo y simpatía...

—Juas, juas, juas... Con nuestro gracejo y simpatía...

¡Me partoooo!

—Bueno, Laura, hija, estoy de cachondeo...

—Sí, sí, de cachondeo... ¡Te conozco como si te hubiera parío!

—Bueno, dejando atrás esta lamentable interrupción de Laurita, como decía, nosotros también comentaremos alguna cosita sobre lo que cuente nuestra autora, y, como habréis comprobado, canciones las hay de todos los estilos y todas las épocas...

—...Y que nuestra creadora tiene una debilidad especial por Mecano, jijiji...

—Bueno, a ver si nos llamamos y puedo empezar...

Como se dice en Cádiz cuando cantan las agrupaciones en el carnaval: ¡Amo a escuchá!

MÚSICA

La mentira (versión de **Ana Belén, 1993**): Este delicioso bolero fue compuesto por el afromexicano Álvaro Carrillo, autor asimismo de otra de las más famosas canciones de amor: Sabor a mí. *La mentira* (también conocida como *Se te olvida*) se grabó por vez primera en 1965, y como curiosidad fue el primer tema musical que le dio más popularidad a una telenovela. Ha sido versionada por grandes artistas como Vicente Fernández o Ana Belén, que la incluyó en su precioso álbum *Veneno para el corazón*, grabado en 1993.

—La mentira... *viene como anillo al dedo para más de uno que yo me sé...*

—*Ea, ya estamos... ¡y eso que acabamos de empezar!*

Escuela de calor (Radio Futura, 1984): Esta canción se incluyó en *La ley del desierto / La ley del mar*, segundo álbum de estudio del grupo de pop rock español Radio Futura, liderado por Santiago Auserón. Es una de las canciones más famosas de este grupo, y en ella se combinan elementos afroamericanos y sonidos funky, algo que la formación acentuó en posteriores versiones. Llegó al número 8 en la lista de las 200 mejores canciones de pop-rock español, según la revista *Rolling Stone* (2010).

Una rosa es una rosa (Mecano, 1990): Este fue el quinto sencillo que lanzó el grupo madrileño de su álbum *Aidalai*, y se trata de un tema mitad tecno mitad rumba compuesta por José María Cano. La frase en la que se inspira la canción y a la que da título se basa en un pensamiento de la escritora estadounidense Gertrude Stein. Este tema tiene algo que ver con nuestra historia, pues habla de la contradicción que puede haber en el amor: por un lado el no poder vivir con alguien a quien se ama, pero por otro, no saber vivir con ella. Ni contigo ni sin ti, en una palabra...

(Miradita de Laura a Pablo...)

Me cuesta tanto olvidarte (Mecano, 1986): Fue el tercer disco sencillo que se sacó del álbum *Entre el cielo y el suelo*, de Mecano. Sin duda se trata de una de sus canciones más celebradas y emblemáticas, y precisamente el título del álbum sale del primer verso de esta hermosa canción de amor, intimista, delicada y minimalista en cuanto al uso de instrumentos musicales o la voz de Ana Torroja sin el apoyo de coros. Esta balada acústica fue escrita por José María Cano y en ella se

transmite lo complicado que es olvidar a la otra persona cuando se rompe una relación. Una de las canciones más logradas y bellas de este grupo madrileño, y de la que se grabaron por parte de él versiones en italiano y francés aunque luego se descartaron sus respectivos lanzamientos. La canción en español sí ha tenido muchas versiones, desde latinas, a bailables o a otras con aire aflamencado.

—*Me encanta, añado* —dice Laura mientras sonrío.

Me colé en una fiesta (Mecano, 1982): Se trata del tercer sencillo extraído del primer álbum de Mecano, que simplemente lleva el nombre del trío madrileño. Es una de las canciones más bailadas y cantadas del grupo en toda su historia, y una de las más recordadas de ese primer disco LP. Techno pop de ritmo muy rápido y pegadizo, fue escrita por Nacho Cano y, dado que el protagonista del tema es un chico, el punto de vista de la historia se narra en masculino, a pesar de que la vocalista era Ana Torroja. El tema habla de un chaval que se cuelga en una fiesta a la que no ha sido invitado y en la que le suceden cosas divertidas e incluso inesperadas. La canción tuvo ediciones para el Reino Unido, Italia y Holanda, y una versión en inglés, *The uninvited guest*, para intentar lanzar a Mecano en el mercado anglosajón, pero la cosa no funcionó demasiado bien, y ahora se considera una grabación de culto.

—*Lo que se viene a llamar una rareza, vamos* —interviene Pablo.

—Y —añade Laura— *no te olvides de la cara B del sencillo, Boda en Londres, un instrumental que es una pasada.*

Ay, qué pesado (Mecano, 1986): El 16 de junio de ese año se lanzó el primer sencillo del disco que marcó un giro en la carrera de los Mecano, *Entre el cielo y el suelo*. *Ay qué pesado* fue el único sencillo que compuso Nacho Cano de los cinco que se sacaron del álbum.

—*La cara B del disco estaba muy bien también.*

—*¿Y cuál fue, listillo?*

—Esta es la historia de un amor. *Me suena de algo...*

—*Anda, tira y déjate de rollos...*

Gloria (Umberto Tozzi, 1979): *Gloria* fue una de las canciones pop de finales de los setenta más bailadas y cantadas en Italia y España, entre otros países de Europa como Suiza, Francia, Alemania, Bélgica o Países Bajos. De hecho en nuestro país llegó a ser número uno en las listas. Umberto Tozzi, que la compuso junto a Giancarlo Bigazzi, alcanzó precisamente *la gloria* con esta canción que es de las “incombustibles”, de esas de las que, a pesar de que pasen los años, las ponen en una fiesta o en una discoteca y la gente se anima a bailar. Inolvidable también la versión que de ella realizara Laura Branigan en 1982.

Hello (Lionel Richie, 1984): *Can't slow down* es uno de los álbumes más populares y premiados de Lionel Richie. *Hello*, el tercer sencillo que se extrajo de él, es una exquisita y delicada canción de amor que aún hoy pone los vellos de punta e invita a acurrucarte junto a la persona amada. Fue

número uno en tres listas del Billboard norteamericano, y asimismo en las listas del Reino Unido. Por supuesto el bombazo que supuso *Hello* solapó la canción de la cara B del sencillo, *You mean more to me*. Una de las frases más recordadas de *Hello* es: *Hello, is it me you're looking for?* (Hola, ¿soy yo lo que estás buscando?)

—Hola, Laura, ¿soy yo lo que estás buscando? Je, je...

—Dichoso Pablito... ¿quieres dejar de decir chorradas y repasar de forma normal la relación de canciones y pelis? Grrrr...

Words (F.R. David, 1982): Un ejemplo clarísimo de lo que se conoce en el terreno artístico, y sobre todo en el musical, como *one hit wonder*, es decir, el cantante al que se le recuerda sólo por un éxito. Porque F.R. David sacó posteriormente otras canciones, pero jamás superarían y ni si-quera se acercarían a la popularidad inmensa de *Words*. Con la misma consiguió copar lo más alto de las listas en muchas de ellas del mundo, y, como curiosidad, en Bolivia logró ser la canción número uno de la década de los ochenta en dicho país. Vendió ocho millones de sencillos de *Words* en todo el planeta.

—Y un dato curioso: Este cantante francés de origen tunecino no se llama F.R. David, ya que este es su nombre artístico.

—¿Y cuál es el real, Laurita?

—Su nombre es Eli Robert Fitoussi, y nació justo con el año: el uno de enero de 1947 en Túnez. Otra curiosidad es que comenzó su carrera musical como guitarrista del gran músico griego Vangelis, sobre todo en sus giras y conciertos en directo.

—¡Ole mi niña, cuántas cosas sabe!

—Grrrrr... ¡Menos cachondeo!

Billie Jean (Michael Jackson, 1983): *Billie Jean* es una de las joyas de la corona de la música pop, y además...

—¿Perdona? ¿Una de las joyas de la corona? No, no, no... ES la joya de la corona...

—Por una vez desde que nos mosqueamos y sin que sirva de precedente, estoy de acuerdo con Pablo. ¡Si se trata del sencillo más vendido en la historia de la música!

Bueno, bueno... perdonadme. Sí, es verdad; con toda certeza afirmo que es la canción pop más famosa de la historia de la música. Los datos hablan por sí solos: *Billie Jean*, que vendió cien millones de sencillos en todo el mundo, durante setenta y seis semanas fue número uno en Estados Unidos. Y también llegó a ese lugar de honor en países como España, Reino Unido, México, Italia, Perú o Australia. Esta canción, que habla de una fan obsesionada con un cantante y al que le atribuye la paternidad de su hijo, la escribió Michael basándose en la historia real de una chica que también le perseguía con el mismo argumento. Fue producida por Quincy Jones para el sexto álbum que grabó

Michael Jackson como solista, el multipremiado *Thriller*, el álbum más vendido en la historia, y que está, según la revista *Rolling Stone*, en el puesto 58 de las 500 mejores canciones. Además, es una

canción que pasará a la memoria colectiva porque con ella el Rey del Pop dio a conocer uno de los pasos de baile más famosos de la historia: el *moonwalker*.

—Pe...pero... ¿qué estás haciendo? El payaso, como últimamente.

—Nena, no me digas que no tengo estilo haciendo el moonwalker como el dios Michael.

—Sí, hijo, sí, igualito, igualito. Anda, anda, para ya que me está entrando vergüenza ajena...

Locked out of heaven (Bruno Mars, 2012): Una gran canción de un buen intérprete al que se comparó en sus comienzos con Michael Jackson. *Locked out of heaven* es uno de los discos extraídos de su segundo álbum de estudio, *Unorthodox Jukebox*. Fue número uno en Polonia, Eslovaquia, Hungría y México, y obtuvo buenos puestos en las listas de Estados Unidos y Canadá.

—La letra es muy chula. Habla de un tipo que está tan bien con su pareja que se le han cerrado las puertas del cielo mientras esperaba encontrar una relación así.

—Hombre, una idea un poco enrevesada pero sí, está bien. *The Smeezingtons*, sus compositores, tuvieron buen ojo al crearla. Porque en cuanto a música también está genial; hay partes en las que me recuerda a *The Police*. A mí me encanta.

—Nos encanta.

—Sí, la verdad es que nos gusta a los dos.

(Bueno, bueno... esto se pone interesante... Ya van acercando posturas...)

—¡Eh, que te escuchamos!

Opá, yo viazé un corrá (El Koala, 2006): En 2006 surgió el término *Rock rústico* para designar las canciones que incluía El Koala, Manuel Jesús Rodríguez, en su álbum *Rock rústico de lomo ancho*, y por ese trabajo...

—¿Lomo? ¿Quién ha nombrado el lomo? Me encanta el lomo embuchado, el lomo en manteca, el lomo adobado...

—Brrrr... De verdad, no sé cómo te he soportado hasta ahora. ¡Serás payaso! Deja seguir a Belén, que quiero enterarme!

—¡Vaaaaaleeee, vaaaaaleeee! ¡Pero qué humor nos gastamos, caramba!

...Ejem. Decía que por ese trabajo recibió un disco de oro cuando vendió 40.000 ejemplares del álbum. Y, como curiosidad, el primer sencillo del disco, *Opá, yo viazé un corrá*, es uno de los 30 vídeos más vistos en YouTube, con más de 20 millones de visitas. Una canción no apta para *los erasmus* porque no creo que se vayan a enterar de mucho... ¿O qui-zá sí? ¡Increíble su poder de adaptación a nuestro idioma, sobre todo a los tacos y a los modismos!

Never can say goodbye (versión de **The Commu-nards, 1987**): Esta magnífica canción, todo un clásico de la Motown que se ha convertido en himno para la historia de la música, fue lanzada por The Jackson 5 en 1971, de su álbum *Maybe tomorrow*. La canción, compuesta por Clifton Davis, ha sido grabada por distintos intérpretes en muchas ocasiones, y dos de las versiones más destacadas corresponden a la diva de la música disco Gloria Gaynor (1974) y a los británicos The Communards

(1987), que es de la que se habla en el libro.

Creep (Radiohead, 1992): *Creep*, curiosamente, a pesar de ser una de las canciones más populares de la banda de rock alternativo Radiohead, si no la que más, es de las que más odian porque obtuvo un éxito nada proporcional a lo que ellos buscaban con ella, y han acabado por casi ignorarla en sus conciertos. Se trata de un sencillo que nació de forma independiente en 1992 pero que al año siguiente se incluyó en su álbum *Pablo Honey*. La maravillosa *Creep* fue una canción que no tuvo mucha difusión al principio porque se consideraba demasiado triste y depresiva, pero que comenzó a triunfar a raíz de su relanzamiento, llegando a los primeros puestos las listas en Reino Unido y Estados Unidos. Son muy interesantes las versiones de Muse, la de The Pretenders, con la maravillosa Chrissie Hynde, y la acústica (*unplugged*) del grupo Korn.

—Seré una tonta romántica, pero hay una peli francesa con Johnny Depp y Charlotte Seinsbourg en la que suena Creep de fondo y... ains...

—¡Ay, sí! Ils se marièrent et eurent beaucoup d'enfants. Y vivieron felices para siempre, se llamó en España. Anda, toma, como nos va a pasar a nosotros... ¿o no?

—Esto... está hoy el día precioso, ¿eh, Pablo?

Goodbye (Feder, 2015): *Goodbye* es un excelente tema *deep house* de Feder, un productor musical y DJ francés en la que destaca la voz de Anne-Lyse Blanc Hadrien Federiconi. Fue un gran éxito en Rusia, Ucrania, Rumanía y

Turquía antes de serlo en Francia. Meses después se lanzó en otros países europeos y consiguió entrar entre los diez primeros de las listas en Alemania, Suiza y Bélgica.

—Goodbye = *Todo un pelotazo*.

—Pues sí, es de los que no me canso de escuchar. Lo que no me gusta es el título. Eso de Adiós...

You make me feel (Archive, 1999): Archive es un interesante grupo británico de electrónica, trip hop, post rock, avant garde y rock progresivo. En su recorrido de veinte años, la banda ha sacado diez álbumes de estudio, consiguiendo un éxito relevante en Europa y también en su país.

You make me feel es una canción opresiva, envolvente y obsesiva, que ha servido de base para anuncios publicitarios de cosmética y que recuerda al estilo de la música de los Nine inch nails.

Sultans of Swing (Dire Straits, 1978): Mi tema favorito desde que salió, cuando tenía doce años, y sé que jamás cambiaré de opinión, porque...

—¡Eh, eh, ehbbb!

—¡Oye, espera, que en esta parte del libro los únicos que opinamos somos nosotros, que para eso somos tus personajes! Limitate a contarnos los datos objetivos. **OB-JE-TI-VOS**, ¿entendido?

Estoy flipando. Que mis personajes se mosqueen entre ellos, vale, tiene un pase. Pero que me

tapen la boca y me obliguen a ceñirme a un determinado esquema sin dejarme expresar lo que a mí me dé la gana, que para eso es **mi libro...**

NO, HIJA, NOOOOOOOOOO (*modo Ozores ON*)

...Bien, como iba diciendo, y dado que mis personajes se han quedado más planchados que las sábanas de un hotel, os comento que la banda de rock británica Dire Straits es mi grupo favorito, que tiene canciones que han dejado huella en la historia de la música, y dentro de ellas, la in-comparable, la majestuosa, la mágica —se me acaban los adjetivos— *Sultans of Swing*. Fue el primer sencillo que se extrajo de su primer LP homónimo. *Sultans of Swing* llegó al número uno en el Reino Unido, así como en Estados Unidos, donde se vendieron dos millones de copias. Es una canción en la que se cuenta la actuación de un grupo de rock con influencias jazzísticas en un pub londinense. Se podría decir de ella pues que es una metacanción. Los hermanos Knopfler tenían solamente cien libras para grabar la maqueta de este fastuoso tema, y afortunadamente, una conjunción de los planetas hizo posible que la grabación siguiera adelante. Así nos hemos beneficiado de uno de los grandes himnos de la música de todos los tiempos. Absolutamente genial *Sultans of Swing*, tanto en sus versiones más cortas como en las que el saxo cobra especial importancia o en las que Mark Knopfler en directo se recrea en el solo de guitarra eléctrica. Magia pura. Dire Straits, verdaderos sultanes del rock... más que del swing. ;)

Abuelito, dime tú (BSO Heidi, serie japonesa de animación, 1974):

Abuelitooooo, nunca yo de tí me alejaré.

Estríbillo: Oleré-íé-íé, oleré-íé-íé, ¡Oleré-i-i-i-i-i!

Oleré-íé-íé, ¡Oleré-i-i-i-i-i!

Abuelito, dime tú, lo que dice el viento en su canción.

Abuelito, dime tú,

por qué llovió, por qué nevó. Dime por qué todo blanco es, dime por qué soy tan feliz, abuelitooooo...

nunca yo de tí me alejaré. (estribillo x 2)

Abuelito, dime tú, si el abeto

a mí me puede hablar.

Abuelito, dime tú, porque la luna ya se va. Dime por qué hasta aquí subí

dime por qué soy tan feliz, abuelitooooo...

nunca yo de tí me alejaré. (estribillo)

(No había otra que poner la canción con letra infantil...) ;)

El que no haya tateado esta cancioncilla de apertura de la serie *Heidi*, es que no ha tenido infancia. Se trata de una de las primeras —si no la primera— series de animación japonesa (anime) que vimos en España, cuando aún las televisiones en blanco y negro predominaban en aquellos hogares de los setenta. Dentro del anime hay muchos géneros y *Heidi* pertenece al denominado *kodomo*. A modo de anécdota, la serie no es solamente japonesa, sino que se trata de una coproducción entre el país nipón y Alemania, y se estrenó en España en 1975. Una curiosidad: en nuestro país la inolvidable vocecilla de Heidi no era de una niña, sino de la experimentada actriz Sélca Torcal.

Abuelito, dime tú es una de las canciones incluidas en esta serie de 52 episodios y que se basaba en *Heidi, la niña de los Alpes*, el libro de la autora suiza Johanna Spyri. La bonita relación de una niña alegre y risueña con su arisco abuelo y su amistad con el cabrero Pedro y Clara, una niña rica que está enferma y no puede caminar, conquistó el corazón de millones de espectadores de todo el mundo.

Los amigos de mis amigas son mis amigos (Objetivo Birmania, 1985): Este es uno de esos temas intrascendentes que se pegan y se pegan y termina siendo la típica cancioncilla que no pasará a la historia precisamente por su calidad pero que siempre se recuerda, o se pone en las bodas y algunos se ponen a bailar imitando a las *Birmettes*, para vergüenza ajena del resto de invitados. Bueno, un día es un día, y una boda no se celebra a diario. Dejémoslo ahí.

—¿Boda?¿Boda?¿Has hablado de boda?

—La llevas clara. ¡Aquí no se casa nadie! Anda, tira y sigue contándonos...

Bien, pero que conste en acta que aunque he hablado de bodas no os estaba mirando. Ejem.

Objetivo Birmania fue un grupo madrileño ya desaparecido que combinaba un pop algo tontorrón pero pegadizo con un funk potente, con buenos metales. Tuvo dos etapas, una de 1982 a 1986, en la que llegaron a los tribunales cuando se separaron, ya que cada parte quería hacerse con los derechos del nombre de la formación, y otra de 1989 a 1991. Primero fue un grupo de varios miembros, con Yolanda Hens como solista y las *Birmettes* haciendo coros mientras lograban cierto protagonismo en escena con sus bailecitos sincopados. Ya desde el 89 despuntó como trío, con una formación y estilo distintos y con la actriz Lola Baldrich entre sus vocalistas, hasta su disolución definitiva en diciembre del 91.

Felicidad (Al Bano y Romina Power, 1982): Si algo caracterizaba a la pareja formada por los italianos Al Bano Carrisi y Romina Power (de origen estadounidense e hija del actor Tyrone Power), era una complicidad absoluta en el escenario, hasta tal punto que se podrían calificar de un punto empalagosos...

—Lo que yo diga: chorreaban azúcar.

—Anda, la que faltaba. Pero, Natalia... ¿qué narices haces colándote en el glosario? ¡Si tu puesto está en las primeras páginas del libro!

—¡Hombre, Nata! ¿Cómo tú por aquí, chiquilla?

—Pues ya ves, Pablo, que no he podido evitar recordar lo de “chorreáis azúcar” de cuando yo se lo decía a Laura sobre su Alberto...

—Joder, tía, ¿y a estas alturas del libro tienes que sacar otra vez al dichoso Albertito? Lauraaaaa, ¿dónde están los avíos del descuartizamiento?

—Vaaaale, vaaaaaale, chaval, ya me voy... Jo, encima de que una lo que quiere hacer es echarle sal al glosario...

—Sí, para sales está este, Nata. Anda, no te vayas muy lejos, que en cuanto acabemos aquí nos piramos las dos a tomar una copa de vino en una terraza, al solecito, que me apetece mucho.

—¡Eso está hecho, amiga! ¡Ay, qué te quiero, Laurita!

—¡Y yo a ti, petardilla!

—Mira qué dos... Felicidadaaaaaddd, es un trago de vino por el caminoooooo, la felicidad, es vivir el cariño como los niños, la felicidad, es sentarme en tu coche y volar con la noche, la felicidadaaaaaaaaaadd-ddd....

—Dios... ¿pero qué habré hecho para merecer esto? Anda, Be-lén, porfi, sigue comentando antes de que me exploten los oídos con el petardazo de Pablo, que se cree Pablo Alborán en lugar de Pablo Soler...

(No, si ya digo que me van a volver loca. Los personajes más revoltosos que haya creado nunca. Una y no más, santo Tomás. He dicho).

Como iba diciendo, también mostraban en los escenarios su idílica imagen de matrimonio bien avenido. Una curiosa pareja por la que muchos no apostaban un duro cuando empezaron en los setenta, pero que continuaron juntos hasta que llegó la ruptura matrimonial en 1999, algo que ocasionó también su disolución como dúo musical. *Felicidad* es la versión española de su canción *Felicitá*, que obtuvo un enorme éxito en toda Europa, incluido nuestro país, y que quedó en el segundo puesto en 1982 en el festival de San Remo. Es un tema romántico, con bastantes rípios pero muy pegadiza y que ciertamente fue popular en su momento.

Titanium (David Guetta, 2011): Esta canción está compuesta y producida por el dj francés David Guetta, el mismo que levanta tanto pasiones como odios: es una máquina de sentimientos encontrados. Reconozco que es muy comercial y que no es del tipo de house elegante de otros disc-jockeys, pero ni falta que me hace, puesto que pienso que en este ingente mundo de la música electrónica cada uno puede tener perfectamente su parcelita. A mí particularmente me encanta el electro house de *Titanium* por su fuerza increíble, por su alegato sobre la fuerza interior, y por la voz de la cantante australiana Sia, que fue por cierto, una de las compositoras de la canción. Sin duda, es uno de los mejores temas del álbum que lo contiene, *Nothing but the Beat*. *Titanium* entró en el top 10 de muchos países, como Suiza, Suecia, Australia, Austria, España, Noruega, Estados Unidos, Israel, Escocia, Nueva Zelanda, Finlandia, Alemania, Francia, Países Bajos o Irlanda, y estuvo en el top 20

de Reino Unido y Canadá. No os perdáis el videoclip: a mí particularmente me gusta mucho.

—*Ab, sí, el del chiquillo este que parece sacado de la serie Los protegidos, que tiene poderes sobrenaturales y le persigue la poli por el pifostio que ha montado en su escuela...*

—*Qué bien te explicas, hijo mío. Como un libro abierto...*

Nessun dorma (Giacomo Puccini, de su ópera Tu-landot, 1924):

*¡Nadie duerma! ¡Nadie duerma! Tampoco tú, oh, Princesa,
en tu frío cuarto miras las estrellas
que tiemblan de amor y de esperanza...*

*¡Pero mi misterio está encerrado en mí, mi nombre nadie sabrá!
sólo cuando la luz brille.*

*(Coro: No, no sobre tu boca lo diré,
Sobre tu boca lo diré temblando
(Coro: ¡Cuando la luz brille!)*

*Y mi beso romperá el silencio que te hace mía.
Su nombre nadie sabrá...*

*¡Y nosotros, ay, deberemos morir, morir!
¡Disípate, oh noche! ¡Tramontad, estrellas! ¡Tramontad, estrellas! ¡Al alba venceré!
¡Venceré! ¡Venceré!*

Bajo mi modesto punto de vista, una de las arias más hermosas que se hayan compuesto nunca, de la que aquí os ofrezco su traducción al español. Y en la voz de Luciano Pavarotti, en su inolvidable actuación en París en 1998, es absolutamente impresionante, aguantando una nota sostenida de las que ponen el vello de punta. Una perfecta vocalización, un mar de sentimientos mientras lo canta. *Nadie duerma*, reza en español el título del aria. Que nadie se lo pierda, añadiría yo.

—*Pues no estoy yo muy puesto en esto de la ópera, fíjate. Nunca me ha llamado la atención...*

—*Escuchar este aria será un paso muy importante para que la ames, ya verás. No vas a arrepentirte y es una buena manera de iniciarte en este mundo, Pablo.*

—*¡Ole mi niña otra vez!*

—Grrrrrrr... ¡Menos coña y no me seas pelota!

Tema central de la BSO de Lo que el viento se llevó (Max Steiner, 1939): Max Steiner fue uno de los grandes nombres de la composición de bandas sonoras de películas durante muchas décadas. Creó, junto a otros músicos, las bases del lenguaje sinfónico cinematográfico actual. Y hablo de bandas sonoras realmente inolvidables, de esas que dejan su impronta y una huella en la historia del cine. Por supuesto, la BSO de *Lo que el viento se llevó* es una de ellas. El tema central de Tara es precioso y fácilmente reconocible.

Steiner nació en 1888 en Viena con un gran talento musical desde muy pequeño, pero cuando estalló la primera guerra mundial decidió marcharse a Estados Unidos desde Inglaterra, que es donde vivía. Una vez en tierras norteamericanas, comenzó a trabajar en Broadway componiendo y orquestando bandas sonoras. A modo de anécdota, comentar que Max Steiner introdujo en el lenguaje cinematográfico el uso del *leit motiv*, que es una melodía que se asocia en la película a un personaje o a una idea, y que suena cuando aparecen esos elementos (no solamente en el cine, ya que en la ópera también se contempla esto). A Steiner le dieron muy poco tiempo para terminar la partitura y para colmo tenía otro encargo pendiente de terminar, pero él contaba que ese mes durmió solamente quince horas para que pudiera salir de sus manos una de las bandas sonoras más conocidas del cine. Ese año escribió ni más ni menos que 17 bandas sonoras más. Llegó a recibir 18 nominaciones a los premios Oscar, y entre ellas estaba la de *Lo que el viento se llevó*, pero no ganó el Oscar por ella, sino que se lo arrebató Herbert Stothart por la BSO de *El mago de Oz*:

—Juro que nunca volveré a pasar hambre... Na na na naaaaaa... Na na na naaaaaa... Na naaaaa naa
naaaaaa...

—¡Y yo juro que nunca jamás volveré a ligar por internet! ¡Grrrrr!

—Basta, dejad de pelearos y dejadme seguir, por favor, que todavía falta la parte del cine. ¡Gracias!

El resto de temas musicales que salen en el libro que no se especifican son canciones de la noruega Silje Nerdgaard, mezclas de los disc-jockeys JaBig (Canadá) o Avicii (Suecia) o temas de deep house, ambient, chill out, música electrónica, drum & bass, etc. Recomiendo Rinôçerôse (que mezcla el rock con el house, algo que en principio parece raro pero da buen resultado), Tangerine Dream, Jean Michel Jarre, etc. También se nombra a la maravillosa Adele, la inolvidable Amy (Winehouse, ¿quién si no?) o Muse, y con un toque hipster, Julia Holton o The field.

PELÍCULAS

Las brujas de Eastwick (EE.UU., 1987): Grandes nombres para una película más bien medianita. Jane (Susan Sarandon), Sukie (Michelle Pfeiffer) y Alexandra (Cher) son tres mujeres que viven en Eastwick, Nueva Inglaterra, y están aburridas de esperar al hombre que las satisfaga. Por eso una noche de lluvia invocan al hombre perfecto. Llega a la ciudad el misterioso Daryl Van Horne, interpretado por Jack Nicholson, que es seductor y diabólico a la vez, y que hará que las mujeres descubran unos poderes extraordinarios que les surgen a raíz de la invocación mágica. La dirección corrió a cargo de George Miller y la música es de John Williams. Obtuvo dos nominaciones al Oscar en el apartado técnico, aunque no se llevó ninguna estatuilla.

Duelo al sol (EE.UU., 1946): Uno de los grandes clásicos salidos de la productora de David O. Selznick y dirigido por uno de los mejores directores de la historia del cine: King Vidor. En esta película, Gregory Peck es Lewton y Joseph Cotten, su hermano Jesse. Ambos son hijos del senador McCandless, y los tres viven en un rancho texano al que llega para trabajar como sirvienta la bella Pearl Chávez (Jennifer Jones), una mestiza que enamora a los dos hermanos, algo que enciende la rivalidad entre ellos: un auténtico duelo al sol. La estupenda banda sonora es de Dimitri Tiomkin, que compuso otras grandes BSO para películas como *La sombra de una duda* (1943), *¡Qué bello es vivir!* (1946), *Solo ante el peligro* (1952, con la que obtuvo el Oscar a la mejor música de film dramático), *Gigante* (1956, nominada al Oscar), o *El viejo y el mar* (1958, con la que también consiguió el Oscar a la mejor música de film dramático), entre otras muchas.

—*¡Anda!, eso de la rivalidad entre hermanos por un amor, en este caso entre hermanas, me recuerda a la historia de Nata y Vero... —Ah, pues sí. ¡Y cuántas veces ha pasado eso! Si de pequeños los hermanos se pelean por los juguetes, muchos de mayores lo hacen por las novias... y al contrario.*

Una noche en la ópera (EE.UU., 1935): Esta es una de las más divertidas películas de los surrealistas y estrambóticos Hermanos Marx. Dirigida por Sam Wood, nos cuenta la historia de Groucho, que mete en un barco destino a Nueva York a grandes estrellas de la Ópera de Milán. En el navío también viajan como polizones Harpo y Chico. La lían en el barco (inolvidable la descacharrante secuencia del camarote), organizan un escándalo en la ciudad neoyorquina y finalmente en la noche del estreno la lían parda de tal manera que... Bueno, mejor la veis. Una de las grandes comedias de la Metro-Goldwyn-Mayer en la que brilla Margaret Dumont junto a los Hermanos Marx, como hiciera en otras de las películas de estos cómicos geniales.

La muerte tenía un precio (Italia, 1965): Una coproducción entre Italia, España y Alemania. Un spaghetti-western dirigido por Sergio Leone que ha pasado a la historia del cine como una película de culto, sobre todo por la música de Ennio Morricone, ya que no sólo sirve para acompañar, sino que en muchas de las escenas es la verdadera protagonista.

En *La muerte tenía un precio* se narra la historia de dos cazadores de recompensas que están buscando al mismo hombre y que unen sus fuerzas para encontrarlo, aunque sus razones son completamente distintas. Sus protagonistas, Clint Eastwood y Lee Van Cleef, brillan en este western que, a tenor de su título original, *Per qualche dollaro in più (Por unos dólares más)*, es una continuación de *Per un pugno di dollari*

(*Por un puñado de dólares*), dirigida por Sergio Leone en 1964. El tema más conocido de la banda sonora, de la que hablo en el libro, es aquel en el que Kurt Savoy silba una melodía que se hizo tan popular que pasó a la historia del cine como un leit motiv perfecto para ilustrar un duelo, sobre todo en un entorno cómico.

—*Anda que si no tuviera yo a Albertito delante no iba a sonar ni nada el Kurt Savoy ese... Iba a pitar más que una olla exprés en plena ebullición...*

—*¿Quieres dejar de decir chorradas y seguir en silencio? ¡Pero mira que eres pesadito!*

El exorcista (EE.UU., 1973): *El exorcista* está considerada una de las pelis de miedo más logradas de la historia del cine, si no la más popular. De hecho, es mi favorita dentro de este género. Y si no os habéis leído la novela en la que se basa, de William Peter Blatty, os la recomiendo, para indagar aún más en su historia, basada en hechos reales. El escritor se inspiró en un exorcismo auténtico ocurrido en Washington en 1949, aunque se realizó en un adolescente y no en una chica, como ocurre en la película dirigida por William Friedkin.

Regan (Linda Blair), una niña de doce años, empieza a mostrar un comportamiento extraño y a sufrir fenómenos paranormales. Su madre (Ellen Burstyn), actriz, profundamente preocupada y asustada, acude a los médicos que se dedican a hacerle pruebas, muchas de ellas muy dolorosas, que no dan ningún resultado. Desesperada, acude a un sacerdote con estudios de psiquiatría que determina que la niña está poseída por el diablo y decide practicar un exorcismo. El tema central de la BSO es de Mike Olfield y se extrajo de su álbum *Tubular bells*, excelente de principio a fin. Una música que cobra protagonismo e impacta en el espectador: en muchas de las escenas sobran las palabras y el tema de Olfield las suple con creces. La película obtuvo 10 nominaciones al Oscar y obtuvo dos en el plano técnico, aunque yo echo de menos el galardón al mejor maquillaje.

Aladino (Aladdin, EE.UU., 1992): La música y el humor son dos de los grandes fuertes de esta película de animación de la factoría Disney que se basa en el bonito cuento *Aladino y la lámpara maravillosa*. La acción se sitúa en el reino árabe de Agrabah. Aladdin es un chico ingenioso y muy pobre que sueña con casarse algún día con la bella princesa Yasmin, hija del sultán. Por una de esas carambolas de la vida, el taimado Yafar, visir del sultán, le pide al joven que recupere una lámpara mágica de la Cueva de las Maravillas. El muchacho encuentra la lámpara, en la que vive un genio que concederá tres deseos a quien le libere.

El genio en esta película de Disney es un personaje muy simpático que fue doblado por Robin Williams y en la versión española por Josema Yuste, componente del dúo humorístico Martes y Trece. Los diálogos chispeantes, la complicidad entre el genio y Aladdin y la preciosa banda sonora de Tim Rice y Alan Menken conforman un sucu-lento cóctel lleno de calidad. La película fue nominada a 5 Oscar de la Academia, y consiguió dos, uno a la mejor banda sonora y otro a la mejor canción. También la BSO y la canción obtuvieron sendos Globos de Oro, así como el magnífico doblaje de Williams.

Johnny Guitar (EE.UU., 1954): Nicholas Ray fue el director de este inolvidable western basado en la novela de Roy Chanslor, en el que el componente emocional estaba muy presente. De hecho, una de sus escenas más famosas e influyentes en la historia del cine es aquella en la que la hermosa Vienna (Joan Crawford), con una estridente ca-misa amarilla y pañuelo rojo al cuello, le pide a su antiguo amor Johnny Guitar (Sterling Hayden) que le diga que no la ha olvidado... aunque sea mentira. De vellitos de punta.

Además de estos dos intérpretes, hay que arrodillarse ante la actuación de la siempre convincente y eficaz Mercedes McCambridge, una de las grandes, divinas secundarias del Hollywood dorado. La trama de la película (que además de encuadrarla en el género del western habría que hacerlo en el de drama), nos habla de la historia de Vienna, propietaria de un *saloon* ubicado en las afueras de una ciudad del Oeste, y Johnny Guitar, un pistolero con el que se reencuentra en un complicado momento.

—*Miénteme, dime que no me has olvidado en todos estos días, Laurita...*

—*Esto... El día sigue estando precioso, ¿verdad?*

Las vacaciones de Mr. Bean (Reino Unido, 2007): En el libro no hablo expresamente de esta película, pero sí de su protagonista: el simpático y a la vez exasperante Mr. Bean, arquetipo del torpe y manirroto. Mr. Bean, interpretado por Rowan Atkinson, saltó de la televisión y de una serie que tenía un éxito inmenso, al cine. En esta película rodada en 2007 comparte escenas con grandes de la pantalla como Willem Dafoe o Jean Rochefort. El atolondrado Mister Bean decide irse de vacaciones al sur de Francia. Su viaje de Londres a la Costa Azul es totalmente caótico y arrasa por donde pasa. Una auténtica apisonadora del des-propósito. La película no obtuvo buenas críticas por parte de la prensa especializada pero cumplía su función de hacer reír y entretener. Tampoco se podía esperar de ella que as-pirara al Oscar a la mejor película extranjera...

La fiera de mi niña (EE.UU., 1938): Howard Hawks firmó (y filmó) varias de las grandes comedias de la historia del cine, y sin duda *La fiera de mi niña* tiene un puesto des-tacado en esa galería particular. La historia de Hagar Wilde nos habla de David Huxley (Cary Grant), un paleontólogo despistado y tímido que está a punto de casarse con su sosa secretaria a la vez que está reconstruyendo el esqueleto de un brontosaurio. Pero le falta un hueso: una clavícula intercostal. En un partido de golf conoce a Susan Vance (Katharine Hepburn), una manipuladora joven rica y muy caprichosa que le lía para que ni se case ni termine la laboriosa reconstrucción del bicho. Divertidísima, elegante, una de esas grandes comedias del Hollywood dorado de finales de los años

treinta, una maravillosa *screwball comedy* (comedia de enredos para definirlo en pocas palabras). Un guión perfecto, unas interpretaciones prodigiosas y divertidas. Una película irresistible e imprescindible.

El fabuloso mundo del circo (EE.UU., 1964): El excelente músico Dimitri Tiomkin firmó la banda sonora de esta película, que, ambientada en el circo de primeros del siglo XX, aun sin ser una mala película, es más fallida que *El mayor espectáculo del mundo*, estrenada años antes y también de la misma temática. Henry Hathaway dirigió a estrellas como John Wayne, Rita Hayworth o la bella Claudia Cardinale.

Matt Masters, encarnado por Wayne, es un gran jinete y excepcional tirador con el rifle. También es propietario de un circo que lleva su nombre. Toni (Claudia Cardinale) es su hija, a la que adoptó cuando el padre biológico de la chica, que era trapecista, falleció mientras actuaba. Toni trabaja en un número del oeste, pero ella lo que quisiera es estar en el trapecio. El circo está a punto de llegar a la bancarrota, y Matt debe tomar una decisión. La película obtuvo el Globo de Oro a la mejor canción.

El ángel exterminador (México, 1962): El Genio de Calanda, Luis Buñuel, firmó junto a Luis Alcoriza el guión de esta película de culto, y fue quien dirigió con solvencia a Silvia Pinal y Enrique Rambal entre otros actores. Una película a caballo entre el drama y el surrealismo que es toda una parábola de la descomposición de una clase social que se encierra en sí misma. La historia es sorprendente: tras una cena en la mansión de los Nobile, los invitados descubren que por razones que no pueden explicarse, les es imposible salir de la vivienda. La situación se prolonga durante varios días, y ello provoca que de un primer trato cortés se pase a situaciones primitivas movidas por el instinto de supervivencia. Buñuel diseccionó y dinamitó las convenciones burguesas con esta película, nominada a la Palma de Oro en el Festival de Cannes como mejor película.

—Uf, menudo rollazo...

—Pablo, hijo, que no todo va a ser *Fast and furious* o *Torrente*...

—Habló la intelectual. La que le faltaban horas para ir a ver el estreno de *50 sombras de Grey* o *Crepúsculo*...

—Bueno, hijo, que no todo va a ser Buñuel o Truffaut...

Rebeca (EE.UU., 1940): Sin dudarle un instante, mi película favorita por los siglos de los siglos, amén. Magistral, maravillosa adaptación de la novela de Daphne du Marier, donde el fantasma de la señora de Winter no cesa de recorrer prácticamente cada fotograma de la película desde que empieza hasta que termina. Y, curiosamente, ella no aparece en ninguno de ellos. Una magnífica manera de sentir de forma palpable a alguien que está ausente. Inolvidable la banda sonora de Franz Waxman, sobre todo en las escenas perturbadoras en las que se cita a la antigua señora de Winter. Alfred Hitchcock bordó la dirección de un film que, justamente, logró ese año el Oscar a la mejor película, además de a la mejor fotografía. Es lógico, por otra parte, aunque me hubiera encantado que hubiera recibido alguno más, pues estaba nominada a once estatuillas.

El aristócrata inglés Maxim de Winter (LaurenceOlivier) conoce, al poco tiempo de enviudar de su esposa Rebeca, a una tímida y humilde joven en Montecarlo (Joan Fontaine). Es la dama de compañía de una rica señora norteamericana. El aristócrata y la muchacha se enamoran y casan y se van a vivir a Manderley, la fastuosa mansión del sr. De Winter, que está impregnada del asfixiante

recuerdo de la señora anterior: Rebeca. A ello contribuye la obsesión que su anterior ama de llaves, la señora Denvers (Judith Anderson) demuestra a cada momento por su anterior señora. Obsesión que raya con el amor.

Lo que el viento se llevó (EE.UU., 1939): Trece nominaciones a los Oscar, ocho estatuillas más una honorífica —por el sobresaliente uso del color—, una de las películas más taquilleras y famosas de todos los tiempos, 238 minutos de duración, cinco guionistas, varios directores (aunque quien firmó fue Victor Fleming)... Todo es grande alrededor de este épico drama ambientado en el sur de un Estados Unidos del siglo XIX que estaba en plena guerra de Secesión.

La novela de Margaret Mitchell situaba la acción en 1861 en Georgia. En la elegante mansión sureña de Tara vive junto a sus padres y hermanas Scarlett O'Hara (Vivien Leigh), una muchacha bella, caprichosa y egoísta que sus-pira por Ashley (Leslie Howard), prometido con la dulce y buena Melanie (Olivia de Havilland). Justo antes de que estalle la guerra de Secesión, en una fiesta, Scarlett conoce a Rhett Butler (Clark Gable), vividor, arrogante y jugador que no quiere ir a la batalla. Su afán es conseguir a la bella Scarlatta y que olvide a Ashley de una vez por todas.

La maravillosa banda sonora de Max Steiner, de la que os hablo en el apartado de música, reafirma la grandiosidad de una película que ha pasado por méritos propios a la historia del cine como una de las películas más ambiciosas jamás filmadas. Dos de los ocho Oscar fueron, merecida-mente, los de mejor película y mejor actriz (Viven Leigh).

No olvido aquí la deliciosa y simpática figura de Hattie McDaniel (el ama de llaves Mamy), primera mujer de color en conseguir la preciada estatuilla. Se trata de una de mis películas favoritas y os aseguro que siempre que la reponen en la televisión, la veo. Es así hasta tal punto que me sé diálogos y escenas de memoria. Una película muy bien contada y que a pesar de sus más de cuatro horas no se hace cansina. Además, ha resistido muy bien el paso del tiempo. Un clásico irreplicable.

Atracción fatal (Estados Unidos, 1987): Tras el bombazo de Nueve semanas y media, con Kim Basinger y Mickey Rourke y su tortuosa y erótica relación, Adrian Lyne se atrevió de nuevo con una pareja de vértigo: Michael Douglas y Glenn Close, que borda su papel de acosadora al borde del delirio. La música del siempre excelente Maurice

Jarre ponía el contrapunto en una historia que comienza con una infidelidad y termina en un inquietante acoso que pone en peligro la estabilidad mental y física del protagonista.

Dan Gallagher (Douglas) tiene una familia perfecta (una hija y una mujer a la que da vida Anne Archer) con la que vive en una casa maravillosa, además de un buen trabajo que le proporciona un estupendo nivel de vida. Todo de cuento. Pero todo cambia cuando conoce a Alex (Glenn Close) en una fiesta. Ambos mantienen una relación pero cuando él le dice que no pueden seguir juntos, ella reacciona bastante mal por no decir con una gran violencia. Al no aceptar el rechazo, decide acosar a Dan de una manera enfermiza. Una peligrosa obsesión que no llevará a nada bueno. Esta película fue nominada a 6 Oscar, incluyendo los de mejor película, director y actriz (Glenn Close), pero finalmente no obtuvo ninguna estatuilla.

—*Vaya, ¿y no fue Alex a reventar esa entrega de los Oscar cuando vio que no le daban ninguno? Porque estaba como una chota después del meneío que tuvo con el tal Dan...*

—*Como una chota va a terminar nuestra autora como no la dejes terminar. ¡Ánimo, que ya falta muy poco y en*

cuanto acaben estas últimas páginas te libras de tener que seguir escuchando a este petardo!

Se acabó el pastel (EE.UU., 1986): Aunque a muchos les parezca demasiado histriónico, es innegable que Jack Nicholson es uno de los actores más respetados y seguidos de Hollywood, y que su nombre en cualquier película supone un gancho para que se produzcan buenos resultados en la taquilla. Si a ello sumamos a la maravillosa Meryl Streep como pareja o a secundarios como Stockard Channing (la recordada Rizzo de *Grease*), Kevin Spacey, Milos Forman o

Jeff Daniels, nos encontramos con un plantel de excelentes actores que hacen más grande el trabajo de un director como Mike Nichols. Añadamos la música de Carly Simon, la fotografía del oscarizado Néstor Almendros y un guión basado en la autobiografía de Nora Ephron, escrito por ella misma, y nos encontramos con *Se acabó el pastel*. En ella nos topamos con la historia de Rachel (Meryl Streep), una escritora famosa que vive en Nueva York y elige su carrera antes que el amor o ser madre. Mark (Jack Nicholson), periodista y mujeriego, vive en Washington. Son demasiadas situaciones enrevesadas, pero ¿qué pasará con su relación?

Una cinta que conserva la ironía y el sarcasmo del libro original y que merece la pena sólo por ver el duelo interpreta-tivo de estos dos grandes del cine. Ojo, la canción de Carly Simon incluida en la banda sonora, *Coming around again*, es una pequeña joyita que me encanta.

—Pablo, ¿te cuento algo curioso? ¿Sabes quién interpretó el papel de la pequeña Annie, la hija de Rachel y Mark?

—Pues... no, ni idea. No sería Nata, ¿no? Que esa se mete en todos los fregados, je, je...

—¿Qué pavo eres... Pues para tu información era la verdadera hija de Meryl Streep, Mamie Gummer. Y la madre de la actriz,

Mary, y su hermano pequeño, Dana, hicieron de extras en la fiesta que aparece en la película.

—Eres como san Google, pero con piernas y mucho más bonito. —Pablo, te lo digo en serio: estás desvariando. Menos mal que estamos llegando al final...

Batman (EE.UU.-Reino Unido., 1989): Basándose en el cómic del mismo título de Bob Kane y Bill Finger, Tim Burton fue el encargado de dirigir la que posterior-mente sería la primera cinta de toda una saga. Particular-mente debo decir que fui al estreno y recuerdo que me dormí a ratos en el cine. Me gusta el cine de superhéroes; de hecho con *Spiderman* o *Superman* disfruté mucho. Pero yo no terminé de cogerle el puntillo a *Batman*, quizá por-que precisamente no era un superhéroe al uso, con poderes sobrenaturales. Y si le unimos a eso que el protagonista era Michael Keaton, un actor que NO SO-POR-TO, creo que podéis entender un poco más mis lapsus de ronquidos y babitas chorreantes *modo Homer Simpson ON* mientras el muchacho hacía de las suyas enfundado en esas mallas y con el murciélago en el pecho. Ni siquiera ayudaba la música de Prince. Por cierto, si hace un momento hablaba de Jack Nicholson, aquí también aparece en el papel de villano: el malvado Joker. En esta coproducción anglonorteamericana, vemos que a la peligrosa y siniestra ciudad de Gotham

solamente la protege su cuerpo de policía. La ciudad es muy insegura pero Batman, el Señor de la Noche, está ahí para defenderla y luchar contra el crimen y la delincuencia, ya que de niño vivió el asesinato de sus padres. La avezada periodista Vicky Vale (Kim Basinger) intentará descubrir qué secretos se ocultan tras Batman, el hombre murciélago tras el que a su vez se esconde Bruce Wayne (Michael Keaton). La película obtuvo un Oscar a la mejor dirección artística.

—*¡Pues a mí sí me mola Prince! Batmaaaaaaaaaaannnnn, batmaaaaaannnn...*

—*Ojú, ya salió el Pavarotti...*

Shrek (EE.UU., 2001): Y llegamos al final de nuestro recorrido cinéfilo con *Shrek*, una divertidísima producción animada de la que luego han ido naciendo secuelas más o menos afortunadas, aunque a mí la que más me gusta es esta, la primera. Unos dibujos que supusieron un soplo de aire fresco dentro del cine de animación, y que contenía escenas que más entendían los adultos que los niños por su fina ironía o porque eran guiños a canciones o películas que los peques no conocían. Desde luego un gran sobresaliente para la factoría Dreamworks.

Basada en la novela de William Steig, la peli nos habla de la solitaria vida de un ogro, Shrek, que ve interrumpida por unos personajes sorprendentes y que han salido de distintos cuentos. Vienen expulsados de su tierra por el mal-vado lord Farquaad. Para poder salvar su parcela, el ogro Shrek hace un pacto con Farquaad y emprende una misión: encontrar a la bella princesa Fiona y lograr que ella acceda a casarse con el lord. Pero no la emprende solo, sino con un burro muy charlatán y divertido. No podemos olvidarnos de la aportación española a la película, ya que la voz del gato con botas fue doblada por Antonio Banderas. *Shrek* estuvo nominada a dos Oscar el año de su estreno, y con-siguió el premio al mejor largometraje de animación. También obtuvo otros premios y nominaciones en importantes certámenes de cine, corroborando así que se trataba de cine de animación, sí, pero no exento de calidad. Una película muy divertida, inteligente, cautivadora... Muy fan de *Shrek*.

—*Esto... ¿ya?*

—*Oh, oh, pues sí, me parece que esto se acaba.*

—Pues sí, chicos. Esto se acaba. Antes de terminar, ¿vais a desvelar de una vez a nuestros sufridos y queridos lectores si volvéis o no?

—*¡Si no lo sabemos ni nosotros! ¿Cómo vamos a decir nada? Mejor que ellos opinen y se monten una encuesta de esas chulas como las que han ido saliendo en el libro. ¿Volverán o no? ¿Qué pasará con Claudia? ¿Qué fue de Eva, la chihuabua pesadita? ¿Se regenerarían las neuronas del cerebro de Maruca, una de las hermanas de Pablo?*

—*¿Quién sabe? Igual en un futuro, seguimos contando qué pasó...*

Índice de música y películas

MÚSICA

La mentira (versión de Ana Belén, 1993) *Escuela de calor* (Radio Futura, 1984)

Una rosa es una rosa (Mecano, 1990) *Me cuesta tanto olvidarte* (Mecano, 1984)

Me colé en una fiesta (Mecano, 1981)

Ay, qué pesado (Mecano, 1988) *Gloria* (Umberto Tozzi, 1979)

Hello (Lionel Richie, 1983)

Words (F.R. David, 1984)

Billie Jean (Michael Jackson, 1983)

Locked out of heaven (Bruno Mars, 2012)

Opá, yo viazé un corral (El Koala, 2006)

Never can say goodbye (versión de The Communards, 1987)

Creep (Radiohead, 1992)

Goodbye (Feder, 2015)

You make me feel (Archive, 1999) *Sultans of swing* (Dire Straits, 1978)

Abuelito, dime tú (BSO *Heidi*, serie japonesa de animación, 1974)

Los amigos de mis amigas son mis amigos (Objetivo Birmania, 1985)

Felicidad (Al Bano y Romina Power, 1982)

Titanium (David Guetta, 2011)

Nessun dorma (Puccini, de su ópera Turandot, 1924)

Tema central de la BSO de **Lo que el viento se llevó** (Max Steiner, 1939)

Temas de Silje Nergaard

Temas de Muse, Adele y Amy Winehouse

Temas house, ambient, lounge, chill out, drum & bass, etc. (Rinôçerôse, JaBig, Avicii, Tangerine Dream, Jean Michel Jarre...)

Temas hipsters y underground (Julia Holton, The field)

PELÍCULAS

Las brujas de Eastwick (1987)

Duelo al sol (1946)

Una noche en la ópera (1935)

La muerte tenía un precio (1965)

El exorcista (1973)

Aladino (*Aladdin*) (1992)

Johnny Guitar (1954)

Mr. Bean (*Las vacaciones de Mr. Bean*) (2007)

La fiera de mi niña (1938)

El fabuloso mundo del circo (1964)

El ángel exterminador (1962)

Rebeca (1940)

Lo que el viento se llevó (1939)

Atracción fatal (1987)

Se acabó el pastel (1986)

Batman (1989)

Shrek (2001)

